
HARLEQUIN
Bianca
TRAS LA MEDIANOCHE
RACHAEL THOMAS

Sería suya… bajo unos términos muy distintos a los del contrato original.

Tilly Rogers, a la que su novio dejó plantada un año atrás, confiaba en que su suerte cambiara gracias al contrato que había firmado para organizar la cena de Nochevieja del millonario Xavier Moretti. Pero terminó incomunicada por la nieve, a solas con su jefe… y a su merced. Llegó la medianoche y con ella el final del contrato de Tilly, lo que dejaba a Xavier las manos libres para seducirla. Acostumbrado a enfrentarse a todo tipo de retos, estaba seguro de que la inexperta Tilly sucumbiría a sus magistrales caricias.

TRAS LA MEDIANOCHE

Rachael Thomas

Capítulo 1

NADA PODÍA enturbiar la alegría que Tilly sentía por el contrato que había conseguido. Aquella noche sería responsable de la cena de Fin de Año de Xavier Moretti, un trabajo que serviría para promover su incipiente negocio.

Ni siquiera le importaba que le estuviera resultando difícil localizar la casa que había alquilado Moretti para la ocasión, en el límite Exmoor. Se alegraba de estar fuera de Londres y que su Nochevieja fuera ser tan diferente a la del año anterior

Asió con fuerza el volante de su pequeña furgoneta blanca al ver que la nieve arreciaba. La casa no podía estar ya lejos. Tras una de las curvas que trazaba la carretera vio con alivio una gran verja de hierro.

Sin embargo, la verja estaba cerrada y cuando miró hacia el camino que se abría tras ella, no vio señales de vida. Afortunadamente, supo que estaba en el lugar correcto porque en uno de los altos pilares laterales de piedra colgaba un letrero en hierro: *Mansión Wimble*.

Deduciendo que era la entrada principal y que debía buscar la de servicio, avanzó con lentitud por la carretera, en la que la nieve empezaba a cuajar.

Un poco más adelante, vio una pequeña caseta del guarda y, asomando entre el seto desnudo de hojas, una verja abierta por la que Tilly entró, siguiendo las huellas de unas ruedas que la nieve empezaba a borrar. Alguien había llegado antes que ella, pero podía tratarse de su personal, Katie y Jane. Las esperaba por la tarde, para cuando, con suerte, habría parado de nevar.

Condujo con cautela por el camino nevado sin poder evitar distraerse con la vista de los terrenos de la mansión, que empezaban adquirir el aspecto de un cuento de hadas. El estrecho camino atravesó un bosque y cruzó un viejo puente de piedra tras el que Tilly vio finalmente la mansión Wimble.

–¡Dios mío! –susurró al ver el majestuoso edificio. La nieve, que caía copiosamente, le otorgaba un aire misterioso, romántico.

Le habría encantado darse un paseo, pero no podía permitirse ese lujo. Aquel trabajo tenía que salir a la perfección. Xavier Moretti, antiguo rey de las pistas de motociclismo, reconvertido en empresario y mentor de pilotos jóvenes, era el cliente más importante que había tenido hasta ese momento.

Recibir un correo de Moretti en el que le encargaba el menú de

su fiesta había supuesto una magnífica sorpresa. No ya por el empujón que representaba para el negocio, sino porque también la beneficiaba a un nivel personal. La ayudaría a no pensar en lo que había sucedido la Nochevieja anterior y le proporcionaba la perfecta excusa para evitar ir a fiestas, aunque su mejor amiga, Vanessa, le habían confesado que iba anunciar su compromiso en su fiesta de Año Nuevo y Tilly no podría faltar, entre otras cosas porque quería demostrarse a sí misma y a sus amigos que había pasado página. Sería un paso más en su objetivo de reinventarse a sí misma, como lo había sido poner en marcha el negocio.

Apartó sus pensamientos de compromisos de bodas y fiestas y se concentró en la petición que había hecho Xavier Moretti de comida italiana casera, casualmente la comida favorita de Tilly, que había crecido en la cocina de su abuela italiana. Pensar en ella le hizo sonreír, y se dijo que la cena de aquella noche sería tan excepcional que el anfitrión y sus invitados la recomendarían encarecidamente a sus amigos.

Siguió el estrecho acceso a la casa que, tras rodearla, desembocaba en un patio. Al darse cuenta de que las huellas del otro coche llegaban hasta allí, dedujo que se trataría del ama de llaves que habría acudido a preparar la llegada de su jefe. Tilly confiaba en no haber llegado demasiado temprano. Había querido darse todo el tiempo necesario para preparar la cena con calma y había salido de Londres a primera hora.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que las huellas de ruedas pertenecían a un deportivo negro, que estaba prácticamente cubierto por la nieve. Se bajó del coche y miró admirada a su alrededor, alzando el rostro hacia la nieve, que caía en densos y pesados copos sobre su rostro y su gorro de lana rojo.

Se ajustó la bufanda y resistió la tentación de cruzar el patio para ver qué había en los edificios que lo rodeaban. Podría explorar más tarde. Primero, tenía que descargar la furgoneta y preparar la cocina. Dando un suspiro, se volvió hacia la puerta… y se quedó paralizada.

En el umbral había un hombre alto, guapo y seguro de sí mismo, al que Tilly identificó, por las fotos que había visto en Internet, como Xavier Moretti. Él la observaba con una mezcla de curiosidad y regocijo, esbozando una sonrisa apenas perceptible.

El viento removía su cabello azabache, salpicado por la nieve. Su piel cetrina parecía fuera de lugar en el invierno inglés. Tenía un aire exótico, con un toque salvaje que Tilly encontró fascinante.

No estando acostumbrada a hombres como aquel, se ruborizó y

sintió un cosquilleo en el estómago que prefirió ignorar, aunque intuyó que no era simple nerviosismo. Tenía que actuar profesionalmente. Moretti había contratado *La Mesa de Tilly* para su cena y por medio de él podría conseguir muchos más clientes.

Estaba vestido como un perfecto caballero de campo, con un jersey gris oscuro sobre una camisa azul. Tilly no pudo evitar deslizar la mirada hacia sus largas piernas envueltas en vaqueros. ¿Qué demonios le pasaba? Nunca había sentido una atracción tan inmediata por un hombre. Dominando su inesperada reacción, alzó la mirada y vio que él la observaba atentamente.

–Hola, soy Tilly Rogers. Vengo a preparar la cena para la fiesta del señor Moretti.

La sonrisa que le dedicó no contribuyó a aplacar los nervios de Tilly. Pero le confirmó que se trataba de Xavier Moretti.

–*Buongiorno*. Xavier Moretti, –se presentó él. Y Tilly encontró su acento italiano extrañamente seductor–. No la esperaba tan pronto, señorita Rogers. ¿Siempre disfruta tanto con la nieve?

Tilly sintió un escalofrío recorrerle la espalda. ¿Qué le estaba pasando?

–Me encanta estar fuera de Londres –dijo sin poder disimular su entusiasmo–. Pero no esperaba encontrarlo aquí, *signor* Moretti.

–Llámame Xavier, por favor –dijo él–. Pasa y caliéntate.

–Estoy bien –dijo ella, sacudiendo la cabeza y sonriendo a la vez que intentaba no prestar atención al hormigueo que le provocaba su voz–. Además, tengo que descargar y ponerme a trabajar.

Él cruzó el patio y mantuvo la puerta de la furgoneta abierta mientras Tilly alcanzaba las cajas. Él se las tomó y cuando sus dedos rozaron las manos de ella, Tilly sintió una descarga eléctrica que le abrió los ojos como platos. Inconscientemente, alzo la mirada hacia él, y vio que la miraba fijamente con sus profundos ojos oscuros. Por un instante el tiempo se detuvo y el corazón de Tilly se paró. Solo existían ellos dos en el mundo. Y Tilly observó aquel hermoso rostro como si pretendiera memorizarlo antes de guardarlo bajo una etiqueta de *Peligro*.

¿Por qué habría pensado eso? Un hombre como aquel jamás se fijaría en ella. Apartó la mirada, fingiendo mirar el contenido de una de las cajas.

–¿Te ayudo? –una vez más la voz de Xavier hizo que se sonrojara y sintiera mariposas en el estómago, y Tilly se alegró de que él se adelantara hacia el interior.

Ella le siguió con más cajas.

–Espero que deje de nevar –dijo al entrar en la cocina,

intentando adoptar un aire de naturalidad.

–Al menos tú ya has llegado. Vienes tan bien recomendada, que habría sido una lástima no probar tu comida.

Para esconder su rubor, Tilly inspeccionó la enorme cocina. Entre las cazuelas que colgaban de una rejilla superior y los moldes de bronce de las paredes, combinaba a la perfección el encanto del pasado con las comodidades del siglo XXI.

–Estoy deseando trabajar en un espacio tan maravilloso –dijo, mirando hacia el alto techo y pensando cuánto le gustaría tener una cocina como aquella

–Sí, *è bello* –dijo Xavier, aunque la miraba a ella.

¿Tenía que salpicar sus comentarios de palabras en italiano? Cada una de ellas hacía pensar a Tilly en su feliz infancia en la casa de la Toscana; en las tardes al sol y el olor a hierbas aromáticas.

Cuando volvió a la furgoneta, ya apenas caían unos copos de nieve. Al inclinarse para alcanzar más cajas, apartó el vestido que había comprado para la fiesta de Vanessa del día siguiente. Acarició la funda de plástico que lo protegía y pensó en el vestido de boda que ella debía haberse puesto un año atrás, y la conversación que había tenido lugar se filtró a traición en su mente. La voz de Jason sonaba con igual firmeza que entonces, cuando le había dicho que necesitaba algo más que amistad y la animó a salir al mundo y explorarlo, tal y como él tenía intención de hacer.

Pero pensar en el pasado no servía de nada. Tilly suspiró y, al volver la vista hacia la casa, vio que Xavier salía y miraba con preocupación al cielo antes de volver la atención hacia ella.

–Permíteme –dijo él, viendo que Tilly intentaba cerrar la furgoneta haciendo equilibrios con las cajas.

–Gracias –Tilly sintió una súbita timidez. Le inquietaba que Xavier la alterara tanto.

–*Prego*.

De nuevo aquella voz aterciopelada pronunciando palabras que ella reconocía de cuando su abuela compartía sus secretos culinarios con ella, sellando, sin saberlo, el futuro de su nieta.

Cuando llegó a la cocina con la última caja, Xavier estaba apoyado en la encimera, de brazos cruzados, con el aire de alguien que se sintiera cómodo en su propia piel. Ella dejó la caja sobre la mesa, consciente de que él seguía cada uno de sus movimientos con la mirada, y sintió una corriente eléctrica recorrerle la espalda

Xavier observó a Tilly quitarse la bufanda y el gorro. La rubia y

densa melena cayó despeinada sobre sus hombros, invocando imágenes de ella en su cama, en una noche apasionada.

Aquel inesperado pensamiento, despertó un súbito deseo en él.

La inmediata atracción que había sentido hacia ella era totalmente inapropiada. Había contratado su empresa para la cena de aquella noche, pero en ningún momento se había planteado que la dueña de *La Mesa de Tilly* pudiera resultarle tan fascinante.

Debía ser un efecto de estar en aquella casa, tan cálida y acogedora, que le recordaba tanto a la de su infancia. Lo cierto era que Tilly era preciosa, pero no daba la impresión de ser consciente de ello, lo que resultaba extremadamente refrescante. Estar en aquella casa con una mujer tan inocente, una mujer que querría un amor duradero, le hizo pensar en un tiempo en el que él había querido sentar la cabeza y ser feliz. Algo que ya no era posible porque el accidente que había sufrido tres años atrás había acabado con esos sueños.

–¿Quieres un café? –la dulce voz de Tilly lo arrancó de su ensimismamiento y le hizo recordar que sus padres, su prima y el marido de esta, llegarían pronto.

Al menos su presencia le obligaría a concentrase en la celebración de la Nochevieja. Después de todo, si estaban allí era porque le habían obligado a celebrar las Navidades por primera vez en años, aun sabiendo que era una época que él odiaba.

Tilly se quitó el abrigo y ver su cuerpo delgado, pero con curvas en los lugares precisos, envuelto en un jersey y uno vaqueros ajustados, volvió a invocar la imagen de su cama.

–*Grazie* –contestó, intentando borrar esa escena de su mente.

¿Qué demonios le estaba pasando? Jamás se sentía instantáneamente atraído por una mujer y, sin embargo, Tilly Rogers había captado su atención desde que la había visto. Que fuera hermosa no bastaba como justificación. Nunca había tenido la sensación de tener tan cerca la esperanza de una tentadora felicidad, y menos desde que sabía que la felicidad era para él un sueño inalcanzable.

Lo cierto era que, comparada con las mujeres de su círculo, Tilly era una bocanada de aire fresco. Bajo su risa cantarina, percibía una vulnerabilidad que era como un eco de la suya y que lo atraía hacia ella como el canto de una sirena.

Le habría gustado conocerla en otras circunstancias, aunque quizá ese deseo solo demostraba que no se resignaba a aceptar que había cosas que le estaban prohibidas. Porque para que las circunstancias fueran verdaderamente distintas, tendría que haberla

conocido antes del accidente. Ninguna mujer, ni siquiera alguien tan genuino como Tilly Rogers, querría relacionarse con alguien como él una vez la verdad saliera a la luz. Las cicatrices de sus piernas eran un permanente recordatorio de que no merecía ser feliz, y esa era la razón de que en los últimos tres años su relación con las mujeres no hubiera pasado de salir a cenar o ir a una fiesta.

Notó que Tilly lo seguía con la mirada cuando se acercó a mirar por la ventana. ¿Qué le haría desear de pronto cosas que había sabido que le estaban negadas desde que vio cómo reaccionaba Carlotta? Había visto su mirada de repulsión tras el accidente; sabía que lo había considerado responsable; y él había terminado la relación en aquel mismo momento porque sabía que no tenía otra opción. Después de lo que había hecho, no merecía ser feliz

–Voy por unas carpetas que he olvidado en el coche –dijo Tilly.

El contoneo de sus caderas fascinó a Xavier como si fuera un adolescente. Sacudió la neblina de deseo que lo envolvía y se acercó a la puerta trasera para mirar al cielo.

Si continuaba nevando y tenía que cancelar la cena, su familia le acusaría de haber alquilado una casa tan remota precisamente con esa intención. Y si era sincero, evitar aquel tipo de celebraciones era la razón por la que había preferido permanecer en Inglaterra, dedicándose al programa de formación, en lugar de volver a Milán.

Tilly lo miró desde la furgoneta con ojos chispeantes.

–Es una pena que haya dejado de nevar.

–Puede que tus deseos se cumplan. Yo diría que esas nubes están cargadas.

–Sería divertido, aunque solo después de que lleguen los invitados –Tilly rio y se inclinó para alcanzar las carpetas en la furgoneta. Al hacerlo, el jersey se le levantó y Xavier vio una franja de piel que le hizo apretar los dientes. Tenía que dejar de pensar en esa mujer de aquella manera… Afortunadamente, ella se incorporó y arregló las carpetas que cargaba en los brazos. Pero evitó mirarlo a los ojos. ¿Sentiría también ella el aire vibrar? ¿Sería consciente de hasta qué punto lo estaba alterando?

–Tengo cosas que hacer y estoy seguro de que tú también –dijo Xavier. Si no se alejaba de ella temía caer en la tentación de saltarse la frontera entre lo profesional y lo personal. No había sentido aquel deseo de abrazar y besar a ninguna de las mujeres con las que había salido–. Pero antes te voy a enseñar el comedor y la sala.

Sintiéndose como un oso malhumorado al que hubieran sacado de su hibernación, la precedió hacia el vestíbulo principal y la escalera. La exclamación admirada de Tilly le hizo pararse en seco y

volverse. Estaba mirando a su alrededor, asombrada, e incluía en su inspección el gran árbol de Navidad que, a pesar de que Xavier había pedido que lo retiraran porque era otro recordatorio de todo aquello que no merecía, seguía dominando un lado del vestíbulo.

–Es precioso –apretando las carpetas contra el pecho, Tilly fue hasta el pie de la escalera, donde estaba Xavier. Allí se detuvo y contempló la majestuosa entrada principal de la casa–. Y este árbol es impresionante. De pequeña siempre quise tener uno así de grande.

Xavier percibió un leve tono de tristeza en sus palabras que le hizo sentirse aún más como un oso gruñón.

–Ah, sí, el árbol. Pedí que lo retiraran, pero, como ves, no lo han hecho.

–¿Por qué? Es Navidad –dijo ella con un lógico desconcierto. No tenía por qué saber que hacía tiempo que él no compartía del espíritu festivo.

–La Navidad ya ha pasado –gruñó.

¿A quién podía importarle la Navidad cuando había causado un accidente en el que había muerto un amigo? Su temeridad aquel día en la pista había destrozado las Navidades de una familia para siempre, había dejado a unos niños sin su padre.

Tilly negó con la cabeza y su cabello brilló como oro bajo la luces de la entrada.

–La Navidad no ha terminado, y vas a celebrar aquí el Año Nuevo.

–Me limito a entretener a mi familia. Nada más –Xavier no quería continuar aquella conversación. Dio media vuelta y se dirigió al comedor, dejándola sin otra opción que seguirlo.

Llevaba apenas media hora allí y había conseguido perturbar la paz que finalmente había logrado alcanzar, amenazando con abrir heridas que justo empezaban a cicatrizar.

–Aquí es donde cenaremos esta noche –cedió el paso a Tilly para que entrara en una gran sala dominada por una mesa larga con una capacidad para al menos diez personas.

Xavier sonrió al intuir que ardía en deseos de recorrerla y acariciar los muebles. En lugar de eso, sacó un cuaderno y un bolígrafo y empezó a tomar notas con aire de eficiencia.

–Es una mesa muy grande. ¿Quieres que la acerquemos a la chimenea? –Tilly lo miró y Xavier se preguntó si sería patente el interés con el que la estaba estudiando. Lo cierto fue que ella lo observó con gesto inquisitivo y le resultó encantador ver que se ruborizaba.

–Sí, me parece una buena idea –dijo, alejándose de ella y de la tentación que representaba.

Eso no impidió que siguiera observándola.

Mientras escribía, siguió su mano deslizándose sobre el papel. Como tenía la cabeza inclinada, el cabello le tapaba el rostro como una cortina de oro. Xavier habría querido retirárselo para sentir su tacto y poder ver su gesto de concentración.

Tilly lo miró en ese momento con una expresión interrogativa en sus ojos azul cielo.

–¿Y el champán? ¿En esa zona? –preguntó, aproximándose al ventanal.

Xavier dejó escapar entonces el aliento que no era consciente de estar conteniendo. Tenía que dejar de comportarse de una manera tan absurda.

El aire de profesionalidad de Tilly se transformó súbitamente en el de una niña entusiasmada.

–¡Ha vuelto a nevar!

Agradeciendo la distracción, Xavier se acercó y miró al exterior desde detrás de ella. Solo entonces se dio cuenta de lo menuda y delicada que era, y lo dominó un impulso súbito de protegerla.

En ese preciso instante, ella se volvió a mirarlo. La calidez de su mirada recordó a Xavier al mar Mediterráneo. Pudo entonces oler su perfume a rosas, que lo envolvió e invadió cada milímetro de su cuerpo. El impulso de agachar la cabeza y capturar sus voluptuosos labios fue tan poderoso que prácticamente creyó poder saborearla.

–Será mejor que me ponga en marcha –dijo Tilly. Y, esquivándolo, lo dejó mirando por la ventana.

¿Qué acababa de suceder? Había estado a punto de perder el control, de permitirse creer en cosas que eran imposibles. No era el mismo desde el accidente y no tenía derecho a desear a ninguna mujer, y menos una tan llena de vida como aquella rubia.

No podía arriesgarse a volver a herir a nadie.

El corazón de Tilly latía con tanta fuerza que pensó que resonaría en la casa vacía. Por una fracción de segundo había visto un claro deseo en la mirada de Xavier y tuvo la certeza de que iba a besarla. Pero debía haberlo imaginado. Para un hombre como él ella era invisible. El problema era que ella había querido que lo hiciera. El embriagador anhelo que la había dominado todavía resonaba en ella con una perturbadora intensidad. Nunca había sentido nada igual. ¿Sería eso a lo que Jason se había referido

cuando, en su inocencia, ella se había sentido satisfecha con mantener una profunda amistad?

Tuvo que contener un gemido. No quería pensar en Jason y en lo que había sucedido la última Nochevieja. Se había ido de Londres precisamente por eso. Pero Xavier Moretti con su actitud taciturna y sombría, la atraía a un nivel que le resultaba desconocido y que le hacía reconsiderar sucesos del pasado.

–He introducido pequeñas rectificaciones en el menú que pediste –dijo, desesperada por recobrar la compostura y la distinción entre lo correcto y lo incorrecto. Y querer besar a aquel hombre estaba mal. Muy mal.

–Mientras siga siendo italiano… –dijo él, alejándose de ella.

–Pasé parte de mi infancia en la Toscana, con mi abuela. De ella aprendí el amor a la cocina, así que te aseguro que el menú será genuinamente italiano.

Él la miró con sorpresa.

–¿Tu abuela era italiana?

–Sí –dijo ella con orgullo–. Me llamo Natalie porque nací en Nochebuena. Pero como mi madre prefería Tilly, mi abuela era la única que usaba el nombre completo.

–Tu apellido no es italiano –comentó él.

–No, mi abuela se casó con un hombre inglés, lo que causó una ruptura familiar; y mi padre fue el único hijo de esa relación. Luego él se casó con mi madre, que era inglesa, y se mudaron a Londres –explicó Tilly, hasta que pensó que su historia familiar no sería de especial interés para Xavier y que debía concentrarse en su trabajo.

Él dio un paso hacia ella y Tilly se pegó a la mesa, rezando para que le dejara espacio para pensar, para respirar. Nadie le había hecho sentir nunca nada similar.

–En ese caso, me encantará ver qué cambios has introducido –dijo él en aquel tono grave y aterciopelado que la electrizaba.

–Gracias, estoy segura de que te gustarán –dijo Tilly, turbada por la extraña forma en que su cuerpo reaccionaba a su voz y a la forma en que la miraba con sus negros ojos. Quizá no tenía nada de profesional, pero era innegable que le hacía sentir viva.

Xavier habló en italiano y ella parpadeó.

–Lo siento –dijo con tristeza–. No hablo la lengua. Mi abuela murió cundo tenía trece años, y apenas hablábamos italiano en casa.

A veces pensaba que en alguna parte de su cerebro conservaba las conversaciones que había tenido con la *nonna*, que dentro de ella estaban las palabras esperando a emerger, y que lo harían

cuando llegara el momento. Porque cuando sucediera, tendría que revivir el dolor que había padecido al morir su padre. Con el tiempo se había dado cuenta de que Jason había acudido en su ayuda incluso antes de que su amistad de infancia se transformara en una relación sentimental. Él había llenado el gran vacío que había quedado en su vida…, hasta que había encontrado a otra mujer.

Xavier se encogió de hombros con una picardía cómplice y el corazón Tilly volvió a acelerarse.

–Teniendo antepasados italianos es una lástima, ¿no crees?

–Puede que algún día tome lecciones, o incluso vaya a Italia –dijo ella animadamente, para intentar dirigir la conversación en otra dirección.

Al romper su compromiso con Jason, había escrito una lista de cosas que quería hacer. Ir a Italia era la primera. Por el momento solo había cumplido la de abrir un negocio. Las demás, incluida la de buscar a la familia de su padre, todavía estaban pendientes.

–Es una buena idea –Xavier fue hacia la puerta y añadió antes de salir–: No deberías renegar de tu pasado.

–¿De mi pasado? –¿qué sabía él de su pasado? Siempre se había ocupado de mantener su vida privada para sí. No quería que la gente sintiera lástima por ella al enterarse de que Jason la había plantado prácticamente en el altar.

–Me refiero a tus antepasados italianos –contestó Xavier desconcertado.

Era evidente que haber reaccionado a la defensiva, le había hecho intuir que ocultaba algo.

–Tienes razón –dijo Tilly, caminando hacia él–. Un día, iré a Italia –después de todo, estaba en su lista de deseos.

Xavier asintió con aprobación y a la vez que salía de la habitación, dijo:

–Los dos tenemos cosas que hacer. Espero que te sientas como en casa.

–Gracias –dijo ella y bajó la mirada con una súbita timidez. Verse a sí misma como invitada y no como trabajadora, evocó imágenes en su mente completamente inapropiadas.

Cuando alzó la mirada, vio que él la miraba con gesto serio. Costaba creer que tan solo unos minutos atrás hubiera creído que iba a besarla. Definitivamente, debía haberlo imaginado.

–*Mi scusi*, Natalie.

Antes de que Tilly tuviera la oportunidad de recordarle que solo su abuela la llamaba así, Xavier se fue precipitadamente. Era evidente que quería perderla de vista.

–*Grazie*, Xavier –musitó ella.

Luego sacudió la cabeza vigorosamente como si quisiera librarse del anhelo que había de que la besara. Había sido una idiota creyendo que eso era lo que iba a hacer.

Por lo poco que había averiguado sobre él in Internet, debía ser un playboy que no salía más de dos veces con una mujer. No era el tipo que le convenía. Ella quería ser amada y respetada, y ser feliz junto a alguien. Él era su cliente. Nada más.

Miró la hora, confiando en que su personal y los invitados llegaran pronto. Así dejaría de pensar lo que no debía.

Cuanto antes acabara lo que tenía que hacer, antes podría irse al hotel en el que había hecho una reserva. Al día siguiente iría a la casa familiar de Vanessa, para celebrar una fiesta que serviría de prueba de hasta qué punto había superado lo sucedido el año anterior.

No podía permitir que Xavier Moretti la confundiera. Por muy agradable o guapo que fuera, no era el hombre que le convenía.

Capítulo 2

TILLY TOMÓ algunas notas más, evitando pensar en lo que acababa de pasar y en el hecho de que la idea de que Xavier la besara la aterrorizaba y excitaba a partes iguales.

Xavier Moretti era un hombre poderoso y atractivo, que probablemente estaba acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies. Tilly sabía que había estado coqueteando con ella por pura rutina, pero ella no pensaba interpretar su comportamiento erróneamente. Ya había sufrido bastante el último año.

Al volver hacia la cocina y pasar junto al árbol de Navidad, sonrió. Por mucho que a Xavier le disgustara, a ella le parecía precioso. Cuando ya iba entrar en la cocina, el aroma a café le indicó que Xavier se le había adelantado.

Estaba apoyado en una de las superficies de trabajo, perturbadoramente guapo.

–¿Va todo bien? –preguntó con una sonrisa burlona, como si adivinara que había pasado la última media hora imaginando qué se sentiría al ser besada por él.

–Sí –contestó, decidiendo que si se ponía a trabajar, tal vez Xavier se marcharía–. Disculpa, no quería molestarte.

–No me molestas, *cara.* Solo estoy haciendo café –su acento, combinado con el apelativo cariñoso, hizo que Tilly se estremeciera.

Buscó algo neutro en lo que concentrarse.

–Sigue nevando –la alegría que había sentido hacía un rato había sido sustituida por la inquietud.

–Sí –dijo él, mirándola fijamente mientras ella abría la carpeta con el listado de las cosas que tenía que hacer–. Pero las carreteras estarán despejadas. Parece peor de lo que es.

–Eso espero –dijo ella apresuradamente, intentando dominar el pánico que le produjo la mención de posibles cortes de carretera–. Dos de mis empleadas deberían llegar de Londres en unas horas.

Aunque él no contestó, la intensidad con la que la estudiaba indicó a Tilly que le había oído. Se concentró en leer su lista, aunque la letra le bailaba ante los ojos; las palabras parecían moverse al ritmo de su acelerado corazón. ¿Qué le estaba a pasando? Nunca se había comportado así con un hombre, quizá porque el único con el que se había relacionado, Jason, representaba para ella calma y serenidad. Habían sido inseparables desde la adolescencia. Jamás había sentido la efervescencia que le

producía cruzar la mirada con Xavier. ¿Sería esa falta de pasión la causa de que Jason hubiera cancelado la boda?

Tilly todavía recordaba el dolor que había sentido cuando le dijo que no la amaba, que no podía casarse con ella porque había tenido una aventura gracias a la cual había descubierto que no podía pasar el resto de su vida esperando a que ella estuviera lista; y ella, en un ataque de temeridad, había añadido a su lista de deseos: *tener una aventura*. E incluso se lo había contado a Vanessa, que desde entonces no dejaba de recordárselo.

Irritada porque Xavier le hubiera hecho reflexionar sobre asuntos que creía estar dejando atrás, empezó a abrir y cerrar armarios y a mover ruidosamente las cazuelas y cuencos que necesitaba para empezar a cocinar. Aquel no era el momento de pensar en Jason, y menos aún en Xavier, excepto como su cliente. Después de todo, no era con él con quien iba a tener una aventura.

–Seguro que llegan –Tilly miró a Xavier de soslayo al percibir cierta sorna en su tono–. Igual que llegarán mis invitados. Si nos encontráramos en las montañas de Italia de las que procedo, diría que estamos destinados a pasar al menos un par de días aislados.

Tilly imaginó la casa de Xavier cubierta por la nieve y un gran fuego en la chimenea ante el que se vio con el sexy italiano.

–Afortunadamente no estamos en Italia –replicó, molesta consigo mismo por no poder controlar sus pensamientos.

Xavier rio, y el rumor grave de su risa aceleró el pulso de Tilly. A pesar de la amplitud de la cocina, su presencia parecía ocupar todo el espacio disponible.

–¿Tanto te desagrada la idea de estar conmigo a solas, *cara*? –preguntó él, mirándola fijamente con una intensidad que hizo que sus ojos negros adquirieran un tono azabache.

–No me lo había planteado –dijo ella en tono cortante, a la vez que empezaba a vaciar una caja–. Ahora, si no te importa, tengo que trabajar.

Xavier observó a Tilly colocar las cosas sobre la mesa cuidadosamente y no pudo evitar sonreír. Estaba seguro de que, como a él, se le había pasado por la cabeza la idea de quedarse sola con él. Lo más sorprendente era que, en su caso, por un instante había deseado encontrarse, efectivamente, en su casa de la montaña, donde una vez comenzaba a nevar, nunca se sabía cuándo acabaría.

Se obligó a pensar racionalmente. No debían quedarse solos

porque no estaba seguro de poder controlar la evidente atracción que había entre ellos. Y menos aún porque eso significaría que Tilly averiguaría demasiadas cosas sobre él.

Su sentimiento de culpa y su angustia por el accidente afloraban con facilidad por mucho que intentara ocultarlos. No había pasado una noche entera con una mujer desde que Carlotta había desaparecido de su vida, al día siguiente de su accidente, así que no tenía sentido que la resultara tentadora la idea de pasar tiempo con Tilly.

Miró la hora en un gran reloj de pared. En cuatro horas llegaría su familia. Seguía enfadado con ellos por obligarlo a recibirlos y a comportarse tal y como era antes del accidente. Solo había accedido porque sus padres habían insistido. Y en aquel momento, al menos podía confiar en que su presencia lo distrajera de pensar en la primera mujer a la que había deseado desde el accidente.

–¿Cuándo esperas a tus ayudantes? –preguntó, confiando en que fuera pronto.

Tal y como le había sucedido en el comedor, volvía a ansiar besarla. Nunca había experimentado tal pérdida de control. Era racional y preciso en todo lo que hacía. Había aprendido bien las consecuencias de comportarse temerariamente. Desear besar a aquella mujer era irresponsable en todos los sentidos, pero por otro lado, también le gustaba conseguir lo que quería, y en aquel instante, quería a Natalie Rogers.

Tilly miró el reloj y luego a él.

–Deberían estar aquí después del mediodía.

–*Va bene* –dijo él, y avanzó hacia ella inconscientemente, atraído por una fuerza invisible.

Ella lo miró con prevención, afianzando la barrera que había erigido sutilmente. ¿Por qué demonios sentía la necesidad de ponerla a prueba? Solo tenía que limitarse a evitar la cocina, encerrarse en la sala que había elegido como despacho y concentrarse en los informes que debía terminar para intentar dominar el impulso primario que lo atraía hacia Tilly. Nunca había sentido nada igual; la adrenalina le recorría las venas, haciéndole sentirse vivo y poderoso. Precisamente como se había sentido siempre que se montaba en su moto antes de una carrera, cuando lo único que le importaba era ganarla.

Pero esos días formaban parte del pasado por culpa de un accidente que lo obsesionaba de día y le impedía dormir por la noche. A cambio, había abierto una fábrica de motos y una escuela para motociclistas, con la que recorría Europa para enseñar a los

nuevos corredores a actuar con prudencia.

Se le aceleró el corazón y los recuerdos le taladraron la mente. Se apoyó en una silla, esperando a que se le pasara el dolor de las piernas, el recuerdo constante de los meses que había pasado en el hospital. Apretó los dientes para dominar la rabia.

Llevaba un año sin dolores, al menos durante el día. Xavier sabía que le volvían porque era Navidad, la época del año en la que pensaba en la familia que echaría de menos al corredor al que había tumbado por su conducción temeraria. Su amigo.

Una mano cálida le tocó el brazo. Su roce a través de la camisa y el jersey lo arrancó del borde del abismo al que se estaba asomando y que había amenazado con devorarlo.

–¿Estás bien? –la dulce voz de Tilly consiguió arrastrarlo el resto del camino de vuelta.

Xavier la miró a los ojos, que estaban tan azules como el cielo en un día de verano.

–Sí –gruñó, separándose de la silla y retirando el brazo para evitar el contacto de la mano de Tilly. No se merecía su compasión. No necesitaba que se preocupara por él. Si supiera la verdad y conociera los detalles del accidente, no sería tan solícita.

Percibió que Tilly se retraía y se mordía el labio inferior, pero siguió dominándolo la ira porque le recordó la forma en que Carlotta lo había mirado el primer día que lo había visitado en el hospital. Ver en su rostro el desprecio y repulsión que sentía por él había avivado su sentimiento de culpabilidad y su ira.

–¿Estás seguro? –preguntó Tilly con una delicadeza que quebró la agonía en la que se encontraba, pero que lo enfureció porque odiaba mostrarse vulnerable.

–Claro que estoy seguro –masculló con aspereza.

Tenía que salir de allí antes de que la ternura de Tilly quebrara su determinación y le confesara que el sentimiento de culpa lo aplastaba desde hacía tres años,

Tilly guardó silencio y volvió a vaciar la caja, aparentemente impasible ante su reacción malhumorada. Xavier era consciente de que le debía una disculpa, pero hacerlo podía dar lugar a que Tilly hiciera preguntas que no quería contestar, así que salió con paso firme de la cocina, decidido a permanecer alejado de ella tanto como fuera posible.

Los espantosos recuerdos que lo atormentaban empezaron a diluirse hasta que pasó junto al árbol de Navidad. No soportaba lo que representaba para él: tres niños huérfanos por culpa de su obsesión por ganar. Daba lo mismo que tampoco otros corredores

hubieran decidido no cambiar de ruedas, desatendiendo los avisos de que la pista estaba mojada. Nada de eso servía de excusa cuando pensaba en los hijos de Paulo.

Una vez llegó a su despacho y cerró la puerta, abrió la compuerta a los espantosos recuerdos del día en el que se había roto cada uno de los huesos de las piernas y, en el proceso, había arrebatado la vida a su amigo.

Encendió el ordenador. ¿Olvidaría alguna vez aquel día? ¿Se diluiría alguna vez su sentimiento de culpa? Suspiró profundamente y cerró los ojos.

Cuando los abrió, miró por la ventana hacia el cielo gris. Cada uno de los paneles de cristal servía de marco para los grandes copos de nieve que caían pesadamente depositándose en ellos. La serenidad de la escena lo apaciguó, y mitigó el dolor físico al recordarle su feliz infancia.

Tilly había trabajado frenéticamente durante una hora. Le inquietaba no haber comentado con Xavier los cambios que había introducido en el menú, pero su súbito cambio de humor lo había impedido. Por un instante, había creído que sentía un espantoso dolor, y se había acercado a él instintivamente, pero Xavier la había ahuyentado con una brutal descortesía.

En aquel momento ocupaban sus pensamientos asuntos de una mayor urgencia como, por ejemplo, dónde estarían Katie y Jane cuando debían haber llegado hacía tiempo. Tilly se acercó a una de las ventanas y miró al exterior. Pesados copos de nieve caían contra el fondo gris del cielo. ¿Y si no podían llegar? ¿Podría hacer ella todo el trabajo?

Tomó el abrigo y fue a la puerta trasera, que se abrió con un chirrido dejando entrar una ráfaga de viento en la que se arremolinaba la nieve.

–¡Dios mío! –exclamó.

La nieve había formado una densa alfombra. Los copos caían pesadamente en un silencio que habría sido apacible si Tilly no hubiera observado la escena con aprensión.

–Yo que tú no saldría –la voz de Xavier le hizo volverse.

–Estoy preocupada por mi personal –dijo ella, preguntándose cómo iba a poder arreglarse sin su equipo.

–¿Te han llamado?

–No lo sé. Voy a ver si tengo algún mensaje –dijo Tilly, irritándose consigo misma por haber estado tan ocupada en dejar de

pensar en Xavier que ni siquiera se había planteado que pudiera tener un mensaje.

Pasó a su lado y volvió a la cocina. Rescató el teléfono de debajo de unos papeles y vio que Katie la había llamado. Con una creciente ansiedad, marcó el número para oír el mensaje en el que Katie le explicaba que las carreteras estaban intransitables y que había tenido que dar media vuelta.

¿Cómo iba a poder preparar una cena de cinco platos y además servirla? Peor aún, ¿y si nadie podía llegar a la casa?

–Han tenido que volver a Londres –dijo a Xavier con el corazón acelerado.

Escribió un mensaje a Katie diciéndole que la avisaran de que estaban bien y que no se preocuparan por ella, que estaba sana y salva en la mansión. Xavier la miró desde el otro lado de la cocina y Tilly se preguntó hasta qué punto esa afirmación era veraz.

–No sé cómo voy a poder preparar la cena para ti y tus invitados –dijo, intentando dominar el pánico.

–¿Porque no cuentas con tus ayudantes? –preguntó él en tono de broma. El enfado y la rabia que había mostrado hacía un rato se habían diluido completamente

–Es complicado cocinar y servir a un tiempo. Quería hacerlo lo mejor posible –Tilly esquivó su mirada y miró los papeles. Tenía que pensar en cómo simplificar el menú.

–Puede que los invitados tampoco puedan llegar –comentó Xavier.

Tilly alzó la vista y cuando sus miradas se encontraron, volvió a sentir la sacudida eléctrica que había percibido anteriormente. Se irguió instintivamente y retrocedió unos pasos.

–¿Quieres decir que no va a venir nadie? –preguntó horrorizada. Eso significaba que estarían solos.

–No he podido dar con ellos –dijo Xavier con calma.

–De todas formas, voy a seguir cocinando, no vaya a ser que vengan –dijo ella, más para sí que para él. Y empezó a reunir los ingredientes del postre.

Mientras lo hacía, podía sentir la mirada de Xavier sobre ella como una caricia. Era su cliente. No debía pensar en él de aquella manera. Xavier se puso a hacer café y Tilly pudo respirar y dominar el temblor que le había provocado sentirse observada.

Era absurdo pensar que Xavier pudiera sentirse atraído por ella. Y después de que Jason cambiara de idea tan súbitamente, ella no había tenido el menor interés en tener una relación, y menos con un hombre que despertaba una reacción tan intensa y apasionada como

aquel. Xavier irradiaba peligro.

En ese momento él dejó una taza de café ante ella y Tilly alzó la mirada, aturdida; no comprendía por qué estaba teniendo aquel tipo de pensamientos. ¿Cómo no se había dado cuenta en cuanto lo vio que tenía algo de indomable, de salvaje?

–Gracias –dijo en un susurro ronco.

Aun intentándolo, no consiguió apartar su mirada de la de él. El corazón se le aceleró y se alegró de tener la mesa como barrera. De otra manera, no habría estado de segura de poder dominar el impulso de sentir sus labios contra los de él, de suplicarle que la besara hasta dejarla sin aliento.

¿De dónde demonios habría brotado esa idea?

–*Prego*.

Esa sencilla palabra sonó pecaminosamente sexy y Tilly tuvo que respirar profundamente. Justo cuando pensó que no podría soportar más sentirse bajo el escrutinio de su intensa mirada. Xavier salió de la habitación y Tilly, con las piernas temblorosas, se dejó caer sobre la silla más próxima.

A medida que oyó sus pasos alejarse intentó frenar el ritmo de sus pulsaciones. ¿Qué acababa de suceder? Fuera lo que fuese, no solo había sido explosivo y apasionado, sino también primario y peligroso

Xavier colgó y miró por la ventana. Ni su familia ni el personal de Tilly podrían llegar a la mansión.

Estaban incomunicados. Y solos.

Su cuerpo todavía vibraba con el intercambio que había tenido lugar por la mañana, con el poderoso deseo que lo había asaltado en cuanto había visto aquellos ojos azules. Había tenido que reprimir el impulso de estrecharla en sus brazos y besar sus voluptuosos labios. Nunca antes se había sentido tan a punto de perder el control.

Y por culpa de la nieve, se veía obligado a compartir las siguientes veinticuatro horas con la mujer que había despertado aquella pasión en él y que le había dejado claro que era inaccesible, que estaba allí para cumplir su contrato… que expiraba a medianoche.

Tenía la certeza de que Tilly no se iba a sentir cómoda pasando la velada con él y menos después de lo que había pasado en el comedor. Darse cuenta de que era una mujer para la que una relación era «para siempre» lo había ayudado a contenerse. Él ya no

podía comprometerse, y por eso mismo no debía explorar la química que había entre ellos.

Respiró profundamente, decidido a poner un muro de contención ante aquel inesperado deseo. Se comportaría como un perfecto caballero… al menos hasta medianoche. Fue a la cocina a darle la noticia a la única mujer que en los últimos tres años había amenazado con despertar al hombre que había sido en el pasado, y que no quería volver a ser.

Tilly estaba delante de la ventana, de espaldas. Xavier deslizó la mirada por su cuerpo y tuvo que recordarse la decisión que había tomado. Deleitarse en su figura no lo ayudaría.

–Parece que vamos a pasar solos la Nochevieja.

Tilly se volvió con una expresión alarmada que contrastó con el tono tranquilo en el que dijo:

–No había visto nunca nevar tanto.

–Mi familia no se atreve a viajar por el pronóstico del tiempo. Parece que mañana llega una ventisca –comentó Xavier.

–Espero que Katie y Jane hayan llegado a su casa –dijo Tilly, acercándose a la mesa donde había ido depositando los preparativos de la cena–. Supongo que ya no vas a necesitar todo esto.

–No hay cambio de planes –dijo Xavier cortante. Se resistía a que Tilly despertara en él emociones que habían estado adormecidas desde el accidente. Empezaba a sentir un incontenible impulso de protegerla, de mantenerla a salvo. Y él era la persona menos adecuada para hacerlo.

Los ojos azules de Tilly se abrieron con sorpresa y de sus labios escapó una exclamación ahogada, lo que exacerbó aún más la tensión que Xavier sentía en su interior. Apretó los puños para no cruzar la habitación, abrazarla y besarla hasta que susurrara su nombre en un gemido de placer.

–Pero solo vamos a estar nosotros –dijo ella con voz queda. Y su evidente inquietud no contribuyó a aplacar el creciente deseo que devoraba a Xavier

–Sí*, solo noi due* –ofuscado por la extraña manera en la que Tilly lo afectaba, revirtió al italiano.

–No puedes esperar que pase la velada contigo. A solas –dijo ella, frunciendo el ceño.

–Puedo y quiero –dijo él, sonando autoritario a su pesar.

–Pero ¿no sería demasiado… íntimo? –balbuceó Tilly.

–Es Nochevieja, Natalie –a Xavier le encantaba cómo su nombre completo le llenaba la boca, y la irritación con la que brillaban los ojos de Tilly al oírlo–. Estamos solos. Sería ridículo no compartir la

cena.

–¿Y por qué no intentamos volver a Londres antes de que sea demasiado tarde? –Tilly miró por la ventana.

–Ya es demasiado tarde. He consultado en Internet. Las carreteras están intransitables a no ser que se tenga un todoterreno –dijo él, jurándose que no caería en la tentación que representaban Natalie Rogers.

–Menos mal que hice una reserva en un hotel local para esta noche –dijo ella en un tono forzadamente animado.

–No creo que eso sea tampoco posible.

–No puedo pasar aquí la noche. A solas, contigo –dijo ella, sin disimular el horror que le producía esa idea.

–Vamos a cenar juntos, así que haz los cambios que tengas que hacer. No tiene sentido que te pases la noche escondida aquí –en cuanto terminó la frase, Xavier supo que había elegido mal sus palabras.

–¿Por qué iba a esconderme? –preguntó ella con un destello burlón en la mirada.

–Has dejado claro que pasar la velada conmigo no es precisamente lo que más te apetece hacer –dijo él, arqueando la ceja a su vez, sin poder resistirse a coquetear con ella.

–Porque no es profesional.

–Al menos por hoy podemos dejarnos de formalidades, ¿no crees? Es Nochevieja.

Que Tilly quisiera marcar unos límites claros habría sido de su agrado normalmente, pero en aquella ocasión, solo conseguía impulsarlo a retarla.

–Es imposible. No puedo pasar aquí la noche –dijo Tilly en tono de incredulidad al recordar sus planes–. Mañana tengo que ir a la fiesta de compromiso de Vanessa. No puedo faltar.

Era consciente de que estaba sofocada y hablaba aceleradamente para disimular su nerviosismo. Era lo que hacía cuando se sentía ansiosa. Al mirar a Xavier vio que esbozaba una sonrisa de sorna.

–Lo siento, *cara,* pero no vas a ir a ninguna parte esta noche. Estamos solo tú y yo.

A Tilly no le pasó desapercibido su tono insinuante, pero si creía que iba a aprovecharse de las circunstancias, estaba muy equivocado. Ella no pensaba caer rendida a sus pies, ni dejarse atrapar por su acento seductor y su incuestionable atractivo. No permitiría que la añadiera a su lista de conquistas.

–No –dijo con firmeza–. Tengo reservada una habitación.

Ya era bastante malo cenar con él como para además quedarse a

pasar la noche. Tenían que mantener la relación a un nivel puramente profesional.

–Dudo que puedas dejar la mansión –dijo él, sonando tan seguro de sí mismo que Tilly llegó a pensar que lo había planeado él mismo.

Pero de inmediato se dio cuenta de hasta qué punto era una tontería. Un hombre como Xavier Moretti no haría algo así por alguien como ella. Como Jason le había dejado claro, era una inocente e inexperta mujer de veintitrés años, que apenas se había asomado al mundo.

–No puedo faltar a la fiesta de Vanessa –dijo en tono desesperado. Esa fiesta significaba mucho para ella, tenía que demostrarse a sí misma y a su amiga que había pasado página.

–¿No has dicho que la fiesta es mañana?

Tilly frunció el ceño.

–Sí, mañana por la noche.

–Llama y explícale lo que pasa. Si el tiempo mejora, podrás ir. Entre tanto, será mejor que traigas tu equipaje y te acompañe a tu dormitorio.

–¿A mi dormitorio? –repitió Tilly sintiendo que la cabeza le daba vueltas. Toda su vida giraba en torno a la estabilidad. No soportaba sentir que las circunstancias estaban fuera de su control.

–Claro. Como esperaba invitados, los dormitorios están preparados –explicó Xavier con una sonrisa maliciosa.

Era evidente que estaba disfrutando con la situación.

Aceptando que no le quedaba otra opción, Tilly suspiró profundamente y tomó las llaves de la furgoneta.

–Está bien. Voy por mis cosas.

–*Bene*. Y no olvides el vestido de fiesta.

Tilly se volvió sobre sí misma.

–¿Qué?

–Que traigas el vestido que tenías planeado ponerte en la fiesta de tu amiga. Lo necesitarás esta noche –Xavier habló con un tono tan aterciopelado y sensual que Tilly apenas podía pensar. ¿Por qué hablaba de vestidos de fiesta?

–¿Para qué?

–Porque vamos a celebrar juntos la Nochevieja.

Capítulo 3

XAVIER TOMÓ la bolsa de manos de Tilly, intentando no notar la efervescencia que sentía cada vez que se acercaba ella.

–Te acompaño a tu dormitorio.

–No debería quedarme aquí –insistió ella, alzando la barbilla en un gesto que indicaba hasta qué punto quería evitar quedarse a solas con él.

Xavier siguió adelante para poner distancia entre ellos.

–¿Qué clase de hombre crees que soy si piensas que voy a permitir que conduzcas en estas condiciones y más teniendo una casa vacía con todos los dormitorios? No puedo consentirlo.

–Visto así… –dijo Tilly–. Pero solo esta noche. Mañana iré a casa de Vanessa pase lo que pase.

–Los dos estamos a merced de la climatología, Natalie. Sígueme –Xavier subió las escaleras sabiendo que ella lo seguía porque su proximidad ponía en alerta cada célula de su cuerpo.

Se detuvo brevemente en lo alto de la escalera y la miró. Ella se paró y lo miró a su vez. La electricidad volvió a cargar el aire y Xavier respiró profundamente para tranquilizarse. Tenía la sensación de que el cuerpo de Tilly, a pesar de las barreras que intentaba erigir, se comunicaba con el de él por voluntad propia.

Caminó hasta el final del pasillo, desde cuyos ventanales se veía el jardín cubierto de nieve. La llevó hasta el dormitorio más alejado del suyo. El accidente lo había hecho inmune a la tentación, o eso había creído hasta aquel día.

Entró en el dormitorio y dejó la bolsa en el suelo al pie de la cama a la vez que observaba a Tilly recorrer la habitación con un inocente entusiasmo ante la opulencia que la rodeaba.

–¿Estás seguro de que debo quedarme aquí? –preguntó tímidamente, mirando la cama con dosel, del que pendían unas cortinas marfil y doradas–. No soy propiamente una invitada.

–Cenar conmigo, te convierte en mi invitada –dijo Xavier en tono brusco para compensar las emociones que Tilly despertaba en él.

Ella lo miró con expresión de ansiedad.

–No en el sentido estricto de «invitada» –luego fue hacia la ventana–. Está nevando aun con más fuerza.

Por Xavier, podía nevar durante días. Estaba deseando saber más de Natalie Rogers. Quería saltar la barrera de su profesionalidad y descubrir a la mujer apasionada que se ocultaba tras ella.

Intuitivamente, tenía la seguridad de que no se parecía a ninguna de las mujeres con las que había salido. Era natural e inocente, y no parecía tener ni idea de hasta qué punto resultaba seductora.

–Te dejo para que te instales –tenía que marcharse antes de hacer algo de lo que se arrepintiera.

Tilly dedicó el resto de la tarde a preparar la cena y poner la mesa, evitando pensar en el hombre con el que estaba atrapada en aquella casa. Algo le decía que debía estar en guardia. Aunque no se hubieran visto antes, había algo entre ellos; tenía una extraña sensación de que se conocían a la que no quería dar credibilidad.

Para entonces había oscurecido, pero por la ventana se veía el destello de los copos cayendo y apagando cualquier esperanza de poder irse al hotel a pasar la noche. Tenía que aceptarlo: estaban aislados por la nieve. Iba a pasar la Nochevieja con un hombre que le aceleraba el pulso y le hacía estremecer con cada una de sus miradas; algo que jamás le había pasado con Jason.

Oyó el reloj de pared del vestíbulo dar las siete y supo que no podía demorarse más. Tenía que cambiarse para la cena.

Había comprado el elegante y sensual vestido negro porque había pensado que con él demostraría a sus amigos que había superado la ruptura con Jason. Pero en aquel momento, el provocativo escote que le dejaba la espalda desnuda le resultaba totalmente inapropiado.

Cruzó el vestíbulo y se detuvo en el primer peldaño de la escalera para tocar una figurita dorada que colgaba del árbol de Navidad. Esperaba anhelante que llegara un día en el que poder organizar las Navidades perfectas para su propia familia, pero su infancia había hecho que encontrar el amor le resultara difícil. Suspiró pensando que quizá nunca llegara a formar una familia. Jason había sido su mejor amigo, pero la había dejado plantada el mismo día de su boda. Aquella Nochebuena, que debía haber marcado su primer aniversario de boda, la había pasado sola por decisión propia. Igual que había aceptado el contrato para trabajar fuera de Londres en Nochevieja.

Con el rabillo del ojo percibió un movimiento y alzó la mirada. Xavier estaba en lo alto de la escalera, mirándola pensativamente. Llevaba un traje que le quedaba como un guante y acentuaba su altura y el ancho de sus hombros. Parecía directamente salido de una pantalla de cine.

El corazón de Tilly se aceleró y un escalofrío le recorrió la espalda, a la vez que sentía un ataque de pánico al recordar que iba a compartir una cena íntima con aquel hombre tan

espectacularmente guapo. ¿Cómo habría dejado que la convenciera?

Xavier empezó a descender las escaleras lentamente, sin apartar la mirada de ella. Sus movimientos, decididos pero gráciles, hicieron pensar de nuevo a Tilly en un actor de cine. Nunca había visto a un hombre moverse con tanta elegancia fuera de las películas.

–*Buona sera* –dijo al detenerse en el mismo peldaño que ocupaba ella.

El destello burlón que percibió en sus ojos irritó a Tilly. Xavier era plenamente consciente de que proyectaba una imagen que seduciría a cualquier mujer, y la explotaba al máximo. Pero ella no pensaba dejarse seducir.

–Iba a cambiarme –dijo, sonrojándose al oír su propia voz sonar como un sensual susurro.

A pesar de que habría querido salir corriendo, se obligó a sonreír a Xavier con la mayor profesionalidad posible.

–Te espero en el salón –dijo él.

Aunque su acento seguía removiendo profundas sensaciones en Tilly, esta consiguió mantener el gesto impasible. Tenía que demostrarle que era inmune a sus encantos.

–Tardaré poco –dijo animadamente. Y subió con premeditada lentitud.

–Tómate el tiempo que necesites, Natalie.

Tilly cerró los ojos al oír de nuevo su nombre completo. Sabía que Xavier seguía marcándola porque se lo indicaba el cosquilleo que sentía en la piel cada vez que él la observaba. Pero no pensaba darle la satisfacción de girarse todavía. Solo lo hizo cuando llegó a lo alto de la escalera, una vez sus posiciones se invirtieron. Desde arriba, con el corazón latiéndole desbocadamente, quiso decir algo agudo, pero le fallaron las palabras.

Sonriendo seductoramente fue él quien dijo:

–Después de todo, tenemos toda la noche ¿no?

Tilly parpadeó, tratando de no prestar atención a la insinuación implícita en el comentario. Si Xavier creía que iba a ser su nueva conquista solo porque era la única mujer disponible, estaba equivocado.

–Bajaré en cuanto esté lista.

Y siguió hacia su dormitorio, mientras de fondo oía la sensual risa de Xavier.

Entró en el dormitorio, corrió las cortinas y observó el vestido. ¿Cómo iba a ponérselo estando en compañía de un hombre, su cliente, que le hacía tener pensamientos completamente

inapropiados? Xavier era peligroso. No sabía por qué pensaba eso, no tenía justificación alguna para creerlo, pero lo intuía.

¿Estaría imaginando cosas? ¿Estarían sus pensamientos alterados por la atracción que Xavier despertaba en ella? Solo había flirteado levemente, y un hombre como él, acostumbrado a tener a las mujeres que quisiera, no tendría el menor interés en ella; solo estaba comportándose como el palyboy que era.

–Será mejor que lo recuerdes, Tilly Rogers –dijo a su imagen en el espejo.

El precioso vestido de seda negra la transformó y al pensar en su reacción al ver a Xavier vestido de traje de etiqueta, se preguntó qué pensaría él al verla así vestida. ¿La desearía? Tilly sonrió para sí diciendo que estaba soñando con un cuento de hadas.

Reprendiéndose por dejar que sus pensamientos tomaran esa dirección, se recogió el cabello en un moño, se ató las sandalias, que formaban parte de la misma compra impulsiva, y se lanzó una última mirada antes de bajar las escaleras con un nerviosismo creciente.

¿Qué demonios le estaba pasando? No era una cita romántica. Xavier no era el hombre con el que iba a tener la aventura de su lista de deseos. Solo iba a cenar con él porque la climatología los había dejado incomunicados. ¿Qué tenía eso de extraordinario?

Y, sin embargo, cuando se detuvo al pie de la escalera, junto al árbol de Navidad, tuvo la extraña intuición de que entrar en la habitación en la que la esperaba Xavier iba a cambiarle la vida.

Xavier sentía un torbellino de emociones recorrerlo mientras esperaba a que Tilly, o Natalie, como prefería llamarla, llegara. No sabía definirlo, pero desde el instante que la había visto, algo en él había vuelto a la vida.

Respiró profundamente y contempló el fuego que había encendido en la chimenea. Natalie era distinta. Era el tipo de mujer que impulsaba a un hombre a querer protegerla. Despertaba el deseo de amarla y de cuidar de ella.

A tiempo que ese inesperado pensamiento le pasaba por la cabeza, se abrió la puerta y Tilly entró con un sofisticado ademán que hacía casi imposible creer que fuera la misma vivaracha mujer que había llegado aquella mañana al patio. Estaba espectacular. El vestido de seda le envolvía el cuerpo como una caricia, pero Tilly se había envuelto en una distante aura que la hacía inaccesible, intocable. ¿Sería así como se defendía de la atracción que también

ella sentía?

–*Cosi bella* –el cumplido escapó de sus labios antes de que se diera cuenta de que hablaba. Estaba hermosísima.

El vestido enfatizaba su espectacular figura, y la mirada de Xavier se posó en sus hombros desnudos y al instante se imaginó presionando los labios sobre su suave piel marfil. Tilly se ruborizó bajo su mirada, confirmando a Xavier que intentaba protegerse de la creciente atracción mutua que los dominaba.

–Una chimenea encendida siempre crea un ambiente acogedor –dijo Tilly, intentando desviar la atención de Xavier, aunque un leve temblor en la voz traicionó su aparente calma.

–¿Alguna vez has pasado una tarde delante del calor de fuego con alguien especial? –Xavier tomó la botella de champán con la esperanza de que el frío aplacara el calor que sintió en su interior al tener una instantánea imagen de ellos dos haciendo eso mismo.

Descorchó la botella y Tilly ahogó una exclamación de sobresalto. Sus miradas se encontraron al tiempo que se ruborizaba y contestaba:

–No. A no ser que estar en una casa de campo con amigos cuente.

Xavier le pasó una copa a la vez que se esforzaba por dominar la súbita punzada de celos que lo asaltó al imaginarla con otro hombre.

–Y ahora tienes que soportar pasar la velada en mi compañía.

–«Soportar» es una palabra un poco fuerte –se apresuró a decir ella. Tomando la copa lo miró con determinación y añadió–: «disfrutar» es más apropiada.

Él entrechocó su copa con la de ella.

–¡Salud! ¡Por los buenos momentos!

–¡Por los buenos momentos! –brindó Tilly a su vez, sonriendo tentadoramente–. Lamento que tus planes se hayan frustrado.

–Prefiero la alternativa –dijo él, alzando la copa.

Tilly desvió la mirada con una risa seductora que no consiguió diluir la tensión, tal y como Xavier sospechaba que había intentado hacer. Al contrario, la intensificó.

Tilly se separó de él y dijo:

–No estés tan seguro. Todavía estás a tiempo de cancelar la velada. No serías la primera persona en hacerlo –tras aquel risueño comentario, Tilly dejó la copa sobre la mesa y, más cómoda al haber establecido una distancia entre ellos, volvió a mirarlo–. Si me disculpas, tengo que ir a preparar el primer plato.

Xavier fue a ofrecerle ayuda, pero dada la intensidad de sus

intercambios, necesitaba un poco de espacio. Si cerraba los ojos, aunque fuera por un instante, podía imaginar sin dificultad que aquel encuentro estaba planeado, que se trataba de una cita establecida. Que no solo Tilly quería pasar la noche en su cama, sino que él no tenía que preocuparse de las cicatrices que habían hecho imposible que disfrutara de la compañía de una mujer desde el accidente.

Abrió los ojos bruscamente. No debía imaginar lo imposible.

Cuando Tilly volvió, lo encontró en actitud tensa delante de la chimenea, con gesto crispado. ¿Se debía a que de nuevo había flirteado con ella? ¿Se habría arrepentido de invitarla a pasar la Nochevieja con él?

–¿Quieres pasar al comedor? –dijo, intentando sonar lo más profesional posible.

–*Bene* –contestó él con un suave gruñido. Y cruzó la habitación con gesto agitado.

Tilly lo precedió, arrepintiéndose una vez más del atrevido escote trasero del vestido y de los ridículamente altos tacones que le obligaban a caminar con lentitud y una sensualidad que no pretendía. El camino a la silla se le hizo eterno.

–Permíteme –dijo Xavier en un tono que Tilly interpretó definitivamente como de irritación por tener que cenar con ella.

Debía haber imaginado la atención sexual que había creído percibir en el salón. Como si ponerse aquel vestido la convirtiera en alguien diferente y le permitiera huir del pasado y disfrutar de un mundo de fantasía por una noche.

De pronto el pasó por la cabeza la temeraria idea de que aquella pudiera ser la ocasión de tener la aventura que había añadido a su lista de deseos, la que le permitiera demostrarse que había superado la cancelación de su boda. Pero igual de súbitamente, frenó aquel errático pensamiento.

Ocupó la silla mientras Xavier permanecía tras ella unos segundos más de lo imprescindible. Un escalofrío le recorrió la espalda y tuvo que reprimir el impulso de arquearla para sentir mejor su proximidad. Bastaba tenerlo cerca para sentir que la tocaba, que le recorría la piel desnuda con los dedos.

–Gracias –dijo. Y se apoyó en el respaldo mientras intentaba frenar los latidos de su corazón por temor a que llegaran a ser audibles.

–*Prego*.

Xavier se sentó frente a ella, al otro lado de la mesa decorada para la ocasión. La luz de las velas añadía un toque de intimidad, y el entrante de pasta se quedó templado mientras ellos se miraban prolongadamente. ¿Qué le estaba pasando? Aquella arrolladora fuerza de atracción y un palpitante deseo amenazaban con robarle la voluntad.

«Es tu cliente», gritó una voz en su cabeza.

–Me temo que he tenido que cambiar el menú una vez más.

Él mantuvo la mirada fija en la de ella y Tilly reprimió el impulso de morderse el labio inferior, tal y como hacía cuando estaba ansiosa. No quería que Xavier supiera hasta qué punto la alteraba. El aire a su alrededor se cargó de electricidad mientras finalmente empezaban a comer.

–*Delizioso* –dijo él. Y Tilly consiguió relajarse parcialmente y comer.

Cuando terminó el plato, Xavier se apoyó en el respaldo y la miró de una manera que volvió a acelerarle el pulso.

–Dime, Natalie. ¿De qué te escondes esta Nochevieja?

La inesperada pregunta hizo que Tilly estuviera a punto de atragantarse. Tomó la copa y bebió para ganar tiempo.

–¿Qué te hace pensar que me escondo de algo? Simplemente, estoy trabajando.

–Una hermosa mujer como tú no debería pasar la Nochevieja sola, y menos aún, trabajando.

El delicioso acento de Xavier despertó un hormigueo en el estómago de Tilly. Por un instante quiso creer que era un admirador que quería estar con ella y no que se había visto abocado a tenerla como compañía.

–Quería trabajar –dijo con tanta firmeza como fue capaz. La misma que había usado cuando sus amigos la invitaban a sus fiestas.

Xavier sonrió.

–Así que es verdad que te escondes.

¿Serviría decirle la verdad para acabar con lo que fuera que pasaba entre ellos? Al menos debía intentarlo. No estaba segura de poder seguir actuando como si no notara la forma en que su cuerpo reaccionaba cada vez que él la miraba.

–No es que me esconda. Mi prometido canceló nuestra boda exactamente hace un año –dijo con frialdad. Y bastó pensar en Jason para mitigar el efecto que Xavier tenía en ella.

Xavier hizo girar la copa lentamente entre los dedos.

–¿Y has decidido que trabajar sería mejor que ir de fiesta?

–Algo así –Tilly se arrepintió de haber iniciado aquella conversación. Para intentar aplacar la tensión había dicho demasiado–. Voy por el siguiente plato.

Salió del comedor a la mayor velocidad que le permitieron los tacones. En la cocina, pasó a una fuente el estofado de venado y croquetas de patata y trató de borrar el dolor que todavía sentía al recordar la traición de Jason.

El sonido de pisadas anunció la llegada de Xavier y Tilly se concentró en la comida para no mirarlo; no quería ver en sus ojos la misma compasión que había visto en los de sus amigos y familia. No merecía que sintiera lástima por ella cuando era la culpable de que no se celebrara la boda. Había pasado de la amistad de infancia, a un noviazgo cuyo final lógico parecía el matrimonio. Jason había sido lo único constante en su vida, pero, al menos para él, eso no había sido bastante.

Oyó que Xavier dejaba los platos del aperitivo, pero todavía no fue capaz de volverse. Él se detuvo entones detrás de ella y Tilly sintió que le faltaba el aire.

–¿Puedo ayudarte? –el tono aterciopelado de su voz hizo que Tilly, para su horror, se estremeciera visiblemente–. Tienes frío.

–Un poco –mintió ella. Y al volverse a mirarlo le alarmó lo cerca que estaba–. Me has contratado para preparar la cena, así que no debes ayudarme.

Tomó la fuente con el plato principal y salió de la cocina precipitadamente. Pero se equivocó al creer que la serie de educados intercambios que siguieron daban el tema por zanjado

–Tu prometido era un estúpido –dijo Xavier cuando terminó el plato, acomodándose en la silla y mirándola fijamente.

–No puedes decir eso sin conocerlo.

Tilly protegía instintivamente a Jason. Él no era el único culpable. Solo había reaccionado ante su incapacidad de mostrarle amor. A la muerte de su padre, su madre se había consolado con otro hombre, y ella se había sentido abandonada. Sentirse especial para alguien se había convertido en una obsesión, y Jason había sido ese alguien; primero como amigo y luego como novio, pero nunca como amante.

–Tienes razón –dijo Xavier–. Pero un hombre que deja escapar a una mujer como tú solo puede ser un estúpido.

Una leve sonrisa curvaba sus labios de Xavier y Tilly se preguntó una vez más qué se sentiría al ser besada por ellos. Y aunque quiso ahuyentar ese pensamiento, recordó la aventura que tenía apuntada en su lista de deseos.

Era tan poco propio de su temperamento que Vanessa se había quedado boquiabierta cuando se lo había comentado, y desde entonces se lo recordaba siempre que podía, con la excusa de que era precisamente lo que necesitaba. Incluso se lo había recordado hacía un rato, cuando la había llamado para contarle que se habían quedado aislados en la mansión. ¿Sería verdad que aquella era su oportunidad de borrar de la lista ese deseo, de demostrarse que había superado la pérdida de Jason?

No. Estaba allí por trabajo y no podía poner en riesgo la reputación de su negocio por una noche de pasión, por muy tentador que Xavier resultara.

Xavier intuyó que Tilly ocultaba más de lo que contaba. Si defendía a su exprometido, debía seguir enamorada de él. Pero ¿cómo podía amar a alguien que la había abandonado cuando más lo necesitaba?

Eso era lo que le había pasado a él cuando su novia había reaccionado con tanta repulsión al verlo que ni siquiera había sido capaz de sentarse a su lado. La reacción de Carlotta le había hecho cuestionarse si alguna vez lo había amado. Y se alegró de no haber sucumbido a la presión a la que tanto ella como sus familiares lo habían sometido para que se casaran. Al menos tras el accidente no había tenido que enfrentarse a un divorcio además de al dolor de haber destrozado una familia.

Tilly se puso en pie y lo sacó de ensimismamiento a la vez que daba por terminada la conversación.

–¿Postre?

Xavier la miró detenidamente, dejando que su perfecta figura lo separara del abismo al que acababa de asomarse. En su rostro dominaba la expresión de inquietud y recato que había mantenido toda la cena. Un intenso deseo lo atravesó. No se trataba solo del reto que representaba; era algo más, algo mucho más neto, que no podía definir. La deseaba más de lo que había deseado a ninguna otra mujer.

–Dejémonos de formalidades –dijo en un arranque de rebeldía. Estaba harto de mantener las formas.

–¿A qué te refieres? –preguntó ella, alarmada.

–¿No te parece que el fuego del salón es mucho más acogedor?

–Sí –dijo ella, bajando la mirada, como si quisiera aislarse de él.

Pero su cuerpo seguía reclamándolo.

–*Bene.*

Xavier se levantó y rodeo la mesa hacia Tilly. Ella lo miró y sus grandes y luminosos ojos hicieron que sintiera una presión en el pecho. Ninguna mujer lo había afectado tan intensamente.

Súbitamente ella entró en acción y empezó a recoger la mesa.

–Primero tengo que limpiar –dijo en un tono impersonal que aplacó parcialmente la ardor de Xavier.

No debía olvidar que estaba allí porque la había contratado, y eso representaba una complicación añadida.

Tilly fue a la cocina con algunos platos. Él tomo el resto y la siguió. Las brillantes luces de la cocina contribuyeron a afianzarlo en la realidad y no en la fantasía paralela que parecían compartir.

–En cuanto tenga el postre lo llevaré al salón –dijo ella, volviéndose hacia él con una inquietud en la marida que lo hizo pararse en seco.

Era su manera de advertirlo que se mantuviera a distancia, que no quería explorar la atracción que sentían. Y después de lo que le había contado, sería cruel obligarla a hacerlo. Por mucho que su cuerpo se sintiera atraída por el de él, seguía amando a otro hombre

–Permíteme que te ayude.

–No –el pánico con el que dijo el monosílabo, hizo que Xavier la mirara inquisitivamente–. No, gracias. No estoy aquí para pasarlo bien, sino porque me has pagado para ello… Para trabajar.

Xavier vaciló, pero supo que Tilly tenía razón. Lo que le había contado sobre la Nochevieja del año anterior demostraba que quería más que una noche de pasión y un lujoso regalo de despedida. No era de ese tipo de mujeres. Y él no podía proporcionar a alguien como Tilly lo que ella anhelaba.

–Está bien –dijo con firmeza–, pero te espero en el salón. No pienso entrar en el Año Nuevo solo.

–Pero… –Tilly intentó inventar alguna excusa.

–Te espero –dijo él con severidad. Pero la vulnerabilidad con la que ella lo miró hizo que se suavizara al instante. Era tan hermosa–. Por favor, brindemos por el Año Nuevo.

Capítulo 4

TILLY APENAS consiguió frenar el ritmo de su corazón después de que Xavier saliera de la cocina. Se acercó a la ventana y contempló los copos de nieve descender pesadamente, su blancura contrastando con el negro de la noche.

Por más que intentaba pensar en Xavier como el señor Moretti que la había contratado, las circunstancias y la conversación habían creado entre ellos una inesperada atmósfera de intimidad.

Su cuerpo vibraba con un deseo que no había experimentado en su vida. Por eso había tenido que entretenerse en la cocina y estaba decidida a pasar el menor tiempo posible con él. Recordarle que estaba allí por trabajo no había servido para enfriar la pasión que brillaba en sus ojos. Iba a tener que permanecer en guardia. No tenía la menor intención de romper sus reglas y menos de convertirse en una más de las conquistas de Xavier.

Se detuvo ante la puerta del salón, titubeante. Estaba segura de que cruzar el umbral iba a cambiarla… para siempre. El reloj de vestíbulo dio las once y media. Pronto sería medianoche y su contrato habría concluido.

Empujó la puerta de madera y el calor de la chimenea le dio la bienvenida. Hizo una pausa para intentar dominar el temblor de manos. Miró a Xavier y la intuición de que aquella noche la transformaría se intensificó.

–*Infine*.

La suave palabra italiana y el toque de humor que implicaba la acariciaron a la vez que se adentraba en la habitación e intentaba dejar sus inseguridades fuera. No quería que Xavier supiera cuánto la habían alterado las pocas horas que había pasado con él.

Verlo junto al fuego, alto y con aquel traje que acentuaba la perfección de su figura, volvió a poner a prueba su determinación de mantenerse distante. Se obligó a apartar la mirada y dirigirla hacia los cuadros que colgaban de la pared, pero eso no impidió que se preguntara qué se sentiría al estar en sus brazos y ser besada por él.

–Sí, por fin –tradujo sin poder contener una sonrisa por la que se amonestó inmediatamente. Tenía que hacer algo que les sirviera para recordar que no era más que una empleada–. Siento haberte hecho esperar, pero tenía que recoger la cocina.

–Ven –dijo él, indicando el sofá de delante de la chimenea con una sonrisa que sugería que sabía que había estado ganando

tiempo–. Es casi medianoche. Acompáñame con una copa de champán.

Tilly se sentó en el sofá evitando interpretar la forma en que brillaban los negros ojos de Xavier. Tomó la copa de champán de manos de él aun sabiendo que lo prudente sería no beber.

Con una sensual sonrisa bailándole en los labios, Xavier volvió a ocupar su posición junto a la chimenea y alzó la copa antes de dar un sorbo. Ella hizo lo mismo, saboreando el delicioso líquido burbujeante.

–No pensaba que esta noche fuera a trascurrir así –dijo ella, decidida a beber con mesura–. Supongo que tú tampoco. Siento que tu familia no haya podido venir y que hayas tenido que conformarte conmigo.

–No ha sido ningún sacrificio –el tono ronco de Xavier hizo que Tilly se dejara llevar por la tentación de mirar sus hipnóticos ojos–. Me alegro de que estés aquí. De otra manera habría pasado la Nochevieja solo.

La seductora risa con la que acompañó el comentario provocó un estremecimiento de placer en Tilly. Xavier hablaba como si estuviera genuinamente contento de tenerla a su lado, pero ella no pensaba olvidar que era un playboy, acostumbrado a salir con mujeres muy distintas a ella, y no iba a dejarse llevar por ideas románticas que no había la menor posibilidad de que se convirtieran en realidad.

Lo que tenía que hacer era relajarse y tomarse la velada como lo que era: un breve interludio en su vida; la oportunidad de experimentar un mundo de fantasía con un atractivo italiano, un mundo en el que Tilly Rogers no existía, solo Natalie.

La tentación de poder tachar de su lista de deseos tener una aventura se intensificó, pero la ahogó al instante. Si tenía una aventura de una noche con un hombre, no sería porque fuera la única mujer disponible. Lo haría solo con un hombre que, al menos por una noche, la deseara sinceramente.

–Te agradezco la invitación –dijo, atreviéndose a mirarlo a los ojos a pesar de la intensidad que encontraba en ellos–. Es agradable disfrutar de la comida y la bebida…, y vestirme así.

Había querido introducir una nota de humor para descargar un poco de tensión, pero a juzgar por la tórrida mirada que le dirigió Xavier, supo que había fracasado.

–Estás preciosa –dijo él con voz acariciadora–. *Molto bella.*

Tilly desvió la mirada hacia el crepitante fuego, consciente de que se ruborizaba.

–Gracias, pero dudo que a la mujer que ocupa un lugar especial en tu vida le gustara oírte decir eso.

Para su sorpresa, Xavier lanzó una carcajada. Él tomó la botella y rellenó las dos copas antes de sentarse al otro extremo del sofá.

–No hay una mujer especial en mi vida.

–Pensaba que… –empezó Tilly, pero guardó silencio. Recordaba haber visto fotografías de Xavier con una preciosa morena. Pero, dada su reputación, no debía ser un hombre que mantuviera relaciones duraderas.

Xavier se acomodó en el sofá, pasando el brazo por encima del respaldo y dejando caer la mano tan cerca de Tilly que esta se tensó.

–¿Pensabas que mantenía una relación?

–La verdad es que sí.

Tilly no supo juzgar si el temblor de su voz se debía al tema del que hablaban o a la proximidad de su mano y a que las piernas de Xavier, que este había estirado ante sí, prácticamente la atrapaban.

–Después de romper una larga relación, he preferido no comprometerme.

El mensaje estaba claro. Xavier solo quería relaciones pasajeras, lo que era una razón más para no dejarse arrastrar a algo de lo que se fuera a arrepentir.

–Entiendo –dijo Tilly quedamente. Y se quedó minado las burbujas subir hacia la superficie mientras se preguntaba hasta qué punto se arrepentiría de dejar que aquel hombre la besara

Xavier se inclinó hacia delante tan súbitamente que a Tilly estuvo a punto de caérsele la copa.

–Estoy seguro de que, después de lo que pasó el año pasado, tú debes sentir lo mismo.

–Si te refieres a que me he embarcado en una sucesión de relaciones pasajeras, estás equivocado. No soy ese tipo de mujer –se apresuró a decir Tilly, a la defensiva. ¿Qué pensaría Xavier si supiera que era virgen?

Él le sostuvo la mirada y dijo:

–Lo sé. Por eso antes no te he besado a pesar de que querías que lo hiciera.

–¡Serás arrogante! –el contenido de la copa e Tilly se derramó cuando se puso de pie de un salto.

Perdió el equilibrio al tropezarse con sus piernas e instintivamente, alargó las manos para agarrarse a la repisa, pero se encontró en brazos de Xavier, que la estrechó contra sí para sujetarla.

–¿Qué decías? –preguntó con sorna, incrementando la indignación de Tilly, que en el fondo estaba más enfada consigo misma que con él. ¿Tan evidente había sido que deseaba que la besara?

Lo miró con ojos centelleantes y la respiración entrecortada a la vez que él la apretaba más contra sí. La seda apenas servía de barrera para protegerla del calor que irradiaba del cuerpo de Xavier. Podía sentir la fuerza de sus brazos en torno a su cintura. Su corazón latía con tanta fuerza que estaba segura de que él podía oírlo.

–Tus tácticas de seducción te servirán con otras mujeres, pero no conmigo.

Sabía que debía empujarlo y separarse de él, pero no pudo. Su cuerpo contradecía sus órdenes, actuaba por volición propia.

–¿Porque sigues enamorada del hombre con el que ibas a casarte? –preguntó él, entornando los ojos hasta que fueron casi dos ranuras.

–Sí –mintió Tilly. Con esa excusa la dejaría ir. Era su mejor defensa–. Y porque estoy aquí como tu empleada, no como tu última conquista.

–No te creo –dijo él, viendo en sus ojos azules el mismo deseo que él sentía, sintiendo en su cuerpo un eco del mismo temblor que lo recorría a él.

¿Era eso posible si seguía enamorada de otro hombre? ¿Lo miraría con aquel aire tan tentador, ofreciéndole los labios entreabiertos? Si amaba a otro hombre, sus ojos brillarían de indignación, no de deseo.

–Pues es verdad –dijo ella con firmeza, finalmente separándose de él.

Xavier la dejó ir, pero estaba seguro de no estar imaginando lo que era evidente: que sus ojos desbordaban deseo y pasión. Sin embargo, tenía razón al decir que estaba allí como empleada… aunque eso solo fuera válido hasta la medianoche.

Tilly bajó la mirada y se pasó la mano por la mancha que el champán le había hecho en el vestido, aunque sabía que solo era una excusa para evitar la mirada de Xavier e impedir que él viera en sus ojos el deseo que la devoraba.

–Si es así, ¿por qué estás aquí y no con ese Jason al que tanto quieres? –preguntó él en tono retador.

Natalie Rogers estaba haciéndole sentir cosas que no reconocía,

pero que se parecían mucho a los celos.

Ella lo miró con gesto digno y dijo:

–¿Tengo que recordarte que estoy trabajando para ti?

Su tono altivo hizo sonreír a Xavier, lo que la indignó aún más.

–¿Más champán? No puedes brindar por el Año Nuevo con la copa vacía. Faltan unos minutos para las doce… y para que finalice tu contrato.

Por un instante pensó que Tilly iba a rechazarlo. La mezcla de rabia y pasión con la que centelleaban en aquel momento sus ojos la hacían aún más deseable. La seda de su vestido parecía esculpir sus senos, que se movían al ritmo de su respiración.

Era preciosa. Perfecta

También un recordatorio de todo aquello que él no merecía tener.

–Solo una copa –el ronco susurro de Tilly lo sacó de su ensimismamiento, de su necesidad de castigarse y negarse la felicidad o el amor. No merecía ni una cosa ni otra después de haber destrozado la vida de la familia de Paulo.

–*Grazie* –dijo, intentando ahuyentar los fantasmas que lo asediaban, al menos por aquella noche.

Sirvió lo que quedaba del champán en las dos copas. ¿Qué pensaría Tilly si supiera la verdad? ¿Seguiría deseándolo como obviamente lo deseaba o, al igual que Carlotta, lo rechazaría?

–Gracias –dijo Tilly, tomando la copa sin mirarlo a los ojos.

Xavier fue hasta la chimenea y alimentó el fuego con un leño. Las llamas se avivaron como se había avivado su deseo con solo pensar en besar a Tilly.

–Debes estar arrepentida de haber aceptado este contrato –dijo, sin apartar la mirada del fuego.

–Lo acepté porque no quería tener que ir a fiestas…, ni recordar –dijo Tilly, reemplazando el temblor de voz de unos segundos atrás por firmeza.

–Ese hombre es un idiota –repitió él con aspereza. Y se volvió a mirarla–. Tiene que serlo si ha dejado a una mujer como tú.

–No es lo que te imaginas –Tilly se acercó a él, atraída por el calor de la chimenea. El reloj marcó un cuarto. Eran los últimos quince minutos del año. Tilly miró a Xavier–. Habíamos estado juntos desde el colegio, y creo que acabamos haciendo planes de boda para no desilusionar a nuestras familias. Todo el mundo asumía que algún día nos casaríamos.

Su tono de resignación no encajaba con la afirmación previa de que seguía amando al hombre que la había abandonado.

–¿Aun así, sigues amándolo?

–Sí –Tilly bebió–. Fue mi primer novio. Siempre lo querré.

–No deberías desperdiciar tu amor con un hombre que te ha dejado –Xavier dio un paso hacia ella involuntariamente.

La conexión entre ellos era cada vez más intensa. Los dos conocían el dolor del abandono aunque en su caso hubiera sido él quien había dejado a Carlotta después de que ella lo rechazara.

–¿Hablas por propia experiencia, *signor* Moretti?

Que usara su apellido desconcertó momentáneamente a Xavier, pero sabía que con ello intentaba recordarse y recordarle la razón original de que se encontraran en aquella peculiar situación.

–Estuve implicado en un accidente que me dejó seriamente lesionado y desde entonces no he sido el tipo de compañía que buscan las modelos. Ya no podía ofrecer a Carlotta la vida excitante y lujosa a la que estaba acostumbrada –quería contarle más cosas a Tilly, decirle que sabía bien lo que se sentía al ser rechazado, pero no encontró la palabras–. Cuando le dije que habíamos terminado, se limitó a dar media vuelta y refugiarse en los brazos de otro hombre.

La exclamación ahogada que escapó de los labios de Tilly hizo que se sintiera culpable. Se separó de ella y miró las llamas.

–Lo siento –dijo ella con dulzura, posando una mano en su brazo.

¿Qué sentía? ¿Que su relación hubiera fracasado, el accidente, haberle hecho recordar el pasado?

–Fue lo mejor que podía haber pasado –dijo en tono crispado, confiando en dar por terminada la conversación.

–¿Cuándo sucedió? Me refiero al accidente.

–Hace tres años. En el verano –dijo él.

Y vio los ojos de Tilly oscurecerse hasta adquirir el color de la noche. Empezaba a sentir que se ahogaba, que lo arrastraba una fuerza desconocida hacia algo que no se merecía experimentar, y menos aún, poseer.

–¿La alejaste de ti porque estabas en el hospital?

La incredulidad de Tilly era palpable. Pero Xavier se preguntó cómo habría reaccionado ella y si hubiera podido soportar su rabia y su ira. ¿Se habría acobardado? ¿Habría sido capaz de disimular la repulsión que le causaban sus heridas? ¿Habría seguido junto a él a medida que su carácter se iba amargando y el sentimiento de culpa se adueñaba de él?

–Ya no era el hombre que ella había conocido, ni podía darle la vida que ella anhelaba; así que terminé la relación –las palabras

escaparon de su boca con rencor al ver ante sí el rostro que solía mirarlo con amor retorcido en un gesto de egoísta de espanto–. *¡Grazie a Dio!* Hice bien.

–No sé qué decir –la delicada consternación con que Tilly lo miró estuvo a punto de acabar con su control.

Xavier se alegraba de que Carlotta se hubiera mostrado como era verdaderamente. Lo que lamentaba era que hubiera tenido que producirse el accidente para averiguarlo.

–¿Cuándo ibais a casaros? –necesitaba desviar la atención de sí mismo, evitar que los recuerdos de aquellos espantosos meses lo atormentaran como acostumbraban a hacer cuando pensaba demasiado.

–Una hora después de que Jason rompiera el compromiso.

Tilly apretó los dientes para contener las lágrimas. No podía llorar. Ni allí, ni delante de aquel hombre.

–*Dio mio*.

La exclamación fue seguida de una retahíla de palabras en italiano que Tilly no comprendió, pero que transformó sus ganas de llorar en ganas de reír… como no lo había hecho en meses. ¿Cómo podía encontrarlo divertido? Debía ser un efecto de la realidad paralela en la que sentía

Precisamente hacía un año debía haberse casado con el que creía el hombre de su vida y de pronto este la había catapultado a nueva vida, diciéndole que debía vivir el presente. ¿Sería eso lo que se estaba negando en ese momento? ¿Pasar unas horas con un playboy italiano que le aceleraba el pulso?

Xavier se acercó a ella y le acarició la mejilla. El aire se cargó de electricidad mientras se aproximaba aún más; tanto, que Tilly pudo oler su fragancia, saborearla en sus labios.

Anhelaba que la besara, sentir sus labios en los de ella.

En el vestíbulo, el reloj dio la primera campanada de medianoche. El sonido recorrió el aire cargado y el pequeño reloj de la repisa de la chimenea lo repitió, marcando el final del año y del contrato.

–Medianoche –susurró Tilly.

La mirada de Xavier se concentró en sus labios y ella sintió que el aire le quemaba los pulmones.

Las campanadas se sucedieron. Todo se difuminó, excepto el hermoso rostro de Xavier.

–*Buon Anno Nuovo*

La sensual y grave voz de Xavier reverberó en el cuerpo de Tilly como un suave cosquilleo.

–Feliz Año Nuevo –dijo ella en un susurro prácticamente ahogado por los latidos de su corazón y por la última campanada.

Debía irse de inmediato. No estaba lista para aquello. Antes de que Xavier pudiera detenerla, dejó la copa y salió de la habitación.

–Natalie.

Xavier la llamó, pero Tilly no se detuvo hasta llegar junto al árbol de Navidad. Entonces, intuyéndolo a su espalda, se volvió.

–No huyas de mí, Natalie. Esta noche, no.

Ella lo miró sin poder decidir si la vulnerabilidad que percibía en su voz era genuina.

–Tengo que irme.

–Quédate.

Tilly ya no sabía si huía del beso o porque quería ser besada. Miró a Xavier con el corazón desbocado.

–No puedo.

Él se acercó en silencio. Tilly mantuvo la mirada fija en la de él; apenas podía respirar.

Él la tomó por la nuca y lentamente inclinó la cabeza hasta quedarse a unos milímetros de sus labios. En sus ojos estallaron fuegos artificiales cuando la miró fijamente y en un sensual susurro dijo:

–Feliz Año Nuevo, Natalie.

Ella tragó saliva. La respuesta, que tardó unos segundos en llegar a sus labios, le salió espontáneamente en italiano.

–*Buon Anno Nuovo*, Xavier.

¿Qué estaba haciendo? En cuanto los labios de Xavier rozaron los suyos, hizo ademán de retroceder, pero Xavier la retuvo.

–Tu contrato ha terminado, Natalie. Y no puedes negar que esta noche hay algo entre nosotros.

¿Estaba dándole permiso para besarlo, para ceder al deseo que le fluía como oro líquido por las venas? Sus labios acariciaron los de ella con delicadeza y Tilly dejó escapar un suave gemido. El beso se hizo entonces más apasionado, más exigente, y Tilly no pudo pararlo.

Intentó mantener los ojos abiertos, pero sus párpados se entornaron. Los labios de Xavier saborearon los de ella, y Tilly tuvo que reprimir el impulso de apretarse contra él mientras se decía que solo era un beso de Año Nuevo.

Los dedos de Xavier la asieron con firmeza, manteniendo el ángulo de su cabeza para intensificar el beso y buscar su lengua con la de él.

Tilly se entregó al éxtasis del momento; su cuerpo ardía en

deseo. ¿Cómo podía un beso ser tan excitante? Los labios de Xavier le recorrieron la garganta, haciéndole temblar de arriba abajo. Xavier le besó los hombros a la vez que posaba sus manos en sus senos y pasaba los pulgares por sus pezones endurecidos. Ella dejó escapar un gemido de placer y él se apretó contra ella. Tilly se deleitó en la solidez de su cuerpo, en su musculoso pecho y sus fuertes muslos. Perdiendo todo pudor, se amoldó a él; su dura y pulsante erección la atormentó a través de la tela.

Cuando la pasión amenazaba con robarle todo control, Xavier la apartó de sí. Tilly lo miró desconcertada, con la mente y el cuerpo congelados. Solo podía oír los latidos de su propio corazón. Xavier la miraba con frialdad.

¿Qué acababa de hacer? ¿En qué había estado pensando? La expresión de Xavier era la prueba definitiva de que había ido demasiado lejos.

–Esto no debería haber pasado –dijo en un tono tan cargado de deseo que no pasó desapercibido a Tilly.

Xavier continuó mirándola con gesto contrariado y los labios apretados en un rictus.

Tilly habría querido subir las escaleras corriendo, pero no estaba dispuesta a que Xavier supiera lo que aquel beso había representado para ella. Lo miró fijamente y dijo:

–Buenas noches –afortunadamente, su voz salió más segura y menos susurrante.

–*Buona notte*, Natalie.

Tilly habría querido desaparecer. Dio media vuelta y empezó a subir la escalera, consciente de que él la seguía con la mirada. Tras lo que le apreció una eternidad, llegó al primer piso.

–¿Natalie?

La sensualidad con la que pronunció su nombre le hizo volverse instintivamente. Lo miró pero fue incapaz de emitir una sola palabra.

–*Grazie.*

Tilly no se molestó en preguntarle por qué le daba las gracias, ni reaccionó de ninguna otra manera. Dio medio vuelta y caminó apresuradamente hasta su dormitorio.

Xavier se despertó con un escalofrío. El fuego se había apagado y en la chimenea solo ardían algunas brasas entre la ceniza. Desafortunadamente, no podía decir lo mismo del deseo que ardía en su interior.

No debería haber besado a Tilly, no debía haber aceptado la muda invitación que ella había hecho para que probara sus labios, porque con ello solo había conseguido querer más, mucho más. Con cada hora que pasaba se había sentido más atraído hacia ella con una fuerza a la que no había podido resistirse aun a pesar del sentimiento de culpa que le había impedido besar a una mujer en los últimos tres años.

Se puso en pie y el dolor le recorrió las piernas. Era el permanente recordatorio del accidente y de su culpa. Como lo era la manera en la que Tilly había insistido en que trabajaba para él, intentando dejar claro que, a pesar de la mutua atracción que sentían, nunca habría nada entre ellos.

Pero sí que había pasado algo. Tilly le había devuelto el beso apasionadamente. Él solo había pensado rozar sus labios contra los de ella para desearle un feliz año, y había estado a punto de detenerse ahí porque había intuido que estaba a punto de cruzar el límite que ella había insistido en marcar. Pero bastó que probara sus labios para perder la capacidad de pensar; el ardor con el que Tilly había respondido lo abrasó.

Sin embargo, pensar en Carlotta lo ayudó a recobrar el juicio. Era la única mujer que había visto su cuerpo maltrecho, y en cuanto el recuerdo de su cara de repulsión se sumó a su permanente sentimiento de culpa, había conseguido apartar a Tilly de sí.

Luego le había visto subir las escaleras sin que pudiera llegar medir las implicaciones de lo que acababa de pasar. Su puerta se había cerrado y él había vuelto frente a la chimenea.

Maledizione. Había cometido un error al besarla. Tilly había puesto a prueba su capacidad de contención. Había tenido que obligarse a dejarla ir, a retroceder a pesar de que cada célula de su cuerpo clamaba por su proximidad.

Miró por la ventana. La noche estaba iluminada por el fantasmal reflejo metálico de la nieve depositada, pero al menos había dejado de nevar. Con suerte, las carreteras se despejarían por la mañana y Tilly podría marcharse. Tenía que marcharse. Era demasiado tentadora y le hacía desear cosas que no se merecía.

Cuando finalmente se retiró a su dormitorio, se detuvo en el rellano de la escalera que llevaba a su dormitorio y miró hacia el de Tilly, imaginándosela durmiendo sola, en la gran cama con dosel.

Mascullando una maldición, dio media vuelta y fue hacia su dormitorio. Lo que había pasado aquella noche no podía repetirse.

Capítulo 5

TILLY SE despertó sobresaltada y tardó unos segundos en recordar dónde estaba y lo que había sucedido. ¿Había besado a Xavier o era un sueño? ¿Habría sido tan estúpida? Miró alrededor, intentando buscar algo que la ayudara a separar el sueño de la realidad.

Al ver su vestido sobre el respaldo de una silla, cerró los ojos con resignación. Sí, lo había besado. Revivir la escena hizo que le ardieran las mejillas. Podía oír la sensual voz de Xavier diciéndole que su contrato había concluido. Había usado la excusa de un beso de felicitación para desarmarla. Pero ella había respondido apasionadamente; ella había dejado que el beso fuera mucho más allá.

Se levantó con la mente confusa y descorrió las cortinas. El frío del marco metálico de la ventana le produjo un escalofrío, pero al menos ya no nevaba. Con suerte, podría ir a casa de Vanessa. Debía asistir a su fiesta de compromiso. Tenía que alejarse del hombre que había sembrado en ella pensamientos que debía evitar.

Se puso un jersey y unos vaqueros. Luego metió el resto de sus pertenencias desordenadamente en su bolsa de viaje, guardó el vestido en su funda y salió del dormitorio.

La casa estaba sumida en un profundo silencio. Por las ventanas del corredor se veía una preciosa vista de los campos nevados, pero Tilly no tenía tiempo para contemplarlos. Debía cargar sus utensilios en la furgoneta y marcharse.

Al llegar al pie de la escalera, el árbol de Navidad la recibió como una burla. Por segunda vez consecutiva, la Nochevieja era un desastre. Y ella tenía la culpa, bien por exceso o por defecto de pasión.

Al acercarse a la cocina le llegó una ráfaga de aire frío y al ver que la puerta trasera estaba abierta, fue a cerrarla. La altura que había alcanzado la nieve hizo que se cuestionara la viabilidad de poder conducir la furgoneta. El viento había barrido la nieve contra la pared del patio y de lateral de los vehículos. El coche de Xavier estaba prácticamente cubierto por un manto blanco.

Vio un rastro de pisadas que se dirigían hacia uno de los edificios de piedra del otro lado del patio. ¿Serían de Xavier?

Como si acabara de invocarlo, apareció en aquel momento, cargado de leña. Parecía estar preparándose para una larga estancia. Al verla, se detuvo por un segundo.

–*Buon giorno*, Natalie.

¿Cómo podía aparentar tal… naturalidad? Ella no sabía cómo actuar. ¿Cómo podía saludar a un hombre al que prácticamente se había entregado la noche anterior?

–¿Piensas quedarte aquí? –preguntó desconcertada, a la vez que se echaba a un lado para dejarle pasar.

Xavier depositó los leños contra la pared de la entrada. Mientras los ordenaba, dijo en un tono que no admitía discusión:

–Vamos a quedarnos los dos.

–Yo no puedo –dijo ella alarmada–. Especialmente después de lo que pasó anoche.

Xavier se incorporó y la miró con gesto de contrariedad. De pronto el pasillo que había entre la puerta y la cocina pareció empequeñecerse. Xavier dominaba el espacio; su fragancia impregnaba el aire, despertando vívidos recuerdos del día anterior en Tilly.

–A no ser que quieras desenterrar la furgoneta y despejar el acceso hasta la carretera, ninguno de los dos va a ir a ninguna parte.

No quedaba rastro de la delicadeza que Tilly había intuido en su voz la noche anterior. Y aunque sabía que debería alegrarse, le dolió que pudiera besarla con tanta ternura y unas horas más tarde tratarla con tanta frialdad. Para él, como había dicho, no había sido más que un beso de Año Nuevo.

–¿Pero la carretera principal está despejada? –preguntó, balbuceante.

Xavier sacudió la cabeza.

–No he llegado tan lejos.

–¿Has salido? –preguntó ella, notando entonces que llevaba un anorak y botas

–He ido hasta la verja –dijo él. Tilly lo siguió a la cocina–. Querías comprobar si podíamos ir a Londres antes de que llegara la tormenta.

–¿Qué tormenta? Creía que había pasado anoche –dijo Tilly en tensión.

–Lo de anoche fue solo una nevada. Hoy llega la ventisca. El servicio meteorológico ha elevado el grado de alerta –dijo él, sacando el teléfono y abriendo la aplicación–. La tormenta va a afectar a todo el país. Aconsejan que se viaje solo si es estrictamente necesario.

–Pero… –Tilly se quedó sin palabras hasta que su verdadero temor brotó de sus labios–: ¿Y si estamos aislados varios días?

–*Va bene* –Xavier se apoyó contra la encimera y se cruzó de brazos–. Tenemos comida y cobijo. ¿No te parece mejor que nos quedemos?

Tilly habría querido contradecirle con un grito. Tenía que ir a casa de Vanessa. No podía decepcionar a la amiga que siempre había estado a su lado. Y no quería quedarse atrapada con un hombre que despertaba sensaciones perturbadoras y nuevas en ella. Menos aun cuando a él no parecía haberle alterado el beso lo más mínimo.

–Tengo que irme –dijo mientras su mente trabajaba aceleradamente para intentar buscar una salida.

–No te queda otra opción, *cara* –dijo él, enarcando una ceja con expresión burlona.

–No puedo seguir aquí… después de lo de anoche –se oyó decir Tilly, indignándose consigo misma por no poder controlar el temblor en su voz.

–¿Porque me besaste?

–Yo no te besé –contestó Tilly indignada.

–Desde luego que sí –dijo Xavier. Y al ver su mirada de furia, rio–. No tienes nada que temer de mí, Natalie.

¿Cómo podía decir que no debía temerlo cuando un solo beso le había cambiado la vida?

–Estaba trabajando para ti –dijo Tilly con una forzada calma.

–Y eso es lo que hiciste, ¿no? –Xavier mantenía el tono risueño. Era evidente que le divertía que ella diera tanta importancia a un beso que él ya había olvidado.

–Sí –dijo ella con las mejillas encendidas.

–Entonces no hay ningún problema. Tu contrato había terminado incluso antes de que dieran las doce.

La insinuación estaba clara. Ni era su empleada cuando se besaron, ni lo era en aquel momento.

–Eso no cambia nada.

Xavier se encogió de hombros. Había disfrutado el beso de la noche anterior, quizá en exceso, pero no estaba en condiciones de implicarse con una mujer que quería el paquete completo, perdices y todo.

Desde el accidente no había podido plantearse estar con una mujer por la repulsión que pudieran causarle sus heridas. Intuía que Tilly era distinta. Aunque le hubiera besado o le hubiera tentado explorar la química que había entre ellos, estaba fuera de su alcance

y él debía asumirlo en lugar de tomárselo como un reto.

–Sigo sin poder quedarme aquí sola contigo, Xavier. ¿Qué va a pensar la gente? –protestó Tilly débilmente.

En eso no se equivocaba, circularían rumores que llevarían a conclusiones erróneas.

–¿Te importa lo que diga la gente? –preguntó él, acercándose. Al ver la expresión de ansiedad que reflejaban sus ojos, añadió–: No puedo exigirte que te quedes, Natalie. Si quieres, márchate.

Retrocedió. Él no la obligaría a hacer nada. La decisión estaba en sus manos.

–Por lo que dices, no tengo opción. Tendré que quedarme –dijo ella entre resignada y alterada.

Xavier fue hacia la puerta. Antes de salir, se volvió y dijo:

–Muy bien, *cara*. Voy por más leña.

–Lo dices como si esperaras que fuéramos a estar aislados varios días –dijo ella, abriendo los ojos consternada.

–En la parte de Italia de dónde vengo, uno se preparara adecuadamente para el mal tiempo –dijo Xavier. El aire fresco que lo azotó al abrir la puerta lo ayudó a enfriar el calor que había sentido al recordar el beso que se habían dado.

–No estamos en las montañas de Italia –dijo ella, fijando en él una mirada fiera.

–Eso es verdad, pero el pronóstico no es bueno, así que prefiero ser precavido, *cara*.

Xavier intentó imprimir un poco de humor a su tono, y Tilly lo recompensó con una tibia sonrisa.

–Haz lo que creas necesario. Voy a mirar el pronóstico por mí misma –dijo con gesto serio al tiempo que tomaba el móvil.

Xavier no pudo reprimir el impulso de provocarla.

–¿No te fías de mí?

Ella lo miró detenidamente.

–La verdad es que no –la velocidad y convicción con la que contestó, desconcertó a Xavier, aunque, dadas las circunstancias, no pudiera culparla.

Después del beso de la noche anterior, ni siquiera él confiaba en sí mismo.

–*Va bene, cara*. Comprueba que no te miento y que no te retengo aquí por puro placer. Entre tanto, iré por más leña.

Dio media vuelta y se fue, dejando la puerta abierta. El fresco viento alivió el calor de las mejillas de Tilly.

Por el vano de la puerta, Tilly vio que había empezado a nevar de nuevo y que el cielo tenía un gris plomizo. No necesitaba

comprobar el pronóstico del tiempo para saber que no era bueno.

Mientras cargaba un cesto con leña, Xavier intentó concentrarse en el tiempo. Si dejaba vagar su mente, volvía al punto de la noche anterior en el que había olvidado que Tilly no era como las demás mujeres. Lo había sabido desde el primer instante, pero el deseo de besarla había sido más fuerte que su voluntad. Sus honestas intenciones se habían evaporado cuando ella había respondido con una pasión que había encendido aún más el deseo que bullía en su interior.

–*Maledizione* –masculló, tirando los leños al cesto con más fuerza de la necesaria.

¿Por qué tenía que alterarlo de tal manera precisamente la mujer más inaccesible?

Cuando ya cruzaba el patio de vuelta, empezó a nevar. Al menos con la leña estarían calientes incluso si se cortaba la electricidad.

Intentó apartar cualquier pensamiento perturbador de su mente y adoptar un aire de profesionalidad como el que aplicaba Tilly. Pero el beso y el deseo que lo torturaban desde el día anterior permanecían grabados en algún rincón de su mente al que no tenía acceso.

Cuando cerró la puerta contra los remolinos de nieve, Tilly se acercó con el teléfono en la mano y un gesto de inquietud que lo obligó a hacer un esfuerzo sobrehumano para no ceder al instinto de protegerla, abrazarla y decirle que todo iría bien.

–Tienes razón –dijo ella. Por su tono, era evidente que le daba la razón a regañadientes–. He hablado con Vanessa y me ha dicho que las carreteras están intransitables y que es mejor que me quede.

–¿Y vas a hacerlo? –preguntó él, deseando borrar la preocupación de su rostro con un beso.

–¿El qué? –la alarma con la que Tilly hizo la pregunta indicó a Xavier hasta qué punto lo temía.

–Quedarte.

–No me queda otra opción.

Xavier reprimió una sonrisa y, adoptando un aire de indiferencia, dijo:

–Entonces propongo que encendamos la chimenea del salón pequeño.

–¿Cuál es el salón pequeño?

–El que usé ayer como despacho. Si fallara la electricidad, será más fácil mantenerlo caliente –dijo él, y salió con el cesto.

Al pasar junto al árbol pensó que debía hacerlo desaparecer. Cada vez que lo veía se le rompía el corazón al recordar a los niños que estaban pasando las Navidades sin su padre. Se obligó a apartar los recuerdos de Paulo de su mente y entró en el salón. Sabía que Tilly lo había seguido porque podía sentir su proximidad en cada milímetro de su cuerpo.

–¿No tendríamos más calor en la cama?

La inocente pregunta destapó el deseo que se empeñaba en contener. Dejó el cesto en el suelo y miró a Tilly, que se había ruborizado. La instantánea imagen que se formó de ella en su cama, en sus brazos, hizo que le resultara imposible contestar.

–Cada uno en la suya –añadió Tilly con firmeza, antes de que él consiguiera responder.

–Aquí, delante del fuego tendremos más calor y será más sociable, ¿no crees?

–Pero muy poco profesional –dijo ella, enarcando las cejas con una arrogancia rayana en la coquetería

–Habíamos quedado en que el contrato había concluido –dijo Xavier, acercándose atraído por sus labios–. Ahora eres mi invitada.

Tilly apenas pudo pensar por la fuerza con la que le retumbaba el corazón. ¿Tenía que acercársele tanto y recordarle el beso y cómo había respondido a él?

–Todavía… tengo trabajo pendiente –balbuceó, alejándose de él–. Tengo que recoger y, si vamos a quedarnos, tendré que cocinar. Así que sigo trabajando para ti

Sabía que estaba parloteando y sonando inconexa. Jason siempre decía que era lo que hacía cuando estaba nerviosa. Jason. El nombre le pesó en la mente como una gigantesca roca y le sirvió para recordar que, por más que Xavier le gustara, no era el hombre que le convenía.

–Eres mi invitada Natalie, pero si te hace sentir mejor, *va bene*.

Como en otras ocasiones, sus palabras en italiano le recordaron a su abuela y a un tiempo en que sus padres eran felices… Antes de que su padre enfermara, antes de que su muerte hiciera añicos su infancia.

Sintiendo el peso del pasado, tuvo que obligarse a volver al presente y no pudo evitar hablar con más brusquedad de la que pretendía.

–Sí, me hace sentir mejor, así que te dejo encendiendo el fuego.

Y sin dar tiempo a que Xavier contestara, salió con paso decidido. Si quería que su corazón recuperara su ritmo habitual, necesitaba alejarse de él.

Mientras se alejaba, oyó el sonido grave de su risa y se asombró de encontrarla tan seductora a pesar de ser ella el motivo de su hilaridad.

El encanto de Xavier era letal. Y estar encerrada con él en aquella casa, sin escapatoria posible, lo convertía en un peligro para el que no tenía defensa.

–No caigas en sus redes –se dijo con firmeza mientras metía su material en la cajas.

Al día siguiente se iría a primera hora a ver a Vanessa antes de volver a Londres, donde pronto olvidaría aquel perturbador episodio.

Capítulo 6

TILLY HABÍA pasado la tarde tratando de no prestar atención a la nieve que continuaba cayendo, consciente de que con cada copo aumentaban las probabilidades de que Xavier y ella tuvieran que pasar varios días juntos. La posibilidad de dejar la casa se había evaporado tan deprisa como la luz del día, y ya no le quedaba más remedio que prepararse para una noche más en compañía de Xavier.

Sonó el teléfono.

–¿Tilly? ¿Estás bien? –la voz de Vanessa la reconectó con el mundo exterior.

–Perfectamente –Tilly rio para intentar tranquilizar a su amiga–. Cómo no voy a estar bien si estoy atrapada con un hombre atractivo en una casa preciosa.

–Hemos pospuesto la fiesta hasta la semana que viene, Tilly. No podía celebrarla sin ti.

–Allí estaré, te lo prometo.

–Ahora tengo que irme, pero quería recordarte tu lista de deseos. Es la mejor oportunidad de cumplir el que tú ya sabes. No pierdas el tiempo, Tilly.

–Vanessa, no seas perversa y vuelve junto a tu prometido –Tilly colgó y sonrió para sí. Su amiga se había limitado a expresar en alto lo que a ella se le había pasado por la cabeza en más de una ocasión.

Afortunadamente, Xavier seguía en el salón y ella pudo preparar la cena tranquilamente. Cuando la llevó, le sorprendió gratamente que él hubiera abierto una botella de vino. Cenaron en un cómodo silencio, mientras el consejo de Vanessa se repetía en su cabeza al mismo volumen que el viento que azotaba la casa. Sentada en el sofá, ante la chimenea, Tilly saboreó el vino, dejándose caldear por el fuego a la vez que intentaba serenarse.

–Este salón es mucho más acogedor que el otro –dijo, mirando a su alrededor y fijándose en el escritorio cubierto por los papeles en los que Xavier había estado trabajando toda la tarde.

–Sí. Y también conserva mejor el calor –dijo él, mirándola con una intensidad que hizo ruborizarse a Tilly.

Intentó cambiar de tema y distraer su atención de la creciente tensión que cargaba el aire.

–Cada vez hace más viento.

Las luces parpadearon antes de volver a fijarse. Tilly miró a

Xavier, pero al ver que no se inquietaba, intentó no preocuparse. Las luces parpadearon de nuevo y el viento ululó como un animal solitario. «No seas tan dramática», se dijo. Pero su ansiedad se incrementó al ver que Xavier se levantaba y encendía dos candelabros que había sobre la repisa de la chimenea.

–La luz se puede ir en cualquier momento –dijo él.

¿El temporal podía llegar a ser tan serio? Tilly sintió un estremecimiento de miedo, y de pronto la idea de permanecer en compañía de Xavier le resultó confortadora. No quería quedarse sola en la oscuridad.

–No creo que lleguemos a eso –dijo como si con ello pudiera impedirlo.

–Recuerda que estamos en el Devon rural, Natalie. Sospecho que los cortes de electricidad son frecuentes en estas condiciones climatológicas.

Tilly estudió las oscilantes llamas del fuego para evitar mirar a Xavier. Cada vez que lo hacía, una chispa prendía en su interior y le recordaba la sensación de estar en sus brazos, cómo sus manos habían despertado su cuerpo. Volvió a oír a Vanessa: «no pierdas el tiempo, Tilly». ¿Sería capaz de acallar sus temores?

¿Cómo podía siquiera planteárselo?

–Si es así, gracias por encender las velas –dijo. ¿Por qué le habría salido aquel tono tan provocativo?

La luz parpadeó antes de apagarse completamente, y en el anaranjado resplandor del fuego y de las velas que los envolvió, Xavier se volvió hacia ella. Solo entonces se dio cuenta Tilly de que había dejado escapar una exclamación. Alzó la mirada hacia él, que rio quedamente.

–¿Qué decías, *cara*? –bromeó.

Tilly pensó que sonaba muy distinto cuando reía, como si no acostumbrara a hacerlo.

–Está bien –admitió ella, alzando la copa–. Tú ganas.

Xavier entrechocó su copa con la de ella y dijo:

–Por mi victoria.

Apenas pronunció esas palabras, volvió la luz. Y la risa que Tilly sintió brotar en su interior le indicó que no debía seguir bebiendo.

–¿Qué habrías hecho hoy en la fiesta?

La pregunta de Xavier la tomó por sorpresa. Al volverse hacia él, se dio cuenta de que estaba más cerca de lo que creía. Intentó desviar la mirada para que no pudiera leer en sus ojos hasta qué punto la turbaba, pero no pudo. Una fuerza superior la retenía.

–Se ha pospuesto hasta la semana que viene. He prometido

acudir. No quiero que Vanessa crea que me estoy escondiendo.

–¿Por qué ibas a esconderte, Natalie? –preguntó él con una voz insoportablemente sexy.

–No es que me esconda. Solo quería que el Año Nuevo fuera distinto al del año pasado. Quería demostrar a mis amigos y a mi familia que lo había superado.

–Pero no es así, ¿verdad, *cara*?

Tilly se sintió como si expusiera su pasado para ser inspeccionado por Xavier.

–No es fácil superar la humillación de que te planten horas antes de tu boda.

–¿Pero sigues enamorada de ese hombre?

Tilly había descubierto que no. Que estaba enamorada de la idea de tener un compañero al que quería desde la infancia. Había creído que sería feliz con alguien en quien confiaba y con quien se sentía segura. Pero en realidad había temido al amor; había querido evitar ser como su madre, que buscaba continuamente algo que la eludía y que había estado a punto de destruirla.

El día que su padre murió, la relación con su madre cambió, dejándola emocionalmente sola. Ese vacío lo llenó Jason.

Sacudió la cabeza.

–Va a casarse con otra. Después de decirme que quería la libertad de vivir plenamente.

Al recordar que también le había dicho que quería algo más que una simple amistad se enfureció. Aquel día había perdido un prometido pero, además, a un amigo. Con una mirada de profunda tristeza, Jason admitió que había tenido un desliz.

–Me dijo que debíamos salir al encuentro de la vida y aprovechar cada instante.

–¿Y lo has hecho?

Tilly fijó la mirada en las llamas.

–Sí, he escrito una lista con todo aquello que quiero hacer –respondió sin pensárselo, aunque dando más información de la que pretendía.

Hablar con Xavier le estaba resultando liberador.

–¿Y qué hay en esa lista? –preguntó Xavier, moviéndose un centímetro hacia ella.

–Conseguir que mi negocio tenga éxito –Tilly se ruborizó al pensar en la aventura que se había planteado tener con él–. Lo abrí en primavera.

–Así que ese deseo lo has cumplido. ¿Qué más?

–Volver a Italia y localizar a la familia de mi padre. Perdimos el

contacto cuando murió.

–¿Nada un poco especial, emocionante? ¿Algo para ti que te cambie la vida?

La voz de Xavier sonó como una caricia y Tilly evitó mirarlo por temor a que adivinara que él podía formar parte de esa lista.

–Me gustaría ir a América y hacer una de las rutas de los vaqueros. Y hacer algo espontáneo.

No podía decir que su lista incluía tener una aventura, o que se lo estuviera planteando en aquel mismo momento.

Xavier asintió con aprobación. Tilly finalmente lo miró y temió precipitarse en el pozo de sus ojos negros. Una vez más, el aire se cargó de tensión. Xavier le había contado que había roto con su prometida tras el accidente. Y desde su llegada a Londres, Tilly sabía que había tenido una sucesión de mujeres. Era peor que Jason. No le causaba el menor problema dejar una por otra.

Estaba a punto de preguntárselo cuando las luces se fueron sin previo aviso.

–Voy a comprobar los fusibles –dijo Xavier. La luz de las velas suavizaba sus angulosas facciones–. Pero me temo que es la tormenta.

–¿Tardarás? –preguntó Tilly, sintiéndose como una niña asustada.

–No –Xavier encendió la linterna del móvil y miró a Tilly–. Quédate aquí.

Tilly no pensaba moverse. Oyó las pisadas alejarse y se sintió más sola que nunca. La vieja mansión de pronto no resultaba nada acogedora, y el dolor de la última Nochevieja la acechaba desde cada oscuro rincón.

Se sentó en el suelo, delante de la chimenea, para sentir el calor en el rostro e intentar dejar de pensar.

Xavier abrió la puerta y encontró a Tilly sentada en el suelo, con las rodillas apretadas contra el pecho, frente al fuego. Estaba preciosa. Irradiaba una inocente vulnerabilidad que provocó en él el anhelo inmediato de protegerla y salvarla de los miedos que obviamente la asaltaban.

Ella alzó la mirada al oír la puerta cerrarse.

–La luz se ha ido definitivamente –dijo él, acercándose a la chimenea y depositando otro leño–. La ventisca ha debido tirar algún poste.

–¿Tanto viento hace? –Tilly se estremeció y Xavier tomó del sofá

una manta.

Ella abrió los ojos al ver que se acercaba. En ellos ya no había ninguna reserva. Ninguna barrera. Aquella era la Tilly más auténtica.

–Esto te dará calor –Xavier le puso la manta y no pudo evitar aspirar su fragancia; un delicioso olor a flores frescas.

–Gracias –musitó ella.

Su voz susurrada puso a prueba a Xavier, que seguía sintiendo la frustración de la noche anterior. Pero por más que deseara volver a saborearla, a sentir su cuerpo contra el de él, sabía que no tenía derecho a pedirle nada.

Se sentó a su lado, haciendo oídos sordos al dolor que le recorría las piernas. La vivaracha Tilly había desaparecido, sustituida por una niña atemorizada. Y Xavier intuía que la tormenta no era la única razón de su miedo.

–Sientes dolor –dijo ella con dulzura.

–Son las secuelas del accidente –dijo él, sombrío. No quería recordar la falta de concentración que en un solo segundo había causado el accidente.

–Lo siento –dijo Tilly compasiva.

Xavier apretó los puños para resistir la tentación de atraerla hacia sí. Alargó las piernas y se apoyó en el respaldo del sofá. No necesitaba la compasión de Tilly.

Ella se acercó a él como si buscara protección de la oscuridad. Apoyó la cabeza en su hombro y él la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí. Le resultó tan natural como si fuera una escena cotidiana.

–¿Cómo se produjo el accidente? –preguntó Tilly en un susurro que simultáneamente aplacó y alteró a Xavier.

No quería que Tilly supiera lo que había hecho, pero por primera vez desde que sucediera, quería contarlo.

–Corríamos bajo la lluvia –empezó, visualizando la escena–. La pista estaba mojada y, como los demás corredores, cambié de ruedas. El equipo quería que hiciera otros ajustes, pero yo me negué porque me hubiera retrasado. Parte de la emoción de una carrera deriva de estar en la línea de salida, acelerando los motores y dejando fluir la adrenalina.

En lugar de mirarlo, Tilly se relajó contra su pecho y siguió contemplando el fuego, dándole la libertad de hablar.

–Les dije a los mecánicos que se dieran prisa –continuó él. Una vez había empezado a hablar, podía revivir la pesadilla como si estuviera sucediendo en aquel mismo instante–. No podía perder. El campeonato estaba en juego.

Tilly se movió para tomar la copa. Al ver su precioso rostro iluminado por el fuego, Xavier se preguntó qué pensaría cuando supiera que su obsesión por ganar había causado la muerte de un piloto.

Tilly estaba tan cerca que podía ver algunos trazos oscuros en el azul cielo de sus ojos. Podía sentir sus piernas presionar las suyas cuando se acurrucó contra él. Xavier quería mantenerla allí, pegada a él. Necesitaba el confort de su cuerpo… y mucho más.

–Creía que los tiempos estaban controlados estrictamente –comentó ella con curiosidad.

–¿Te gusta el motociclismo? –preguntó él, esbozando una sonrisa a pesar de la oscura nube en la que lo sumían sus recuerdos.

–No particularmente –dijo ella, sonriendo a modo de disculpa–. Pero Jason seguía todos los deportes.

Jason otra vez. Maldito Jason.

–Lo siento –añadió Tilly, posando la mano en su brazo. Xavier los mantenía cruzados. Bien para evitar tocarla o a modo de barrera emocional–. Supongo que no es fácil hablar del accidente.

–No. Mi carrera terminó ese día y mi vida cambió… para siempre.

–Pero estás haciendo una gran tarea con la escuela.

La mirada de Tilly lo sacó del sombrío estado de ánimo en el que estaba a punto de caer.

–¿Has oído hablar de la escuela?

Tilly se ruborizó.

–Suelo buscar a mis clientes en Internet.

Xavier hizo un rictus, preguntándose qué más habría averiguado.

–¿Y encontraste lo que querías?

–Si te refieres a cotilleos, no, eso no es lo que suelo buscar.

–¿Cotilleos como los que van a circular cuando se sepa que hemos pasado estos días aquí solos?

Xavier se inclinó hacia adelante, atraído por aquellos tentadores labios, ansiando sentirlos bajo los suyos. Tilly permaneció inmóvil, sosteniéndole la mirada.

–¿Estamos dando lugar a cotilleos? –el ronco susurro que escapó de su garganta estuvo a punto de dar el último empujón a Xavier, que la hubiera besado hasta perder el aliento.

–Estamos solos, así que nadie puede contar lo que pasa aquí al mundo exterior –Xavier estudió su rostro para ver si encontraba en él el mismo deseo que corría por sus venas como lava ardiente–. Nadie sabrá nunca lo que hagamos.

Tilly miró hacia las llamas, luego de nuevo a él.

–Es como si estuviéramos fuera del tiempo y del espacio.

Xavier le acarició el rostro tentativamente.

–Estamos rodeados de oscuridad, nada puede alcanzarnos.

–Da un poco de miedo estar en esta vieja casa en una noche tormentosa.

Una vez más, Xavier tuvo que hacer un ejercicio de contención para no abrazarla y besarla hasta hacerle olvidar sus miedos.

–No hay nada que temer, *cara* –dijo, retirándole el cabello y deleitándose en su sedosa textura.

Aquellos espectaculares ojos azules lo estudiaron mientras él le presionaba la nuca y con la otra mano seguía acariciándole el cabello. Entonces Tilly se movió hacia él. Xavier le vio entornar los ojos y sus labios cayeron sobre los de ella. Con un ronco gemido, la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí hasta que prácticamente la subió a su regazo.

Podía sentir el calor de su cuerpo, cada curva presionada contra él. Y de nuevo lo asaltó un deseo que no había conocido antes.

La deseaba. Aquella noche.

Tilly suspiró, entregándose al beso. Sabía que, tal y como había hecho la noche anterior, debía impedirlo. Que le dijera que no tenía nada que temer bastó para que perdiera el equilibrio que solo entonces fue consciente de haber mantenido desde el segundo que lo había visto en el patio. Había sido lo más parecido a amor a primera vista. Incluso aunque supiera que eso no existía y menos con alguien como Xavier. Pero una aventura pasajera sí era posible. Bastaba con dejar a un lado sus inseguridades, creerse otra persona; actuar espontáneamente y liberarse de su miedo a la pasión para entregarse a aquel hombre… por una noche.

Eso era lo que quería, lo que necesitaba. Que la besara y la abrazara, pero, por encima de todo que, por una noche, la amara. Estaban en un mundo paralelo, ajeno a la realidad.

El gemido que escapó de la garganta de Xavier hizo estallar en su interior la burbuja de deseo que había ido creciendo en su interior, y tuvo la certeza de que el beso no acabaría allí.

–Sabes deliciosamente, *cara* –dijo él, dejando un rastro de besos en su garganta. Luego tomó el rostro de Tilly entre sus manos y mirándola fijamente, añadió–: Este es nuestro momento, *bella* Natalie. *Questo momento è per noi*.

Sus palabras y el uso del italiano que tanto la seducía, selló el destino de Tilly. Ya solo quería olvidar toda cautela y abandonarse al instante; hacer aquello que quería sin pensar en el futuro. Quería

amar a Xavier en todos los sentidos posibles. Aquella noche era suya; y él de ella.

–Xavier –susurró. Debía advertirle que era virgen, pero él la miró con una intensidad que la enmudeció.

Sus labios reclamaron los de ella, avivando la hoguera en la que se consumía. Tilly se abrazó a su cuello, respondiendo con un anhelo del que no se sabía capaz. Aquel no era como uno de los tímidos besos que se daba con Jason. Era pura y explosiva pasión.

Xavier introdujo la lengua en su boca. Sus lenguas se entrelazaron en una danza frenética. Él la deslizó hacia abajo hasta tumbarla en la alfombra y ella se mantuvo sujeta a su cuello, arrastrándolo hasta sentir su peso a lo largo de su cuerpo. El pecho de Xavier, que se movía al ritmo de su alterada respiración, presionó sus senos, y con una pierna entre las de ella, hizo sentir a Tilly su sexo endurecido contra el muslo.

Cada milímetro de Tilly adoró la sensación de estar en sus brazos, de ser besada por él. Xavier alzó la cabeza y, retirándole el cabello de la cara, la miró.

–Te deseo, Natalie, y si seguimos besándonos así, no voy a poder parar –dijo con la voz teñida de pasión, jadeante.

–Entonces sigue besándome –dijo ella en un susurro sensual que nunca había oído salir de sus labios. Como nunca había sentido una pasión igual. Todo era nuevo para ella. Nunca había sentido una intimidad así con ningún hombre–. Bésame, Xavier

La fiereza del último beso fue sustituido por una deliciosa y excitante delicadeza. Mientras apenas rozaba sus labios, Xavier deslizó la mano por debajo del jersey y Tilly dejó escapar el aliento bruscamente, sobresaltada por el calor que le transmitió su mano. Xavier profundizó entonces el beso a la vez que le cubría un seno y recorría con los dedos el borde del sujetador, haciendo que sus senos clamaran por sus caricias.

Xavier le subió el jersey y se deslizó hacia abajo para besar su vientre hasta alcanzar el botón del pantalón. Tilly suspiró, ansiosa por que tomara sus duros pezones entre sus labios. Incorporándose, tiró del jersey hasta quitárselo y dejarlo a un lado. Medio desnuda, miró con osadía a Xavier, que la devoró con la mirada.

–*Sei una bella donna.*

Cada palabra de Xavier destilaba pasión. Tilly era consciente de que estaba manteniendo el control a duras penas y se sintió entre excitada y asombrada de ser ella la responsable de que estuviera en ese estado.

Xavier la atrajo de nuevo y le besó el cuello. Ella echó la cabeza

hacia atrás y su corazón se aceleró al sentir que sus labios se iban acercando a uno de sus senos, luego al otro. Empezó a temblar.

–¿Tienes frío? –preguntó él.

–No, en absoluto.

No tenía frío. Solo miedo de lo que estaba a punto de hacer, por mucho que lo deseara más que nada.

Xavier sonrió y miró hacia el fuego.

–Un par de leños nos mantendrán calientes un buen rato.

Tilly no necesitaba el fuego porque Xavier había prendido uno aún más abrasador en su interior. Lo siguió con la mirada anhelando que volviera a su lado. Quería sentirlo pegado a ella, acariciar su piel.

Xavier atizó el fuego y pronto las llamas lamían los leños. Tilly pensó que era como la madera, consumiéndose en las ardientes llamas del deseo.

Aquello no tenía nada que ver con cómo había previsto pasar la Nochevieja. Jamás hubiera imagino que estaría disfrutando de las caricias de un hombre que le aceleraba el pulso con solo mirarla. Una cosa era que una aventura pasajera estuviera en su lista, pero nunca llegó a creer que fuera a vivirla.

–¡Menudo fuego! –bromeó cuando Xavier se volvió–. Vamos a tener que pasar aquí mucho tiempo.

La mirada con la que Xavier la recorrió le puso la carne de gallina.

–Tengo la intención de pasar aquí contigo el mayor tiempo posible, *cara*.

Tilly lo observó mientras se acercaba al escritorio, abría el maletín, retiraba unos papeles y sacaba una caja. Él la miró como si quisiera pedirle permiso al tiempo que se metía un pequeño paquete de aluminio en el bolsillo de los vaqueros. Tilly supo que era su última oportunidad de parar lo que iba a pasar, pero no pudo. Aquella noche era de Xavier; sus inhibiciones se habían desvanecido. Necesitaba aquella pasión, quería disfrutarla y saborearla para que permaneciera con ella para siempre.

Cuando Xavier se acercó y se quitó el jersey y la camisa, ella perdió por un instante parte de la osadía que había sentido hacía apenas unos segundos. Tragó saliva. El resplandor de las llamas marcaba y acentuaba cada músculo del perfecto cuerpo de Xavier.

Tilly se mordisqueó el labio inferior, sintiéndose desbordada, fuera de lugar. Xavier tenía el poder de la experiencia, mientras que ella era virgen. ¿Se daría cuenta? Su anhelante mirada recorrió el cuerpo de Xavier y una vez más, sus dudas se despejaron ante la

fuerza del deseo con el que sus dedos ansiaban tocarlo. Vio las profundas cicatrices que empezaban en su costado y descendían hasta perderse bajo los vaqueros.

Consciente de que él la estaba mirando, Tilly alzó la vista hasta sus ojos. Él la miraba con suspicacia, con la mandíbula en tensión, y ella buscó apresuradamente la manera de conseguir que se relajara.

–Espero que podamos pasar aquí toda la noche –dijo con dulzura, retomando la conversación donde la había dejado antes de que él desnudara su torso.

Xavier apagó las velas, dejando la habitación iluminada exclusivamente por el fuego.

–Está un poco oscuro –dijo ella, sintiéndose invadida de nuevo por sus temores. Se le aceleró el corazón y no supo si era por ver a Xavier medio desnudo o por la falta de luz.

–Solo necesito el resplandor del fuego para ver tu precioso cuerpo. Y es mucho más… –Xavier vaciló un instante y ella esperó, inmóvil–: romántico.

¿Sería Xavier romántico? Si su pulso no estuviera fluyendo tan aceleradamente y él no se estuviera aproximando a ella con un brillo de intensa pasión en sus ojos, Tilly habría pensado que no. Pero en aquel instante, nada tenía importancia. Ni el pasado, que se agazapaba en algún rincón de la habitación, ni el futuro, que estaba por descubrir.

Aquella era la aventura que necesitaba para tomar las riendas de su vida.

Capítulo 7

AL TIEMPO que el aire se impregnó del olor de las velas al apagarse, Xavier solo podía pensar en explorar el maravilloso cuerpo de Tilly, tenerla desnuda bajo él y hacerla suya.

Como intuía que estaba nerviosa, se propuso ser delicado, avivar el deseo que ya ardía en su interior y hacerle ver la mujer apasionada y hermosa que era. Estaba seguro de que el abandono de Jason le había hecho perder la seguridad en sí misma, un sentimiento que él conocía bien.

Se arrodilló a su lado a pesar del dolor que le provocaba en las piernas. No quería que Tilly le viera desnudarse y que se asustara. No podría soportar que huyera de él.

–¿Qué pasa, *cara*?

–Nada –dijo ella con un ronco susurro.

Xavier la abrazó y, atrayéndola, la sentó a horcajadas sobre sí, de modo que sus senos quedaron a la altura de su cara. Xavier los vio ascender y descender con su agitada respiración, y tuvo que hacer acopio de fuerza de voluntad para no quitarle el sujetador y probar el sabor de sus pezones.

–No tienes nada que temer, *cara*…

Tilly se tensó al instante. Xavier intuyó que todavía se cuestionaba lo que estaba haciendo.

–Estar así, junto al fuego, es algo que no había hecho antes –Tilly bajó los párpados y la sombra de sus pestañas se proyectó en sus mejillas.

Xavier la tomó por la barbilla con delicadeza, y le obligó a mirarlo.

–¿Quieres que vuelva a encender las velas? –él prefería evitarlo. No sabía si podría quedarse cuando viera la cara de espanto que pondría Tilly al ver sus cicatrices.

Por primera vez en tres años quería asumir el riesgo de hacer el amor a una mujer, pero eso no significaba que tuviera la fuerza de mostrarse plenamente.

–No, no hace falta –dijo ella, sacudiendo la cabeza.

Xavier notó que se relajaba y un temblor de deseo lo recorrió. Guiándola por la barbilla, acercó los labios de Tilly a los suyos y cuando los rozaba, dijo con un ronco susurro:

–Pareces una diosa.

Quería saborear aquel instante. Tilly era radicalmente distinta a las mujeres que normalmente se echaban en sus brazos aun cuando

él no se los ofreciera. Tilly era frágil. Había que tratarla con delicadeza. Se merecía mucho más que un impulsivo revolcón para satisfacer un instante de incontenible lujuria.

Sintió su aliento en el rostro, su cuerpo contra el de él y supo que Tilly quería ser amada, merecía ser amada, pero él no podía darle eso. Ni siquiera debería estar besándola. Pero la deseaba y la necesitaba como si solo ella pudiera inyectar vida en su maltrecho cuerpo y en su torturada alma.

–Ahora mismo me siento como una diosa –el ronroneo de su voz empujó a Xavier más allá de todo control, y reclamó sus labios con un tórrido beso.

Ella alzó la cabeza con un sonoro gemido y él dedicó su atención a los endurecidos pezones, visibles bajo el sujetador.

–*Dio mio*, qué hermosa eres.

La voz de Xavier se quebró cuando Tilly respiró profundamente y sus senos se aproximaron aún más a su boca. Embriagado por el deseo, presionó sus labios contra la deliciosa curva de uno de sus senos mientras con el pulgar le rozaba el pezón del otro a través del encaje del sujetador.

–Xavier.

Oírle gemir su nombre acabó con la contención de Xavier, que le soltó el sujetador y liberó sus senos.

Ella hundió los dedos en su cabello cuando la besó y mordisqueó un pezón hasta hacerla retorcerse de placer y jadear. Entonces describió con la lengua círculos en torno al pezón, saboreándolo.

–Demasiado –gimió ella, entrecortadamente.

–¿Demasiado? –repitió él, alzando la cabeza–. ¿Quieres que pare, *cara*?

–Sí. No. No lo sé –Tilly suspiró y lo miró, y Xavier se dio cuenta de que había estado a punto a arrastrarla más allá del límite. Era como si Tilly acabara de descubrir las delicias del placer por primera vez, como si probara la pasión por primera vez–. No, no pares. Está en mi lista.

Xavier se quedó desconcertado, pero la alterada respiración de Tilly le indicó que estaba perdiendo la batalla contra cualquier forma de resistencia.

–¿Está en tu lista? –preguntó.

–Sí, no pares.

Delicadamente, Xavier la hizo tumbarse sobre la manta que había quedado extendida en la alfombra. Ella lo miró con los párpados pesados y un destello de expectación en su apasionada mirada.

–Iremos despacio –dijo él, agachándose y besándole el estómago a la vez que la sujetaba por la cintura.

Luego se colocó sobre ella y fue ascendiendo con sus besos por su vientre.

Tilly se aferró a sus hombros, clavándole las uñas en la piel. Xavier subió un poco más y volvió a besar sus senos, mordisqueado sus oscuras cimas, regodeándose en los gemiditos de placer que escapaban de los labios de Tilly.

Subió por su garganta hasta que reclamó sus labios con un beso exigente y abrasador. Ella le rodeó la cintura con las piernas y sintió la presión de la erección de Xavier contra los vaqueros. El simple contacto enfebreció a este. La sensación le resultó explosiva, excitante.

Tilly deslizó las manos por su espalda, hasta el punto en el lado derecho donde empezaban las cicatrices. Xavier se tensó al notar que Tilly se detenía en su exploración una fracción de segundo. Pero no hizo la temida pregunta: «¿cómo te ha pasado esto?». Xavier le besó el rostro, el cuello y la oreja, agradeciéndole en silencio que no rompiera el hechizo o enfriara la pasión del instante.

Anhelaba tener a Tilly desnuda. Se incorporó un poco para desabrocharle el pantalón. Con expresión inocente, ella alzó las caderas para ayudarlo. Él le quitó los vaqueros y los zapatos, dejándola solo con una braguita de encaje negro.

Xavier gimió con frustración al sentirse constreñido por los pantalones. Los ojos de Tilly, más oscuros a medida que pasaban los segundos, lo observaban atentamente, como si fuera consciente de la tortura que padecía. Xavier adivinó que lo urgía a retirar la última barrera que los separaba. Pero no pudo hacerlo. Todavía no. No quería que la parte deforme de su cuerpo estropeara el momento.

En lugar de eso, volvió a concentrarse en proporcionarle el placer que ella anhelaba. Rozó con el dedo el encaje negro y encontrarlo húmedo intensificó su excitación. Tilly se apretó contra él, poniendo a prueba su control. Xavier deslizó entones los dedos por debajo de la tela, acariciado sus calientes pliegues hasta que Tilly se retorció contra él. En cuestión de segundos, jadeaba y se sacudía violentamente en espasmos de placer. Xavier dejó de acariciarla, se quitó los vaqueros y la ropa interior mientras Tilly yacía bajo él laxa, los ojos cerrados en una expresión de lánguida saciedad.

Tilly sintió la embestida de las oleadas del placer sin poder hacer nada por contenerlas. Había perdido todo control sobre su cuerpo, y le encantaba. En un lugar remoto de su mente era consciente de que era la primera vez que experimentaba el éxtasis gracias a las expertas y habilidosas caricias de Xavier.

A medida que las sacudidas fueron remitiendo, cerró los ojos. Entonces notó que Xavier se movía, oyó caer los pantalones al suelo y, unos segundos más tarde, sintió a Xavier a su lado, tirando de la manta para cubrirlos a ambos.

Estaba desnudo, completamente desnudo. Su caliente sexo le presionaba la cadera, y Tilly no pudo contener una sonrisa de satisfacción.

Xavier la deseaba.

Tilly se giró hacia él y Xavier la estrechó contra sí, dedicándole una mirada tan tórrida que Tilly supo que estaba perdida. Dejó escapar un gemido que él atrapó en un beso apasionado.

Arrastrada por un impulso nuevo y temerario, Tilly lo empujó y le hizo rodar sobre la espalda hasta colocarse sobre él, con su sexo a unos milímetros del de él.

–*¡Stuzzicare!* –exclamó él, apretando los dientes.

–¿Qué quiere decir eso? –preguntó ella en un sensual susurro, a la vez que le recorría el torso con los dedos, queriendo usar el poder que acababa de descubrir que poseía, y queriendo que Xavier se deshiciera en sus manos como ella acababa de hacerlo bajo sus caricias.

–¡Provocadora! –gruñó él, luchando contra el empeño de Tilly de hacerle perder el control.

Hasta que ella tomó su sexo en la mano y la deslizó arriba y abajo, sintiéndose más poderosa con cada movimiento.

Xavier la detuvo sujetándola por la muñeca.

–Tenemos toda la noche, *cara*.

Tilly sonrió, asombrada de descubrir en sí misma una faceta tan osada. Intentó liberar su mano, pero Xavier se la asió con fuerza y antes de que ella reaccionara, volvió a hacerla rodar sobre la alfombra. Luego, se puso un preservativo con destreza y se colocó sobre ella. Tilly sonrió con picardía y giró las caderas provocativamente. Xavier cerró los ojos y alzó la cabeza. Ella se incorporó y le besó el pecho, sintiendo en sus labios al mismo tiempo que oía el gemido gutural que salió de sus labios.

–Tú me has provocado primero –dijo ella, enlazando las piernas a sus caderas.

La punta del miembro de Xavier rozó su sexo, y su cuerpo adquirió una súbita rigidez, como si cada uno de sus músculos intentara resistirse a los avances de Tilly.

Envalentonada, ella hizo girar las caderas y recorrió la espalda de Xavier con las manos, ansiando que se dejara llevar. Lo quería dentro de sí, profundamente dentro.

Xavier pronunció un torrente de palabras en italiano que Tilly no comprendió cuando alzó más las caderas y lo guio a su interior. Ella cerró los ojos contra la creciente hoguera que amenazó con estallar cuando él meció las caderas hacia delante, penetrándola. Tilly dejó escapar un grito de asombrado placer al sentir la bienvenida invasión, y Xavier se movió acompasadamente hasta que sus cuerpos se empaparon en sudor y sus gemidos se entremezclaron en la oscuridad.

Lentamente el ritmo de la respiración de Tilly se pausó y Xavier la besó con delicadeza, atrayéndola al calor de su cuerpo. El fuego de la chimenea le caldeó la espalda cuando, de frente a él, miró sus ojos, que seguían ardiendo de pasión. Entonces la recorrió un escalofrío al darse cuenta de que no solo había entregado su virginidad a Xavier, sino también su corazón.

En el exterior, el viento ululaba.

–No había hecho esto nunca –musitó ella, acurrucándose contra él. Al darse cuenta de lo que acababa de decir, añadió–: Me refiero a ser tan espontánea.

Xavier la miró con un destello de suspicacia.

–Lo sé.

Tilly optó por parecer osada para esconder la vulnerabilidad que sentía.

–Ahora puedo tachar eso de mi lista.

–Deberías haberme dicho que eras virgen –dijo él, acariciándole el hombro–. Asumía que, dado que habías estado prometida, habrías hecho el amor.

Tilly se sintió avergonzada. Las palabras de Xavier habían abierto súbitamente las compuertas del pasado.

–Siempre paraba a Jason porque temía acabar con el corazón roto, como mi madre.

Aunque Xavier no la presionó para que se explicara mejor, las palabras brotaron espontáneamente de los labios de Tilly:

–Tras la muerte de mi padre, mi madre conoció a otro hombre. Aunque le hizo feliz, yo pensé que solo intentaba consolarse reemplazando a mi padre.

–Lo siento –susurró Xavier contra su cabeza, estrechándola con

fuerza como si quisiera ahuyentar sus fantasmas.

–De pequeña, no podía entender que quisiera estar con otro hombre.

Pero de pronto comprendía las circunstancias de otra manera. En brazos de Xavier, sintió que podía explorar el pasado sintiéndose a salvo. Continuó:

–Han pasado más de diez años desde la muerte de mi padre y creo que aquel día, una parte de mi madre también murió. Yo no quise que eso me pasara.

–¿Sigues en contacto con la familia de tu padre? –preguntó él, acariciándole el cabello.

–No he vuelto a la Toscana desde que murió.

No queriendo continuar una conversación que se le hacía dolorosa, besó a Xavier para reavivar la pasión que fluía por sus venas y este respondió al instante, atrayéndola contra su endurecido cuerpo y llevando el beso hasta su conclusión.

Xavier despertó de madrugada, no por una de sus habituales pesadillas, sino por el calor del cuerpo de Tilly pegado a él. La habitación estaba a oscuras y fría. Sigilosamente, se separó de Tilly y alimentó el fuego. Observó las llamas envolviendo los leños y pensó que eso mismo le había pasado a él. Las llamas de la pasión lo habían devorado, haciéndole desear lo imposible.

Tilly lo había hechizado, manteniéndolo cautivo, pero Xavier lamentaba que no hubiera confiado lo bastante en él como para decirle que era virgen.

–¿Xavier? –el ronco e inesperado susurro, paralizó a Xavier.

–*Scusi* –se disculpó él, volviendo al lado de Tilly y tapándose con la manta–. No quería despertarte.

Ella le dedicó una sonrisa soñolienta y preguntó:

–¿Cómo te hiciste tanto daño?

Las palabras sacudieron a Xavier, enfriando al instante la lujuria que había vuelto a poseerlo. No quería hablar de ello. No quería salir de la realidad paralela que habían creado entre los dos.

–No hay nada que contar –dijo, acariciándole la mejilla, intentando distraerla y llevarla de nuevo al terreno de la pasión.

Casi tuvo éxito. Tilly cerró los ojos por un instante, pero luego los abrió y, mirándolo con lo que Xavier no supo si era comprensión o lástima, dijo:

–Xavier, las he visto. Ahora mismo.

Él la miró con una súbita indignación.

–¿El qué?

–Las cicatrices. Debió de ser un accidente espantoso.

–Sí.

Xavier apretó los dientes para contener la mezcla de culpabilidad y rabia con la que lo asaltaron los recuerdos. Podía oír el chirrido del metal y el golpe seco que atormentaba sus sueños. Podía sentir su cuerpo rodar y chocar con una fuerza brutal contra las barreras. El dolor le había hecho perder la consciencia, pero al despertar en el hospital había recibido la peor noticia: él había sobrevivido. Paulo, no. Por su culpa.

El dolor agudo que le recorría las piernas le obligó a contener un gemido. Estaba desnudo ante Tilly, tan desnudo emocional como físicamente. Aquello era lo que había tratado de evitar desde ver la reacción de Carlotta ante sus heridas. Las frecuentes citas con mujeres que había mantenido desde entonces le habían dado la fama de playboy, pero Tilly era la primera con la que pasaba la noche.

No sabía si era su destrozado cuerpo o el sentimiento de culpa que pesaba sobre él como una nube oscura lo que lo había vuelto frío y desapegado. No se consideraba digno de afecto o comprensión. Y Tilly se merecía mucho más.

–¿Qué haces? –exclamó enfadado, al ver que Tilly le destapaba las piernas.

–Demostrarte que no me importan –dijo ella con una firmeza que lo irritó aún más–. No hacía falta que apagaras las velas.

Xavier se quedó paralizado. El silencio se prolongó. Podía ver el espanto en los ojos de Tilly. Ni siquiera podía encontrar las palabras para expresar la repugnancia que sentía.

Sin mediar palabra, Tilly se arrodilló y trazó con el dedo la espantosa cicatriz que lo recorría desde la cintura. Xavier contuvo el aliento cuando alcanzó la rodilla, donde unos clavos le mantenían los huesos en su sitio.

Sentirse vulnerable lo sacó fuera de sí.

–Las cicatrices no son nada en comparación con el hecho de que yo sobreviví, pero otro hombre no. Y yo tuve la culpa.

Tilly detuvo el movimiento de su mano y lo miró perpleja.

–¿Culpa tuya? –preguntó, incrédula.

–Quería ganar costara lo que costara –dijo él, frunciendo el ceño. Quería mostrar a Tilly lo peor de sí, castigarla por haber visto sus heridas–. Paulo murió por mi culpa, por mi egoísta obsesión por ser el número uno. Maté a mi amigo.

–No –dijo ella, apoyando la espalda en el sofá y cubriéndose con

la manta.

–Ya no puedo correr por las lesiones, pero sobre todo, por el sentimiento de culpabilidad de haber segado una vida.

Tilly lo observó en silencio, y Xavier supo que lo que acababan de compartir durante la noche había pasado. La realidad se había impuesto.

–¿Tenías planeado chocar contra él cuando empezaste la carrera? –preguntó entonces ella en tono solemne.

Xavier alzó las manos en un gesto de impaciencia.

–¡Por supuesto que no!

–Entonces fue un accidente. Trágico, sí, pero un accidente –Tilly se acercó a él y le acarició la mejilla.

–No –dijo él con aspereza, sujetándole la muñeca.

–No fue culpa tuya –musitó ella–. Esta noche no estamos en ese mundo. Quedémonos aquí y olvidemos juntos, Xavier.

Entonces se inclinó y le besó la cicatriz. Inicialmente, Xavier se quedó paralizado, pero pronto el temor a que Tilly lo rechazara fue sustituido por un intenso deseo. Cuando ella ascendió hacia su torso, él le tomó el rostro entre las manos y la besó como si de ello dependiera su vida.

Cerró los ojos para dejar fuera los fantasmas del accidente, ansiando desesperadamente recuperar la magia que Tilly y él había compartido durante las últimas horas. Ella deslizó los dedos por su pecho, provocándolo, tentándolo… y la realidad se desvaneció.

Capítulo 8

CON LA luz filtrándose por la ventana, Tilly se desperezó lánguidamente, saciada y con la mente repleta de imágenes de la noche anterior. ¿Era ella esa mujer? Nunca había imaginado que pudiera existir en su interior alguien tan apasionado. Pero había hecho falta Xavier para despertarla. Y ya no quería volver a aletargarse.

Por fin entendía que con Jason había mantenido la pasión apagada porque de él quería la estabilidad de una amistad profunda. Siempre había sido el novio ideal, hasta que unos meses antes de la boda, algo cambió. Y después de lo que Tilly acababa de experimentar con Xavier, comprendía que Jason hubiera tenido un desliz. Aunque siguiera sin perdonarle que tardara tanto en decírselo.

Se giró sobre el costado y descubrió, sorprendida, que estaba sola. ¿Se habría arrepentido Xavier de lo que había pasado? ¿Temía que ella quisiera más que una noche? Había cumplido su deseo. Había sido maravilloso, pero no pensaba permitir que Xavier la rechazara.

Dejó a un lado la manta y mientras buscaba su ropa se le puso la carne de gallina, en parte de frío y en parte por la vergüenza que le produjo recordar la temeridad con la que se había quitado la ropa para exponerse a la mirada de Xavier. Recogió el sujetador y el jersey y se los puso precipitadamente.

Recordó entonces la reacción de Xavier cuando ella le había tocado las cicatrices. Él la había ayudado a asumir el pasado y ella había querido hacer lo mismo, demostrándole que las cicatrices no tenían importancia. Pero por la forma en que él le había hecho el amor después, sin la delicadeza de la primera vez, supo que solo había conseguido enfadarlo.

Acababa de ponerse los vaqueros cuando entró Xavier con expresión sombría y preguntó con aspereza:

–¿Vas a alguna parte?

Era evidente que seguía enfadado. No quedaba rastro del hombre seductor de la noche anterior.

–A ver si ha dejado de nevar –dijo ella, porque fue lo primero que se le ocurrió.

Él siguió mirándola con ojos centelleantes. ¿Se arrepentía de haberse acostado con una empleada, de haber hablado de sus sentimientos? Al ver sus cicatrices, algo que Tilly sospechaba que

no habían hecho demasiadas mujeres, se le había encogido el corazón. Y su pasión había adquirido una nueva intensidad… sospechosamente próxima al amor.

Una alarma se encendió en su mente al darse cuenta de que había hecho lo que siempre había querido evitar: perder el control de sus emociones. Pero eso no era posible. Solo había sido una aventura.

Para disimular el torbellino de pensamientos que la asaltaba, se puso a recoger las mantas. El amor no brotaba tan súbitamente. Solo estaba alterada por la pasión. Por eso la había evitado siempre, porque con ella llegaban el dolor y la soledad.

Su madre era la prueba de que el amor y la pasión conducían a un corazón destrozado. ¿Por qué iba a querer nadie algo tan destructivo? Tilly acababa de aprenderlo. La pasión de la noche anterior acababa de enseñárselo. Por eso mismo debía dar la aventura por terminada y volver a la realidad.

Pensó en las horas que Xavier y ella habían pasado haciendo el amor. Su cuerpo podía recordar cada caricia, cada beso. Pero en ese momento la invadió la desesperación. Había sido una ingenua al creer que lo había ayudado a superar el pasado. Solo había empeorado las cosas.

–Confiemos en que podamos escapar de aquí hoy –dijo Xavier, malhumorado.

Tilly entendió el mensaje implícito: debía olvidar la noche anterior. Y se dijo que era lo mejor. Fue hasta la ventana para ver si, como había dicho Xavier, podían escapar. No pensaba quedarse allí para ser rechazada. Ya lo había sido una vez y no estaba dispuesta a dejar que sucediera de nuevo.

Corrió la cortina bruscamente y se quedó paralizada. Seguía nevando. Las probabilidades de poder marcharse eran mínimas.

–No es posible –musitó.

A su espalda oyó el interruptor de la luz.

–Sigue sin haber electricidad –dijo Xavier con la misma frialdad en la mirada.

¿Podían empeorar más las cosas? Tilly acababa de pasar la noche con el hombre que la había contratado, habían compartido secretos íntimos, y se veían abocados a pasar un día entero más juntos.

–Sigue nevando –dijo en un susurro.

Se volvió, decidida a mostrarse impasible. Tenía que erradicar cualquier emoción. Impedir que la pasión aflorara.

–Estamos completamente aislados –insistió él con fiereza.

–Tengo que irme –dijo ella como una autómata.

Tenía que llegar a casa de Vanessa. Pero por encima de todo, tenía que alejarse de Xavier.

Xavier fue hasta la ventana. La nieve se acumulaba contra los árboles y los arbustos. Podían permanecer aislados varios días.

¿Cómo iba a poder olvidar la conversación que habían tenido durante la noche? Se había sincerado con Tilly, convencido de que se separarían al día siguiente. Después de lo que le había dicho, no podía pasar un día más con ella.

Recordaba a la perfección la noche anterior, pero también cómo la primera luz de la mañana lo había devuelto a la cruda realidad.

–Deberíamos haberlo intentado ayer –Tilly se pasó las manos por el cabello y Xavier recordó cómo había acariciado con sus dedos aquella sedosa melena la noche anterior.

«Ya basta», se amonestó. Pensar así le había hecho bajar sus defensas. Miró a Tilly y vio el horror reflejado en su rostro. Estaba seguro de que pensaba que la culpaba a ella. Pero no era verdad. Él había complicado ya demasiadas vidas y estaba a punto de complicar la de ella, abriendo heridas que no había adivinado que tuviera y que eran tan profundas como las que él intentaba cerrar.

–No vale la pena pensar en lo que debíamos haber hecho. Después de desayunar iré a ver cómo está la carretera –dijo en un esfuerzo por recuperar el control.

–Iré contigo –dijo ella con firmeza–. En uno de los cuartos he visto botas y abrigos.

–*Va bene* –dijo Xavier, consciente de que no valía la pena intentar contradecirla.

Afortunadamente, según pasaban los minutos, se sentía más capaz de dominar sus emociones. Y para cuando tomó una taza café y salieron al exterior, estaba de mejor humor.

Como el día de su llegada, Tilly llevaba la bufanda y el gorro rojo. Tenía las mejillas encendidas y una expresión de profunda inquietud. ¿Sería tan importante llegar a casa de su amiga? Una amiga de verdad comprendería las circunstancias. Xavier avanzaba ensimismado en esas reflexiones cuando Tilly se tropezó. Automáticamente, acudió a sujetarla, pero en lugar de soltarla en cuanto recuperó el equilibrio, la estrechó contra sí. Ella lo miró con ojos muy abiertos y Xavier sintió una extraña sensación oprimirle el pecho y dejarlo sin aliento. A pesar de las capas de ropa pudo sentir el calor del cuerpo de Tilly, y el impulso de besarla fue tan fuerte

que tuvo que apretar los dientes para impedirlo.

¿Qué poder tenía aquella mujer sobre él? Había derribado sus barreras, había compartido con ella sus secretos. Y, sin embargo, seguía deseándola.

–Continuemos –dijo, resistiéndose a dejarse dominar por el deseo–. Esas nubes parecen cargadas de nieve.

–¡Cómo puede nevar tanto! –dijo Tilly, incrédula.

Más nieve significaba que no podría ir a casa de Vanessa y que tendría que pasar más tiempo con Xavier. Y dada la animadversión con la que él la estaba tratando, Tilly quería evitarlo a toda costa. Era evidente que quería perderla de vista, que no quería pensar en el error que habían cometido.

La pasión los había consumido, ninguno de los dos había podido pararla. Ella siempre había pensado que la pasión solo causaba problemas, que la infelicidad estaba a la distancia de un beso, y acababa de comprobarlo. Un beso había dado lugar a la noche anterior, y en aquel momento Xavier apenas podía mirarla a los ojos.

–Veremos cómo está la carretera y entones tomaremos una decisión –dijo él con una determinación que le confirmó que la despreciaba.

Lo había empujado a hablar y a compartir con ella sentimientos. Por eso se cerraba y se mostraba impenetrable.

Tilly se separó de él y de la rabia que brillaba en sus ojos.

–Aunque la carretera esté despejada, no podré llegar hasta ella con la furgoneta.

Estaba desesperada. Sentía tal ansiedad que habría querido dejarse caer en la nieve y darse por vencida. Pero no podía mostrarse débil ante el enemigo. Y tal y como Xavier estaba actuando, y aunque hacía apenas unas horas hubiera sido su amante, debía considerarlo un enemigo.

–Quizá no. Pero podemos intentar que llegues a la carretera principal y que tomes un autobús.

¿Tan desesperado estaba por que se fuera?

–Xavier, está nevando. No creo que circule ningún autobús –la furia con la que se oyó hablar sorprendió a Tilly. Y por cómo la miró, también a Xavier.

Se miraron en silencio por unos segundos en una creciente tensión.

–Vamos –dijo él con firmeza, tendiéndole la mano. Ella se quedó mirándola, consciente de que aceptarla lo cambiaría todo–. ¿Natalie?

En cuanto la tomó, una corriente eléctrica le recorrió el brazo.

–No me gusta estar atrapada –dijo sin pensárselo.

–¿Por la nieve o por mí? –preguntó él a la vez que retomaban el camino. Finalmente llegaron a la zona protegida por los árboles en la que la capa de nieve era más fina.

–Por las dos cosas –contestó Tilly con sinceridad.

Llegaron al puente de piedra. El arroyo estaba prácticamente helado. Xavier se detuvo e hizo que Tilly lo mirara de frente.

–Lo que pasó anoche… –empezó. Pero Tilly lo interrumpió.

–Ahora no –dijo ella.

No quería oírle decir que se arrepentía. Solo ella tenía la culpa de que, tal y como descubrió sobresaltada en aquel instante, la pasión se hubiera transformado en amor.

No tenía ni idea de cómo había sucedido, de cómo sus sentimientos habían evolucionado hacia algo más profundo, pero así era. Por eso tenía que bloquearlos, que detener la corriente de amor que fluía por ella. Y lo conseguiría.

–Sí, ahora, Natalie –dijo él, acariciándole la mejilla–. Tenemos que hablar de lo de anoche.

–No, simplemente pasó –Tilly se soltó de su mano y avanzó torpemente por la nieve.

–No huyas de mí –dijo él con fiereza, dándole alcance.

–Que me quede o que me vaya da lo mismo, Xavier. Nada que digamos puede cambiar lo que pasó.

–¿O el hecho de que no debía haber pasado?

Inicialmente, Tilly pensó que era una afirmación, pero por la entonación, comprendió que se trataba de una pregunta.

Lo miró y la rabia que había estado bullendo en su interior se evaporó. Fuera una afirmación o una pregunta, no debían haber pasado la noche juntos. No eran amantes ni lo serían nunca.

–Lo de anoche fue una excepción, Xavier. Una aventura –dijo mirándolo fijamente a los ojos y recuperando la fuerza con cada respiración.

Había tenido miedo y había buscados solaz en sus brazos, pero había encontrado mucho más que eso. No debía haber dejado que una fantasía romántica le impidiera pensar racionalmente.

Xavier estudió su rostro y observó cómo la inquietud de su mirada se transformaba en determinación. Se arrepentía de haber revelado demasiado de sí mismo la noche anterior, pero en ningún momento se había arrepentido de hacerle el amor, de hacerla suya.

–No pienso disculparme por haber pasado una noche con una hermosa mujer en mis brazos, pero veo que tú preferirías que no hubiera sucedido.

–Nos dejamos llevar por el momento –dijo ella precipitadamente–. ¿De verdad crees que si nos hubiéramos encontrado en una fiesta en Londres, habríamos pasado la noche juntos?

Xavier no quiso negar lo que era verdad.

–Anoche te-te utilicé –continuó Tilly con fiereza–. Quería demostrarme que podía seguir adelante. Y lo conseguí.

Xavier se alejó de ella. Aquellas palabras apagaron el deseo de besarla que llevaba rato intentando dominar.

Se había dejado seducir por su beso de Nochevieja, que había sido mucho más que un beso. Había en él algo más profundo, algo que no había sentido antes y que había despertado en él sentimientos que creía muertos.

Por primera vez había atisbado un futuro feliz. Lo había rozado con los dedos. Pero ya no era posible. Tilly acababa de dejarle claro que solo lo había utilizado para ahuyentar el recuerdo de otro hombre.

Haber oído eso de otra mujer habría sido un alivio, pero en labios de Tilly fue como recibir una puñalada. Eso no cambiaba lo que sentía por ella, un sentimiento que no se atrevía a nombrar pero que se parecía mucho al que se había prohibido tener por la culpabilidad que le causaba la muerte de Paulo.

Pero Tilly solo había querido una noche. Le había hecho probar su propia medicina. Xavier apartó ese pensamiento de sí. Tenía que concentrarse en algo más urgente: volver a Londres y olvidarse de Tilly.

Las verjas seguían abiertas. La nieve se acumulaba contra las barras de hierro. Al otro lado, el manto de nieve se prolongaba sin solución de continuidad. No iban a poder ir a ninguna parte.

–No parece que vayamos a poder movernos –dijo ella, enarcando las cejas en un gesto despectivo.

–El sarcasmo no te sienta bien, Natalie –dijo él.

Al ver cómo apretaba los labios y la furia que centelleó en sus ojos, Xavier tuvo que reprimir el impulso de besarla y conseguir que recuperara la dulzura de la noche anterior.

–Tilly –dijo ella, cortante–. Nadie me llama ya Natalie.

–¿Era así como te llamaba tu prometido? –dijo él con desdén.

Entonces Tilly sacudió la cabeza con una súbita tristeza y Xavier se sintió aún más culpable de lo habitual.

–La *nonna*.

Por cómo lo dijo, Xavier dedujo que había tocado un punto débil, que Tilly debía haber adorado a su abuela.

–Lo siento –dijo, acercándose a ella y recordando lo que le había contado sobre su familia–. Puede que algún día vuelvas a verla.

Ella negó con vehemencia.

–Murió hace unos años. Mi madre y yo perdimos todo contacto con mi familia italiana. Pero el pasado no puede cambiarse.

Como no podía cambiarse la noche anterior, pensó Xavier. Pero tampoco habría cambiado nada desde que ella había llegado. Solo su fría actitud de la mañana.

–Sé mejor que nadie que eso es verdad –pensó en todas las veces que había querido devolver a Paulo a la vida, en cuánto había anhelado borrar de su mente el recuerdo de aquel día –. Pero a veces, *cara,* puedes moldear el futuro para corregir el pasado.

Su filosófico comentario fue una broma cruel. Él no había conseguido ese milagro todavía.

–Si es así, tenemos que aprender del error de anoche. Los dos sabemos que en circunstancias normales, no habría sucedido. Si creyera en el destino, diría que teníamos que encontrarnos aquí para sanar nuestras heridas –Tilly miró hacia al suelo con gesto de desolación. Cuando alzó de nuevo la mirada hacia Xavier se había recompuesto y en sus ojos había la frialdad del hielo.

–¿Y lo crees?

La noche había sido tan apasionada, tan intensa, que en su fuero interno Xavier no quería olvidarla.

A pesar de su actitud distante y de la desilusión que Tilly mostraba por no poder irse, también ella quería más. Que quisiera etiquetarlo como una mera aventura no significaba que pudiera negar la atracción que sentían el uno por el otro.

–No –lo miró antes de retomar el camino de vuelta a la casa–. Solo estábamos en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Capítulo 9

TILLY SACUDIÓ la nieve de las botas antes de entrar. Xavier no había pronunciado palabra, pero había caminado a su lado taciturno y abstraído. No había negado que la noche anterior hubiera sido un error. Y ella, en contra de sus convicciones, todavía lo deseaba, ansiaba que unos de sus besos o de sus caricias la devolvieran la vida. Le había entregado parte de su corazón, precisamente lo que se había jurado que no haría.

–Tengo que trabajar –dijo él con un acento más pronunciado del habitual, lo que Tilly había aprendido a interpretar como que estaba más turbado de lo que aparentaba–. Voy a intentar averiguar cuándo va a volver la electricidad y si podemos irnos hoy.

Xavier no la quería allí. Ella había empezado a decirle que creía que estaban destinados el uno al otro, pero la frialdad de su mirada le había indicado que él no compartía esa idea.

–¿Crees que es posible?

Xavier se encogió de hombros.

–Quizá hoy no, pero puede que mañana sí.

–Espero que tengas razón.

Tilly no quería que Xavier se cansara de ella, si es que no lo había hecho ya.

Él escrutó su rostro y por un instante Tilly pensó que iba a besarla. Instintivamente, entreabrió los labios al tiempo que se le aceleraba el corazón. Anhelaba sentir sus labios, estar en sus brazos, pero no podía ser ella quien tomara la iniciativa.

–Voy a preparar algo para comer –dijo precipitadamente.

Su brazo rozó el de Xavier al pasar a su lado y sintió una sacudida. Tenía que irse. Solo así podría analizar lo que había pasado, etiquetarlo y evitar que volviera a suceder.

Con esa determinación, evitó a Xavier el resto del día, pero con la llegada de la tarde, refrescó y fue al salón donde habían pasado la noche. Dado que seguían sin luz, sospechaba con temor que tendría que pasar la noche sola en su habitación, a oscuras.

–Parece que vamos a seguir necesitando velas –dijo con fingida indiferencia al entrar.

Xavier estaba trabajando en el escritorio, bajo la luz de una vela. El fuego crepitaba en la chimenea, y para ahuyentar las imágenes que la asaltaron, Tilly se dirigió hacia la ventana. Había parado de nevar, el viento se había calmado y asomaban las primeras estrellas.

Al oír que Xavier dejaba el bolígrafo en la mesa, se volvió.

–No te preocupes, *cara*, se supone que vamos a tener electricidad pronto.

Tilly sintió un inmenso alivio seguido de desilusión. No tendría que preocuparse de la oscuridad, pero eso significaba también que, definitivamente, dormiría sola. La idea de prolongar la aventura se le pasó por la mente, pero la borró al instante. Para Xavier había sido una sola noche, y ella debía convencerse que era lo mejor.

–Me alegro –dijo, intentando disimular el rubor que coloreó sus mejillas con solo pensar en la noche anterior. Tenía que recordar que Xavier Moretti jamás formaría parte de su vida.

–¿No te atrae la idea de pasar otra noche delante del fuego?

El tono provocativo de Xavier hizo estremecer a Tilly, que siguió mirando por la ventana a pesar de que sabía que él la observaba.

Xavier añadió:

–Eso no es nada espontáneo.

Tilly se giró entonces hacia él. Jamás había actuado así, jamás se había arriesgado a ser herida. Ningún hombre le había hecho olvidar sus inhibiciones, pero tampoco antes había tenido una aventura de una noche.

–Tienes razón, pero como hemos dicho antes, lo de anoche no debía haber pasado.

–Anoche fuiste muy espontánea… muy apasionada.

Tilly fue hacia él, decidida a mostrarse firme, pero se arrepintió al instante porque su cuerpo estalló en un instantáneo deseo.

–Anoche no era yo misma. Nunca había hecho algo así.

–Te comprendo, Tilly –dijo él en tono acariciador–. Mucho mejor de lo que te imaginas.

Como si percibiera que Tilly empezaba a flaquear, Xavier se encaminó hacia ella lentamente.

–¿Qué comprendes? –preguntó ella en un susurro, mientras intentaba contener su desbocado corazón. ¿Cómo podía perder el control tan rápidamente?

–Que te asustó la pasión que descubriste en ti después de lo que te pasó con Jason.

–No tiene nada que ver con Jason.

Al pronunciar aquellas palabras, Tilly comprendió con nitidez que su amor por Jason había sido platónico, mientras que con Xavier había experimentado el verdadero amor.

De pronto comprendía que Jason hubiera aspirado a más que a tener a su lado a una buena compañera.

Miró a Xavier, el hombre con el que había despertado su pasión, y vio la oscura intensidad de su mirada. ¿La creía? ¿Sabía que había

hecho brotar en ella emociones que había bloqueado toda su vida de adulta?

–*Cara mia*, al margen de las razones que te hicieron actuar como lo hiciste anoche, deberías volver a ser esa mujer espontánea, vivir para el momento y dar cabida a la pasión en tu vida.

–¿Lo dices por propia experiencia? –preguntó ella con sorna.

¿Quién era él para darle lecciones?

Xavier se acercó un poco más, pero ella permaneció inmóvil y le sostuvo la mirada, decidida a demostrarle que no ardía en pasión, pero era mentira. Las brasas de la noche anterior se habían avivado. Aun así, estaba decidida a apagarlas.

Súbitamente la habitación se inundó de luz y las sombras retrocedieron, llevándose con ella los miedos y la pasión que Xavier estaba a punto de volver a despertar en ella.

–¡Qué bien! –dijo Tilly, alejándose de él y de la tentación de tocarlo–. Al menos tenemos luz y calefacción.

Lo que significaba que podría dormir sola en su cama.

–¿Y no tendremos que pasar la noche aquí, delante del fuego? –dijo Xavier en un tono teñido de una sensualidad a la que Tilly quiso hacer oídos sordos.

Tenía que irse antes de recuperar la espontaneidad que mencionaba Xavier y acabar pidiéndole que la llevara a su cama.

–Puesto que estás ocupado, voy a retirarme. Buenas noches –dijo, consiguiendo recuperar la compostura que la caracterizaba y tras la que se sentía más cómoda.

Xavier enarcó las cejas en un gesto de sorpresa, pero al instante compuso la misma expresión distante que había mostrado por la mañana.

–No es necesario, y menos cuando aquí está la chimenea encendida.

–Yo creo que sí, Xavier. Como te he dicho, lo que pasó ayer, no debería haber pasado.

–Pero pasó, *cara* –él se acercó a Tilly, que alzó la barbilla, desafiante–. Y lo hecho, hecho está.

–Lo sé –dijo ella en un susurro.

–Llévate velas y cerillas –dijo entonces él con indiferencia. Y Tilly no supo si alegrarse o sentirse desilusionada.

–Buenas noche, Xavier –tan pausadamente como fue capaz, se dirigió hacia la puerta. Aunque lamentaba dejar el calor de la habitación, sabía que no podía seguir más tiempo junto a Xavier y la habilidad que tenía de hacerle abandonar toda cautela.

–¿Tilly?

–¿Sí? –Tilly se volvió expectante y maldiciéndose por albergar la esperanza de que le pidiera que se quedara.

–Que duermas bien.

Ella asintió y se marchó antes de caer en la tentación de echarse en sus brazos y volver a ser la mujer de la noche anterior, la mujer que lo amaba.

Xavier habría querido ir tras Tilly, tomarla en brazos y llevarla a la cama en la que había pasado solo la primera noche en la mansión.

Quería besarla hasta doblegar su voluntad; quería hacer emerger a la mujer apasionada y sensual que había en su interior.

Pero se quedó en el escritorio, repitiéndose que para ella la noche anterior había sido un error. Era evidente que, a pesar de su insistencia en que las cicatrices no le importaban y que el accidente había sido solo eso, sus sentimientos eran otros.

Era la única mujer con la que había estado desde el accidente, y ella lo rechazaba, diciendo que solo quería una aventura. Sin embargo, era virgen.

Quizá debía alegrarse de que hubiera vuelto la luz. Así no cometería el mismo error dos veces y no se complicaría la vida. No estaba preparado para tener una relación. Sumido en esas reflexiones, fue a su dormitorio, decidido a ducharse y dormir. Pero cuando estaba de pie ante el espejo, con la toalla a la cintura y recién afeitado, pensó que no podría conciliar el sueño.

¿Cómo iba a poder dormir cuando la mujer que le había hecho un regalo tan preciado, que le había permitido entrever cosas que nunca podría tener y que había llenado la noche de compasión y de deseo, estaba solo a unos metros de distancia? Tan cerca y, sin embargo, tan inaccesible.

Maldijo en italiano y tiró la toalla al suelo. Deseaba a Tilly, quería el feliz futuro que le había permitido atisbar.

«Pero ella no te quiere a ti». ¿Qué le estaba pasando? ¿Desde cuándo creía en las relaciones y en la felicidad? Ni el amor ni la felicidad podrían traspasar nunca la barrera de su sentimiento de culpa. O eso había creído.

Se metió en la cama y apagó la luz. Rodeado de oscuridad pensó que quería acudir junto a ella, tenerla en sus brazos, pero más aún, amarla. ¿Podía haberlo cambiado tanto en una noche?

Con un gruñido, se levantó y se puso los vaqueros. La moqueta amortiguó las pisadas de sus pies desnudos mientras subía la

escalera. En la penumbra, vio el árbol de Navidad, el símbolo palpable que le recordaba que no merecía ser feliz. ¿Significaba eso que no merecía a Tilly? ¿Debía dar media vuelta y volver a su dormitorio? Miró hacia la puerta de Tilly.

Seguían incomunicados, apartados del mundo real. ¿Podían disfrutar de otra noche en aquel mundo paralelo?

Dio media vuelta. Tilly se merecía mucho más de lo que él podía ofrecerle. Descorazonado, retrocedió, dando la espalda a lo que podría haber sido su vida de haber sido él otro hombre.

Tilly no había pegado ojo y decidió levantarse. ¿Qué haría Xavier? ¿Estaría mortificado? Le habría gustado consolarlo, decirle que merecía ser amado y que debía volver a hacer hueco al amor en su vida.

Se detuvo un instante, atemorizada por la oscuridad, pero necesitaba acudir a Xavier, estar con él, amarlo, aunque solo fuera una noche más. Porque no eran solo la pasión y el deseo lo que había transformado su mundo, sino el amor que había brotado en ella.

Quería mostrarle a Xavier su amor porque al día siguiente se marcharía. Debía volver a su vida aburrida, en la que no había cabida ni para el amor ni para la pasión. Pero aquella noche quería vivir una fantasía. Sabía que Xavier no quería una relación, y que ella solo sería una más. Y aunque ese pensamiento la incomodara, el anhelo de estar con él era aún más poderoso y la empujaba a asumir el riesgo que iba a tomar.

Al llegar a lo alto de la escalera lo vio como si fuera un fantasma al que hubiera invocado su mente.

–¿Tilly? –preguntó él con expresión expectante.

Ella respiró profundamente.

–Quiero volver a ser la mujer que fui anoche, Xavier. Aunque sea solo una vez más.

Antes de que Tilly pudiera vez en su rostro cómo reaccionaba a sus palabras, Xavier estaba ya ante ella y le acariciaba la mejilla. El pulso de Tilly se aceleró al mirarlo a los ojos y preguntarse si él también sentía una pasión tan intensa como la suya.

–Eres una tentación irresistible –dijo él con un temblor en la voz que fue una respuesta a la pregunta muda de Tilly.

Él agachó la cabeza para rozar con sus labios los de ella. Tilly cerró los ojos y el placer que sintió desvaneció cualquier duda que le quedara sobre si actuaba o no correctamente. Su cuerpo se

inclinó hacia el de Xavier, pero él no la abrazó. Tilly abrió los ojos y se perdió en la profundidad de los de él.

–¿Xavier?

–Shhh. Olvidemos que existe el mundo solo por esta noche –susurró él contra sus labios.

Y Tilly supo que estaba perdida. Que le pertenecía.

–Sí –susurró ella, y besándolo brevemente, repitió–: Solo por esta noche.

Dentro de sí una voz gritó que una noche no sería suficiente, que estaba enamorada de él. Pero la razón se impuso. Tilly sabía que no podía esperar que Xavier se comprometiera.

Entonces Xavier la besó apasionadamente y la estrechó contra sí, y todo pensamiento racional fue barrido por la misma pasión que habían experimentado la noche anterior.

Cuando él la tomó en brazos y avanzó hacia su dormitorio Tilly supo que cada paso la alejaba más de la cordura, pero le dio lo mismo. Todo lo que quería era amar a Xavier una última vez.

Capítulo 10

XAVIER DESPERTÓ sobresaltado y al ver a Tilly acurrucada a su lado, recordó que habían pasado de nuevo la noche juntos. Una vez más, había experimentado lo que era amar, y había ansiado que Tilly lo amara. Pero ella había dejado claro que solo era una noche más, antes de que cada uno siguiera su camino.

Se recordó que él no merecía amor después de haber destrozado la vida de toda una familia, y se preguntó si Tilly no sería un instrumento de castigo que el destino le enviaba.

La noche anterior, a pesar de desearla con toda su alma, había decidido volver a su dormitorio, pero cuando ya se iba, se había detenido al percibir su presencia, y ella lo había retenido con la fuerza de su mirada.

Suspiró y la observó mientras dormía, al tiempo que aspiraba el aroma que la hacía única. Sus ásperas palabras del día anterior se repetían en sus oídos. Él no había sido más que un medio para olvidar a Jason. ¿Sería la última noche una manera de asegurarse que lo había conseguido?

Se separó de ella y el suspiro que escapó de sus labios al removerse en sueños, encendió su deseo. Necesitaba prepararse para cualquiera que fuera su reacción aquella mañana, especialmente si volvía a rechazarlo.

Se levantó, se vistió y salió sigilosamente de la habitación sin atreverse a mirar a la mujer que dejaba en la cama. No había pretendido compartir con ella más que unas horas de placer, pero Tilly había derribado sus barreras y le había hecho creer que el amor era posible, que quizá podría dejar atrás el pasado.

¿Pero cómo iba a superar su sentimiento de culpa, cómo iba a perdonarse a sí mismo?

Al pasar junto al árbol de Navidad, lo maldijo. Entró en el salón y miró por la ventana. Había dejado de nevar, así que podría organizar la vuelta a Londres. Al tomar el teléfono, vio las cenizas en la chimenea y pensó en la pasión en la que Tilly y él habían ardido, tan abrasadora como el fuego del que solo quedaba el rescoldo.

Maldijo en italiano. Tilly y él no podrían estar juntos jamás. Ella estaría mucho mejor sin él. La deseaba por puro egoísmo. Pero debía ser capaz de poner sus necesidades en un segundo lugar y pensar en el bien de Tilly. Además, para ella él no había sido más que un medio para olvidar al hombre a quien verdaderamente

quería.

Irritado por ese pensamiento, escribió un correo a la viuda de Paulo, avisándole de que no creía que le fuera posible ir a la cena de beneficencia que se iba a celebrar en Milán aquella semana. Luego escribió a un amigo para que enviara a la mansión un vehículo con conductor, insistiéndole en que los recogiera aquel mismo día. Cuando al mandar el correo se dio cuenta de que no sentía el menor alivio, confirmó que, al contrario de lo que habría querido hacer, no debía pasar una sola noche más con Tilly.

–Buenos días –la voz de Tilly se coló en sus pensamientos.–. Menos mal que ha dejado de nevar. Quizá podamos irnos hoy.

–*Buon giorno* –Xavier habría preferido que la tormenta durara días, pero se limitó a decir–: He pedido que nos manden un chófer.

Sus miradas se encontraron y por una fracción de segundo, Xavier creyó ver tristeza en la de Tilly, pero su reacción inmediata le hizo pensar que estaba equivocado.

–Me alegro –Tilly se acercó a la ventana–. Está precioso, pero debe de hacer mucho frío.

–Muchísimo.

Xavier fue junto a ella, pero evitó tocarla por temor a querer abrazarla y besarla. Debía ahuyentar ese tipo de pensamientos. El tiempo que habían pasado juntos estaba a punto de llegar a su fin. El mundo real los reclamaba.

Tilly permaneció inmóvil, tratando de controlar la forma en que se le aceleró el corazón al acercarse Xavier. Como el día anterior, la había dejado sola al llegar la mañana, y con ello quería dejarle claro que habían acabado. Y por si ese mensaje no era bastante, ni siquiera hizo mención a la noche anterior.

Para cuando acabara el día, estaría en su piso, sola. Y dadas las circunstancias, pensó que cuanto antes se separaran, mejor.

Dio media vuelta y al ver el fuego apagado en la chimenea, pensó que era la perfecta metáfora de que el tiempo fuera de la realidad había concluido. No sabía hasta cuándo podría fingirse indiferente cuando cada célula de su cuerpo clamaba por tener a Xavier.

–¿Cuándo calculas que nos recogerán?

–No antes del mediodía –Xavier fue hasta la puerta. Tilly lo miró y no encontró en su expresión rastro del hombre con el que había pasado la noche–. Voy a preparar el desayuno.

–No. Lo prepararé yo –que Xavier hiciera el desayuno le

resultaba demasiado íntimo… y doloroso.

–No, eres mi invitada.

Xavier se fue sin darle la oportunidad de protestar y Tilly se quedó paralizada, mirando el punto que él había ocupado unos segundos antes.

En su interior se produjo entonces un cambio, o quizá algo volvió al lugar que no debía haber dejado.

–¿Siempre preparas el desayuno a tus mujeres? –preguntó

–No –contestó él sin detenerse.

Tilly sabía que era una de las muchas mujeres con las que Xavier había compartido cama y pasión, pero nunca amor. Durante las dos noches anteriores, ella lo había amado con todo su corazón aun sabiendo que cometía un error. Xavier había traspasado las barreras tras las que se protegía de toda emoción. Volvería a casa con el corazón roto. Pero Xavier no era el hombre que le convenía porque era un playboy, y haría bien en no olvidarlo.

–Al menos deja que te ayude –dijo, haciendo acopio de una serenidad de la que no se sabía capaz. Xavier nunca sabría hasta qué punto la había transformado.

Él alzó una ceja en un gesto provocativo y dijo:

–Soy capaz de hacerlo solo, así que siéntate y relájate –empezó a trabajar–. Sé que tu abuela te trasmitió el amor por la cocina, ¿también te animó a abrir tu propio negocio?

Se detuvo por un instante y la miró fijamente sin que Tilly lograra adivinar qué intentaba leer en su expresión. Ella le sostuvo la mirada. ¿Se habría dado cuenta de que había puesto el dedo en la llaga, de que ese era el último tema del que quería hablar y menos aquella mañana?

–Supongo que buscaba un reto y un poco de espontaneidad – dijo, usando el consejo que él le había dado la noche anterior, con la esperanza de terminar ahí la conversación.

–Ese es un motivo tan bueno como otro cualquiera –dijo él, batiendo unos huevos hábilmente para hacer un revuelto.

–Estoy impresionada –bromeó Tilly.

Xavier lograba sacar de ella la faceta más relajada, la que no se preocupaba o cuestionaba todo, la que cedía el control.

–Entonces he cumplido mi primera misión –dijo él, colocando los huevos y una tostada delante de ella, sonriendo con picardía.

–¿Y cuál es la segunda? ¿Llevarnos a Londres? –preguntó Tilly sin pensárselo. Y por cómo la miró él, dedujo que había dado en el clavo. Lo mejor que podía hacer era seguir ocultando su deseo de que las cosas fueran de otra manera.

–¿Has disfrutado de tu estancia aquí?

¿Cómo podía hacerle esa pregunta? Para él, el tiempo que habían pasado juntos no había sido más que una distracción; para ella, debía de haber sido su aventura de una noche, la manera de superar el abandono de Jason. Pero en cierto momento, había perdido de vista ese objetivo. Cada beso, cada caricia, la habían atado a Xavier un poco más. No había pretendido amar, pero el amor la había buscado a ella.

Miró a Xavier con la mente en blanco. Solo podía pensar en que podría ser su hombre ideal si las circunstancias fueran otras, pero jamás se lo diría. Xavier había dejado claro que aquellos dos días no habían significado nada para él. Afortunadamente, ella le había hecho creer que solo era uno más de los deseos de su lista.

–Siento que estar atrapada conmigo haya sido una tortura –dijo él con la voz teñida de dolor a pesar de la firmeza con la que habló.

–No es eso –Tilly buscó las palabras con las que explicarse mejor–. Ninguno de los dos habíamos planeado esto, y no habría sucedido si no llega a ser por la nieve.

–Tienes razón.

Tilly sintió que se le encogía el corazón. Solo habían sido dos personas vulnerables, aisladas por la nieve, compartiendo secretos. Pero había albergado la esperanza de que fuera algo más.

–¿Y cuando volvamos a Londres? –preguntó. A su pesar, necesitaba saberlo, oírlo de sus labios.

Por un instante quiso creer que Xavier diría que quería volver a verla, pero al ver la frialdad con la que él la miraba supo que toda esperanza era vana. Lo que habían compartido había llegado a su fin.

–Haré que te devuelvan la furgoneta lo antes posible.

La respuesta de Xavier hizo añicos cualquier posibilidad de un futuro para ellos. Ni siquiera sería él quien le devolviera la furgoneta. Xavier quería cortar todo vínculo con ella y continuar con su vida como si nada hubiera pasado. Mientras que ella… ¿Cómo iba a olvidar a la mujer espontánea y apasionada que Xavier había hecho emerger?

–Espero que lo que ha pasado quede entre nosotros –dijo, bajando la mirada. Debía protegerse así misma. Aquello estaba resultando más doloroso que la mañana en la que Jason había cancelado su boda–. Por razones profesionales, no querría que ningún cliente se enterara.

–Sí, es lo mejor. El secreto quedará guardado entre estas paredes.

Tilly lo miró con el corazón en un puño. ¿Cómo podía sentir algo tan profundo en tan poco tiempo? Por primera vez en su vida estaba enamorada. Sin darse cuenta, se había enamorado de Xavier a la misma velocidad a la que caían los copos de nieve.

Pero él no la amaba. Y no debía olvidarlo. Para él solo había sido una aventura más, probablemente ya estaba planeando la siguiente.

Y por más difícil que le resultara, estaba decidida a despedirse de él con la mayor dignidad posible y la cabeza bien alta.

Xavier metió las maletas en el todoterreno que le había mandado su amigo, alegrándose de no tener que pasar una noche más con Tilly porque no se creía capaz de resistir la tentación de ir a buscarla en mitad de la noche.

La miró de soslayo, preguntándose qué sentía realmente. El chófer ocupaba su puesto ante el volante, y al sentarse junto a Tilly se dio cuenta de que ya no tendrían privacidad para hablar. Ya no podría averiguar si lo que había sucedido era para ella algo más que un par de noches de pasión.

La frialdad y evidente alivio con el que Tilly había aceptado la noticia de que serían rescatados confirmaba sus palabras de la mañana anterior. La primera anoche juntos había sido un error. ¿Y la segunda? ¿Una manera de poner a prueba la espontaneidad que acababa de descubrir en sí misma?

Intentó no notar la electricidad de la que se cargaba el aire cada vez que la tenía a su lado. Ella sacó el teléfono y escribió un mensaje. Luego, consciente de que la observaba, alzó la mirada.

–Estoy diciéndole a Vanessa que vuelvo a Londres. Nos veremos en la fiesta.

Aunque estaba pálida, sonrió, evidentemente feliz con la perspectiva de ver a su amiga. ¿O porque estaba a punto de perderlo de vista?

Miró por la ventanilla el paisaje blanco y fantasmagórico, diciéndose que cualquiera que fuera el sentimiento que Tilly había despertado en él, no estaba preparado para comprometerse. ¿Cómo podía ni siquiera planteárselo cuando las pesadillas seguían plagando sus noches y el dolor de las piernas le recordaba continuamente lo que había hecho? Contuvo un gemido de rabia. No merecía el amor de una mujer cuando su obsesión por ganar una carrera le había robado a otra el hombre al que amaba.

Poco a poco, el nevado paisaje dio paso a escenas urbanas, y

supo que la tortura estaba a punto de concluir. Se despediría y no volvería a ver a Tilly. Ella se merecía a alguien mucho mejor que él.

–Ya queda poco –dijo ella, sacándolo de su ensimismamiento.

Xavier no reconocía las calles por las que pasaban y no quería prestar atención porque prefería no saber dónde vivía.

–Me alegro de estar de vuelta –mintió, confiando en que su tono no dejara ni la más mínima duda de que aquella era una despedida definitiva. Solo así podía protegerlos a ambos de la pasión y la ternura que habían compartido y que no debía repetirse

–Yo también –dijo ella con un rastro de melancolía.

El chófer detuvo el coche y a pesar de que se había propuesto no hacerlo, Xavier miró el nombre de la calle. No quería tener imágenes de Tilly allí; quería que siguiera siendo una calle anónima de Londres. En su recuerdo, había querido que permaneciera siempre en una mansión rodeada de nieve.

–Te acompaño a la puerta –dijo, bajando del coche antes de que Tilly pudiera impedirlo.

–No hace falta, Xavier –dijo ella, acercándose mientras él sacaba la bolsa del maletero.

Su gesto altivo recordó a Xavier la primera vez que había deseado besarla. Pero la vehemencia de su tono era un aviso. No quería seguir junto a él ni un segundo, ni que supiera dónde vivía.

–*Va bene*. Entonces me despido aquí y te doy las gracias.

–¿Por qué? –preguntó ella. Y sus labios entornados fueron una invitación para Xavier, que apretó los puños para contenerse.

–Por una Nochevieja inolvidable –dijo, logrando imprimir a sus palabras la mayor indiferencia posible.

–Recuerda: lo que ha pasado en la mansión, permanece allí –dijo ella.

El temblor de su voz y la fragilidad que Xavier vio en su mirada estuvo a punto de quebrar su determinación. Pero no podía decirle que quería más mientras no pudiera liberarse de su sentimiento de culpa. Además, Tilly le había dejado claro que solo había sido una aventura para sobreponerse al dolor de haber perdido a otro hombre.

–Lo sé, *cara*. *Arrivederci*, Natalie

El orgullo y el temor a ser rechazado evitaron que dijera lo que verdaderamente sentía.

–Adiós, *signor* Moretti.

Tilly notó que las piernas le temblaban mientras miraba al

hombre al que amaba. Quería pedirle que no se marchara; decirle que no deberían dejar pasar lo que había surgido entre ellos. Pero la fría determinación que centelleaba en sus ojos impidió que articulara esas palabras.

Xavier había dejado claro que todo lo que quería era un poco de compañía durante las horas de oscuridad. También ella había usado la misma excusa, pero en su caso porque había tenido que justificar la fascinación que había sentido por él desde el mismo instante en el que lo había visto. Lo había etiquetado como uno de los deseos apuntados en una lista, pero sabía bien que era mucho más que eso.

Tomó la bolsa en una mano y dobló la funda con el vestido sobre el otro brazo como si fuera un salvavidas. Jamás podría volver a ponérselo. Ni siquiera podría mirarlo.

Se volvió y caminó hacia la puerta principal. La familiaridad del edificio debía de haber contribuido a calmarle los nervios, pero no fue así. Londres no había cambiado. Había cambiado ella.

–¿Tilly?

Una chispa de esperanza prendió en su interior al ver sentimientos contradictorios reflejados en el rostro de Xavier. Esperó, rogando mentalmente: «dímelo. Dime que te has enamorado de mí».

–¿Sí? –su voz sonó asombrosamente tranquila teniendo en cuenta el torbellino de emociones que pasaban por su cabeza.

–Envíame la factura. Y no te olvides de añadir el coste del tiempo que has pasado en la casa.

Tilly tragó el amargor que le llenó la boca. Xavier no quería nada de ella; solo asegurarse de que no tenían cuentas pendientes. Y ella pensaba que lo había usado…

Incapaz de pronunciar palabra, se limitó a asentir con la cabeza. La severidad con la que él la miraba le indicó que no esperaba respuesta. Solo quería alejarse lo más rápidamente posible. Tanto, que sin esperar un segundo más, volvió hacia el coche.

Tilly consiguió entrar en el edificio y cerrar la puerta sin derramar una sola lágrima. A su espalda, oyó cerrarse la puerta del coche y el motor arrancar. Tuvo el impulso de intentar ver a Xavier por última vez, pero eso solo intensificaría su dolor.

Había conseguido lo que quería. Dejar atrás a Jason y convertirse en una mujer nueva. Lo que no había planeado era enamorarse de un hombre que la olvidaría tan pronto como la perdiera de vista.

Metió la llave en la cerradura de su piso, el primer paso que la devolvería a su vida normal. Un susurro escapó de sus labios:

–*Arrivederci*, Xavier.

Capítulo 11

XAVIER SE repitió las palabras de despedida de Tilly una y otra vez durante la noche, y no logró apartar de sí la gélida mirada que le había dedicado

Cuando se despidieron, seguía convencido de que su relación era imposible. Pero como no pudo decirle que no quería volver a verla porque la culpabilidad de haber acabado con la vida de su amigo le impedía disfrutar de una vida plena, había acudido al argumento que Tilly usaba como excusa: su relación contractual; y le había pedido la factura.

Su chófer se adentró entre el tráfico, camino del aeropuerto. Xavier pensó en la viuda de Paulo y en la cena de beneficencia que celebraba aquella noche en Milán y se dio cuenta de que no podía ir. No podía dejar Londres. O mejor, no podía dejar a Tilly. Había pasado la noche pensando en ella, y se había dado cuenta de que no había sido solo una aventura; de que quería el «para siempre» que ella anhelaba. La cuestión era si ella querría que fuera con él. Tenía que averiguarlo.

Necesitaba verla y decirle que la quería en su vida. No podía dejar que la culpabilidad siguiera dominándolo. Tilly lo había ayudado a encontrar la paz y había empezado a liberarlo; pero lo más importante era que la amaba.

Saco el móvil y marcó un número.

–Sofía –dijo cuando contestó la viuda de Paulo–. No puedo ir a la cena. ¿Me perdonas?

–¿Es por la mujer con la que te quedaste incomunicado?

–¿Por qué lo dices? –preguntó él desconcertado.

–Porque en los correos la mencionas continuamente. No la dejes escapar, Xavier. Ya te has castigado suficiente. Paulo querría que fueras feliz; y yo también.

Las palabras de Sofía despejaron la niebla que había mantenido a Xavier en un permanente estado de confusión, y de pronto supo qué debía hacer.

Tras despedirse, le dijo al chófer que cambiaba de planes y que lo llevara a una joyería de Knightsbridge, y luego le indicó la dirección de Tilly.

Mientras el coche se desplazaba entre el tráfico, Xavier reflexionó con una mezcla de impaciencia y aprensión. Solo podía pensar en Tilly, pero no estaba seguro de que ella quisiera volver a verlo. Tendría que convencerla.

Durante la tormenta, en la mansión, habían compartido sus más íntimas inseguridades, y, lo quisieran o no, estaban ya unidos para siempre.

Poco después estaba de pie ante la puerta en la que se habían despedido. Respiró profundamente. Empezaba a oscurecer y el frío invernal le recordó la primera noche con Tilly ante el fuego, en la que ella había expuesto todas sus inseguridades. Cada una de ellas lo impulsaba en aquel momento a llamar a la puerta. Quería a Tilly en todos los sentidos de la palabra.

Y no podía creer que ella solo quisiera una aventura. Xavier se maldijo por no haberla retado y por no haberle dicho que no quería despedirse de ella.

Igual que ella, o en eso confiaba, se había ocultado tras el temor a ser rechazado. Pero ya no podía continuar haciéndolo. La viuda de Paulo lo había ayudado a darse cuenta de ello.

Tilly vio a Xavier, vacilante, al otro lado de la calle. El corazón se le aceleró y los recuerdos de las maravillosas noches en la mansión escaparon de donde los había encerrado.

Se había convencido de que, de haber permanecido más tiempo juntos, Xavier se habría cansado de su compañía, mientras que ella no habría podido seguir ocultando el amor que sentía por él.

¿Qué querría en aquel momento?

Por las fotografías que había visto de él la noche anterior con una preciosa mujer del brazo, apenas unas horas después de separarse, no le había costado olvidarla.

La necesidad de saber más sobre él, de volver a ver su hermoso rostro, le habían hecho buscarlo en Internet.

Inicialmente, había buscado detalles del accidente, queriendo averiguar por qué se culpaba; pero no encontró ningún artículo en el que se le considerara responsable. Entonces, había visto por casualidad una fotografía con una nueva mujer y el dolor la había atravesado como una puñalada. Al dolor le había seguido la sensación de haber sido traicionada, y finalmente, la resignación.

Al menos eso explicaba la precipitación con la que Xavier se había ido: su siguiente conquista lo esperaba entre bambalinas.

El timbre del portero automático la sacó de sus dolorosas reflexiones. Con el corazón en un puño, presionó el botón para abrir la puerta. Había llegado el momento de ser valiente y seguir adelante sin mirar atrás. Xavier no debía saber que además de ayudarla a darse cuenta de que no había amado a Jason, había

conseguido remover sus recuerdos de infancia y que en cuanto volvió a casa se había dedicado a buscar a la familia de su padre.

Habría querido compartirlo con él, decirle que gracias a él por fin había dado el paso. De hecho, había preparado la bolsa de viaje y se iba a pasar el fin de semana a la Toscana.

Una llamada enérgica a la puerta del apartamento la sobresaltó. Miró por la mirilla y vio a Xavier de espaldas. Tilly habría reconocido aquellos hombros en cualquier parte. Cada rasgo de Xavier había quedado grabado en su mente.

Se pasó las manos por el cabello y tomó aire para poder enfrentarse al hombre al que amaba.

–Xavier –dijo, imprimiendo a su voz una nota de alegría que estaba lejos de sentir–. Creía que habíamos quedado en no vernos.

Él al observó detenidamente y Tilly tuvo que morderse la lengua para no parlotear, tal y como hacia cuando estaba nerviosa.

–Sí, *mi ricordo* –la brusquedad de su tono dejó claro que no estaba allí para revivir la pasión que habían compartido–. ¿Puedo pasar?

Tilly contuvo una respuesta airada. Si Xavier creía que podía pasar de una mujer a otra, estaba muy equivocado.

–Estoy ocupada haciendo el equipaje –dijo.

La sorpresa con la que él la miró le hizo sonreír.

–¿Dónde y cuándo te vas?

–A la Toscana, a conocer a la familia de mi padre.

–¿Otro deseo que puedes tachar de tu lista? –la severidad con la que Xavier la miró hizo estremecer a Tilly.

Asintió con la cabeza.

–Debo agradecértelo a ti –no mentía. Solo se había animado a buscarlos tras hablar con Xavier de su infancia.

–¿Cuándo te vas?

Xavier pasó a su lado, adentrándose en el piso que ella consideraba su hogar. Tilly supuso que debía encontrarlo extremadamente modesto, pero aquel era su mundo. Él miró el pasaporte y el billete que estaban sobre la mesa.

–¿El sábado? –preguntó.

–Sí –dijo ella, irritándose consigo misma por haberlos dejado a la vista. Aquel Xavier no tenía nada que ver con el hombre relajado y apasionado con el que había pasado un par de noches, y Tilly empezó a impacientarse–. ¿Qué es lo que quieres, Xavier?

–Tenemos que hablar –dijo él, acercándose a ella.

Tilly se mantuvo firme, con la barbilla alta. Al sostenerle la mirada, le pareció ver un rastro de cansancio en sus ojos.

–No tenemos nada de qué hablar, Xavier.

–Sabes una parte de la historia, pero quiero contarte el resto.

Tilly no comprendía de qué estaba hablando, pero, aunque con cautela, decidió darle una oportunidad.

–Dime.

–Desde que destrocé la familia de Paulo, había dejado de celebrar las Navidades –comenzó él con gesto crispado–. La cena de Nochevieja de este año solo la organicé para contentar a mis padres –explicó. Y cuando miró a Tilly esta vio en sus ojos confusión y sinceridad.

Ella posó la mano en su brazo.

–Eres demasiado severo contigo mismo. No deberías castigarte.

–Mi obsesión por ganar mató a mi amigo. ¿Cómo no voy a castigarme? –las palabras salieron cargadas de un intenso dolor que restalló en el aire.

–No sé mucho de motociclismo, Xavier, pero sé que los accidentes se investigan y se hacen informes –Tilly quiso aplacarlo, mitigar su dolor. Aunque estaban en su pequeño apartamento, en el mundo real, en aquel instante volvió a envolverlos la magia que los había mantenido aislados de la realidad.

–No necesito un maldito informe para saber que fue culpa mía –Xavier se golpeó el pecho con fuerza.

Tilly habría querido abrazarlo y liberarlo de su sentimiento de culpa, pero algo la contuvo. Todavía no entendía qué hacía Xavier allí, y menos, cuando acababa de estar con otra mujer.

–Lo he visto en Internet, Xavier –dijo con firmeza, cercenando el hilo que había vuelto a conectarlos–. Nadie te culpa.

Xavier miró su cabello rubio y recordó la deliciosa sensación de recorrerlo con sus dedos.

–¿Lo has buscado?

Los preciosos ojos azules de Tilly se abrieron desmesuradamente. Suspiró y finalmente dijo:

–Sí.

–¿Y qué has decidido? –aquel era el mayor temor de Xavier, que lo considerara culpable.

–Que eres demasiado severo contigo mismo.

Tilly lo dijo con una firmeza en el tono y en la mirada que Xavier no había apreciado en ella hasta ese momento. Sofía le había dicho lo mismo.

Se dio cuenta de que tenía entre sus manos la batalla más importante de su vida: la de conquistar a la mujer a la que amaba. Y si la perdía, lo perdería todo.

–¿Por qué has venido? –repitió Tilly con impaciencia.

–Para hablar contigo.

Lo que quería era estrecharla en sus brazos y besarla, pero intuía que Tilly empezaba a distanciarse de él emocionalmente. Se estaba retrayendo tras el muro que la aislaba del mundo exterior y en el que él no tenía cabida.

–No serviría de nada –dijo Tilly.

Por primera vez en su vida, Xavier no sabía interpretar el comportamiento de una mujer, especialmente porque todavía no sabía qué iba a decirle. Solo sabía que tenía que decir algo.

–Deja de tratarme como a un desconocido, Tilly. Hemos pasado dos noches como amantes.

Y en el proceso, aunque no fuera consciente hasta más tarde, Tilly lo había sanado.

–No, Xavier. Quedamos en que esas noches no significaban nada.

¿Era verdaderamente eso lo que Tilly sentía? Xavier recordó nítidamente el primer instante en el que sus labios rozaron los de ella. Tuvo una visión de ellos dos, junto al árbol de Navidad, envueltos en una atmósfera cargada de electricidad que los arrastró más y más profundamente hacia el hechizo del amor.

Pero en aquel momento la mirada de Tilly no trasmitía ningún amor; solo frialdad y cierto desdén.

–No tiene por qué ser así –Xavier dio un paso hacia ella. Tilly retrocedió.

–Te equivocas, Xavier. Tú no eres el tipo de hombre que podría hacerme feliz. Debemos decirnos adiós.

–¿Adiós? –preguntó él.

–Sí, adiós, Xavier –Tilly lo miró airada–. Ahora, por favor, márchate.

Capítulo 12

TILLY PERMANECIÓ inmóvil, obligándose a ser fuerte, a reprimir el impulso de echarse en brazos de Xavier y entregarse al amor que sentía por él.

–No hay futuro para nosotros, Xavier, nunca lo ha habido –dijo, esforzándose por no trasmitir la mínima emoción.

Xavier la observó con ojos entornados, como si sospechara que no era sincera.

–¿De verdad quieres que te crea cuando los dos sabemos que eras virgen? –preguntó, aproximándose a ella.

Tilly lo miró alarmada. Xavier tenía razón. Se había entregado a él a pesar de saber que no tenían futuro porque para ella había sido el único hombre sobre la tierra. Pero para él, lo que habían vivido había significado tan poco, que había buscado inmediatamente los brazos de otra mujer.

–Puedes creer lo que quieras. Tú nunca has querido que lo nuestro se prolongara. Ahora quiero que te vayas.

Tilly fue hacia la puerta, ansiando que se fuera para poder entregarse a su dolor. El hombre al que amaba nunca la amaría. No había sido para él nada más que un entretenimiento pasajero.

–No, Natalie –dijo él, pronunciando su nombre como una caricia. Tilly cerró los ojos para no ahogarse en los recuerdos que su seductora voz invocaba. No podía permitírselo. Tenía que ser valiente–. *Lo non lascio*.

Tilly sintió que se le encogía el corazón. ¿Por qué tenía que hablar en italiano? Intentó recordar la lengua de su infancia en medio de la niebla que le impedía pensar. Xavier no se pensaba ir. Pues ella no estaba dispuesta dejar que la atormentara.

–Sí te vas a ir. Ahora mismo –se cruzó de brazos tanto para protegerse como para evitar alargarlos hacia él.

Xavier se acercó, mirándola fijamente con una expresión que le hizo creer que era la única mujer para él. Pero Tilly sabía que eso no era verdad.

–No quiero dejarte, Tilly –dijo él. Y soltó una parrafada en italiano.

Ella habría querido gritarle que dejara de hablar en italiano. Sonaba tan romántico, tan seductor… pero sabía que dijera lo que dijera, no significaba lo que ella habría querido que significara: que la amaba. Él continuó hablando sin que pudiera entender lo que decía.

Tenía que conseguir que se fuera.

–Márchate, Xavier. No quiero oír lo que sea que quieres decir, hables en la lengua que hables –dio media vuelta y fue a la ventana.

Xavier fue hacia la puerta con el corazón destrozado. Sintiéndose incapaz de expresar sus sentimientos, le habían salido en italiano, aunque sabía que ella no le entendía cuando le decía que no podía abandonar a la mujer a la que amaba. Pero la insistencia de Tilly en que se marchara, le hizo enmudecer.

Aun así, no podía marcharse. Las palabras de Sofía le decidieron a ir junto a Tilly para, mirándola fijamente, decirle:

–No pienso irme hasta que te diga lo que he venido a decirte sobre nosotros, Natalie.

Ella lo miró con ojos centelleantes.

–No hay un «nosotros», Xavier. Solo he sido tu empleada y lo que sucedió fue un espantoso error.

–Con la primera campanada de medianoche dejaste de estar a mi servicio. ¿Y qué tiene de malo la pasión?

–Nada.

Xavier entornó los ojos ante la mirada retadora que ella le dirigió. Era tan hermosa que solo podía pensar en besarla.

–Si es así, ¿por qué la temes tanto, Tilly?

Posó una mano en su brazo, pero ella se la sacudió con un ademán brusco. Xavier presentía que la estaba perdiendo y no podía permitirlo. No podía perder a la única mujer a la que había amado en su vida.

–Tú eres quien la teme, no yo –dijo ella con calma.

Xavier nunca había pensado lo difícil que era declararse a una mujer. Tilly tenía razón. Tenía miedo de abrirle su corazón, de exponerse a que lo rechazara. ¿Sería esa la razón de que solo pudiera expresarse en italiano, para impedir que lo entendiera?

Suspiró.

–En cierta medida tienes razón –dijo. Tilly debía saberlo todo: desde las pesadillas que lo torturaban, al amor que sentía por ella. Tenía que decírselo porque intuía que era su última oportunidad, que si no aprovechaba aquel instante, Tilly lo excluiría de su vida para siempre–. ¿Podemos hablarlo saliendo a cenar?

–No –dijo Tilly, sacudiendo la cabeza vehementemente.

–*Ottimo*. Hablemos ahora.

Tilly siguió mirando por la ventana y esperó en silencio.

–Ha llegado el momento de volver a vivir –empezó él. Y debía

agradecérselo a ella, pero sin Tilly no podría hacerlo.

Ella lo miró por primera vez con ternura al tiempo que escrutaba su rostro.

–No sabes cuánto me alegro –susurró–. Perdiste a un amigo, pero estoy segura de que él no querría que dejaras tu vida en suspenso.

Xavier frunció el ceño. Prácticamente había repetido las palabras de Sofía.

–Tienes razón.

–¿Qué querrías tú si hubiera sucedido al revés? ¿Que tu amigo viviera mortificado por la culpabilidad el resto de su vida?

–Eso mismo acaba de decirme su viuda. Me ha dicho que ella no me culpa, y que sabe que Paulo estaría enfadado conmigo si supiera que seguía torturado por su muerte.

–Entonces debes dejar de castigarte.

–Sé que no he reaccionado bien a lo que pasó en la mansión, pero no puedo perderte, Tilly –dijo entonces Xavier. Y ella permaneció inmóvil, como si sus palabras la hubieran congelado–. No puedo consentirlo porque te amo.

Finalmente lo había dicho. Había expresado el sentimiento que había ardido en su interior desde que la había conocido. El silencio que siguió fue tan profundo que lo ensordeció.

Tilly giró la cabeza bruscamente con el corazón acelerado. Miró a Xavier a los ojos, buscando en ellos amor, pero solo descubrió determinación. ¿Cómo podía decir que la amaba cuando acababa de estar con otra mujer?

–No eres sincero –dijo, volviendo la mirada hacia la tarde lluviosa y rezando para que Xavier dejara de atormentarla.

Él la tomó por los brazos y la obligó a girarse hacia él.

–Soy completamente sincero, Tilly. Desde que te conocí, solo puedo pensar en ti.

Ella bajó la mirada intentando resistir el impulso de decirle lo que sabía, pero no lo consiguió.

–Te he visto…, en una fiesta con tu última amante.

Xavier aflojó la presión de sus manos y Tilly supo que había cometido un error.

–¿Dónde?

Tendría que reconocer que había sido tan patética como para buscarlo en Internet.

–He visto fotografías en Internet –admitió. Y apretó los labios

para no deshacerse en excusas.

Cuando alzó la mirada hacia Xavier, vio que la observaba con sorpresa.

–¿Eso significa que no podías dejar de pensar en mí?

–Sí. Digo, no.

Tilly sabía que corría el riesgo de decir demasiado. Para impedirlo, se soltó de Xavier. No podía pensar racionalmente cuando lo tenía tan cerca; cuando su fragancia la embriagaba y la sumergía en el recuerdo de las noches que tanto se había esforzado en olvidar.

–Natalie, no.

–No, ¿qué? –preguntó ella, exasperada.

Xavier tenía que irse o le diría que lo amaba, y no podía correr ese riesgo.

–No te escondas, no huyas.

Tilly evitó mirarlo.

–Ni me escondo ni huyo. Solo quiero ser honesta con los dos, Xavier. No puedo estar contigo, al menos como tú quieres.

–¿Cómo crees que quiero estar contigo? –preguntó él con la voz cargada de frustración.

–No puedo ser una más de las mujeres a las que llamas cuando estás en Londres. Yo no soy así.

Xavier la tomó en sus brazos y la estrechó contra sí.

–He intentado olvidarte, pero no lo he logrado. No tengo ni idea de con quien me fotografiaron. Puede que acudiera a la fiesta, pero en mi mente seguía contigo, en la mansión, con la única mujer a la que deseo –Xavier comprendió entonces por qué Tilly desconfiaba tanto de él–. En los últimos tiempos he adquirido una reputación que ha distorsionado la imagen que tienes de mí.

–Puede que sí –dijo ella, mirándolo a los ojos

Xavier habría querido demostrarle con un beso que ella era la única mujer para él.

–Estaba traumatizado por las heridas y por el sentimiento de culpa. Pensé que nunca podría volver a amar. Tú eres la única mujer con la que he hecho el amor desde el accidente –las palabras brotaron del fondo de su corazón y con ellas los sentimientos que había estado reprimiendo.

–¿De verdad? –susurró Tilly.

Él la tomó por la barbilla para que lo mirara. Tenía los ojos anegados en lágrimas, pero ya no había rechazo en ellos. Solo

aceptación.

–Eres la única mujer con la que he querido tener una relación duradera porque te amo, Natalie Rogers, y quiero amarte el resto de mi vida… si tú me dejas.

–Querría decir que sí… –dos lágrimas rodaron por las mejillas de Tilly y Xavier las secó, maldiciéndose por hacerla llorar.

–¿Pero…? –preguntó él con el corazón en un puño.

–Yo fui responsable de que Jason me dejara porque solo quería su camaradería –Tilly lo miró intentando mostrarse firme–. La mujer de la mansión no era yo. Nada de lo que pasó fue real.

–La pasión lo fue.

¿Cómo podía negar que existiera la mujer apasionada y sensual que lo había hecho arder en deseo?

–Porque estábamos aislados de la realidad. La pasión me da miedo.

–¿Por qué? –preguntó Xavier, esforzándose por comprender.

–Porque temo la pérdida que acompaña al amor.

–¿Qué pérdida?

–Mis padres se adoraban –explicó Tilly quedamente–, pero eso no impidió que la vida los separara. Y perder a mi padre hizo añicos el corazón de mi madre.

–Natalie, Natalie –Xavier la abrazó con fuerza y le besó la cabeza como si fuera la niña que seguía sufriendo.

Ella lo miró con los ojos húmedos.

–No podría soportarlo –musitó.

Xavier comprendió entonces que Tilly nunca había amado a Jason porque temía al amor. Y saber que ni entonces ni en el presente había amado a otro hombre le produjo una alegría exultante

–No tienes que preocuparte –susurró él contra los labios de Tilly–. Yo amo a la mujer llena de vida que llegó a la mansión. Es a ti a quien necesito: la mujer a la que amo.

–¿Estás seguro? –preguntó Tilly, conteniendo el aliento.

–Te quiero en mi vida, Natalie. Quiero estar contigo cuando recuperes a tu familia. Quiero que seas mi esposa.

Tilly abrió los ojos desorbitadamente y, riendo, repitió con incredulidad:

–¿Tu esposa?

–Sí, Tilly –Xavier retrocedió un paso, se puso de rodillas, tomó una mano de Tilly y con la otra sacó la caja con el anillo–. ¿*Mi vuoi sposare*, Natalie?

–Pero si acabamos de conocernos… –dijo ella, riendo de nuevo.

–Sí, y en un año volveremos a la mansión para casarnos, rodeados de nuestras familias y con un árbol de Navidad gigante.

Tilly tomó el anillo y Xavier, poniéndose en pie, se lo colocó en el dedo. Le encajaba perfectamente… una prueba más de que estaban hechos el uno para el otro.

–Sí, *lo ti sposerò,* Xavier.

Su respuesta en italiano estuvo a punto de hacer que el corazón de Xavier estallara de felicidad mientras besaba apasionadamente a la mujer que se convertiría en su esposa.

Epílogo

XAVIER CUMPLIÓ su palabra y alquiló la mansión Wimble las Navidades siguientes, encargando un árbol enorme, magníficamente decorado.

Mientras veía avanzar a Tilly hacia él, preciosa en su vestido de novia, no podía creer lo afortunado que era de tenerla por esposa.

–Hola –susurró ella al llegar a su lado.

–*Sei bellissima* –Xavier le tomó la mano y se la besó sin apartar la mirada de sus ojos–. Esta vez no has traído la nieve contigo.

Ella sonrió con picardía y respondió:

–Todavía no.

El corazón estuvo a punto de salírsele del pecho cuando su nuevo marido la besó. Estaban al pie de la escalera, en el preciso lugar donde se habían besado por primera vez y donde Xavier había querido que celebraran la ceremonia.

Se oyó un aplauso y Tilly miró con timidez hacia donde se encontraban su madre, el hermano de su padre y su familia, y Vanessa, su dama de honor. Había sido un día perfecto, y la noche en brazos de su amado lo sería aún más.

Le costaba creer que solo un año atrás se hubiera sentido tan sola. Miró a Xavier y susurró:

–Gracias

Xavier enarcó una ceja con gesto de sorpresa.

–¿Por qué, *mia cara*?

–Por organizar la boda de mis sueños.

–Nos conocimos aquí, aquí me enamoré de ti –le susurró él al oído–. Y aquí hicimos el amor por primera vez.

–Ojalá estuviéramos solos, como entonces.

Xavier besó a Tilly, provocándole un escalofrío.

–Pronto, mi preciosa esposa, pronto. En cuanto se vayan nuestros invitados, puede nevar tanto como quiera.